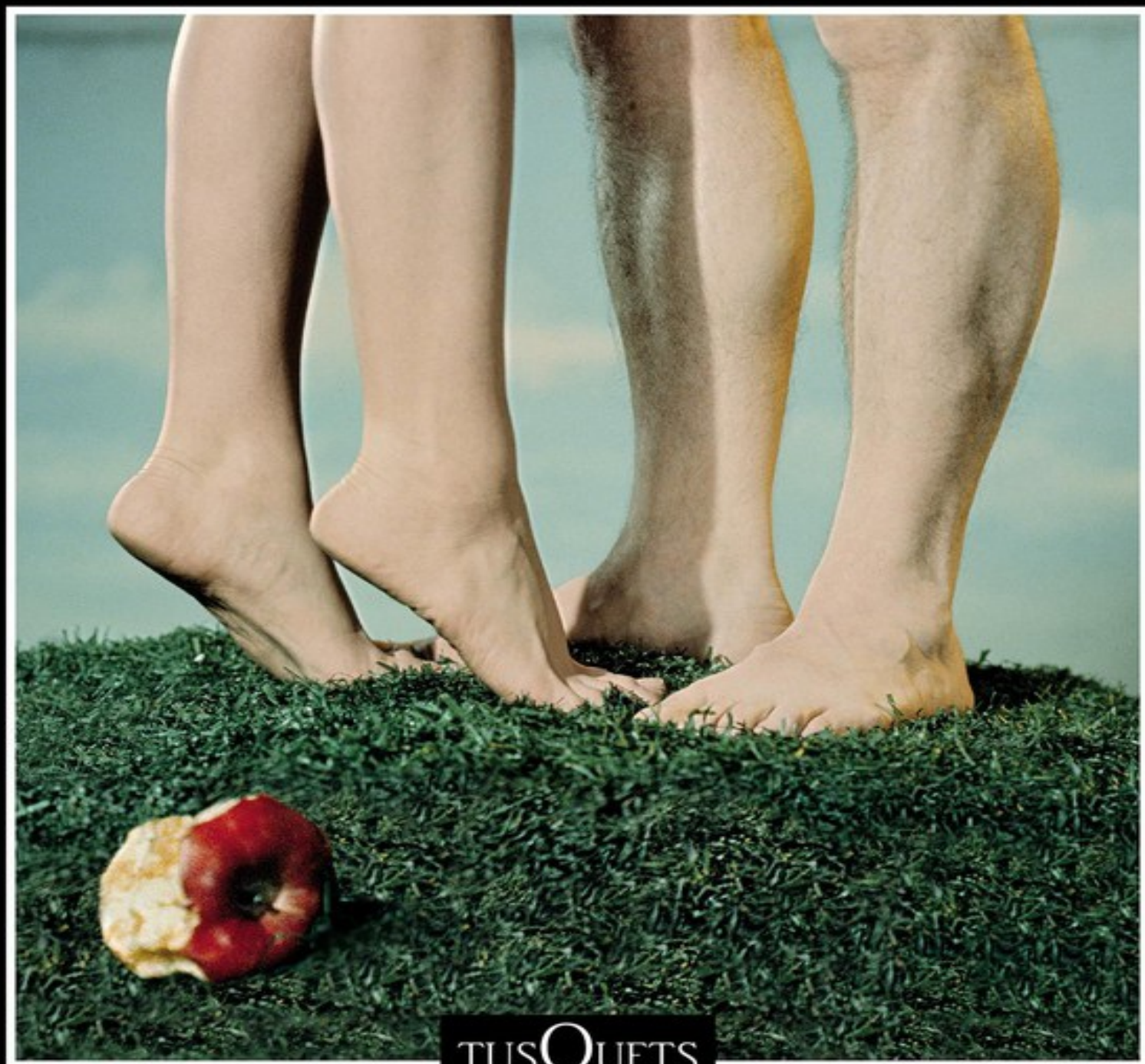


# Federico Jeanmaire

## LA CREACIÓN DE EVA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# La creación de Eva

# **La creación de Eva**

Federico Jeanmaire

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

Confesión

Arrepentimiento

Penitencia

Jeanmaire, Federico

La creación de Eva / Federico Jeanmaire. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-549-3

1. Literatura. I. Título.

CDD A860

© 2018, Federico Abel Jeanmaire

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: septiembre de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-549-3

# CONFESIÓN

Ayúdame, Días mía. Estoy sola. Y desesperada y perdida y angustiada. Y tantas cosas más, también. Milbergen se fue. No sé qué hacer.

Sí, sí.

Entienda.

Usted no es Días, es apenas el padre Jorge, un sacerdote que confiesa a las personas que de mañana se acercan hasta la iglesia para confesarse y que a la tarde da misa.

La sé.

Y también sé que Días tampoco es Días.

Pero no pueda.

Es muy larga de contar por qué Días es Días. Ni siquiera Días, que es la que correspondería, me parece. Días no me salía, siempre me salía Días, así que después de intentar y de intentar, la dejé coma me salía. Si quiere le cuenta. Aunque la cuestión puede llevar su buen par de horas y estoy muy apurada.

¿Está segura?

Sí, sí, no se enoje.

Ya sé que es varón: es un cura. No se la tome así. Obviamente, es varón. A las mujeres que se dedican a las tareas a las que usted se dedica, o a tareas más o menos similares, se las llama monjas, no se las llama curas.

La sé perfectamente: que esté sola y perdida y angustiada, no significa que sea una tarada.

¿De verdad tiene ganas de que le cuente?

Entonces le cuenta. Va a necesitar de paciencia. De mucha paciencia.

Aunque, de todas maneras, voy a tener que ser rápida y no detenerme en los detalles, le repito que estoy apurada.

Gracias.

La cuestión me empieza desde el nacimiento misma: también nací varón. Igual que usted. En septiembre de mil novecientos ochenta, nací. Pobre, en un hogar muy pobre. Y con demasiadas hermanas: once en total, tres varones y las demás mujeres. Mi nombre era José María Peña. Una mezcla. O una premonición de mi madre, quizás.

Ahora, no.

Ahora soy Maruja. Solamente Maruja. Me conocen así.

Mire usted.

Entonces me tiene vista de cruzarme alguna mañana por la plaza.

Me alegra, padre Jorge, va a ser más fácil contarle si ya me tiene vista. No

tendrá que imaginar a través de la rejilla esta del confesionaria, ya sabe más o menos quién soy.

La que le pida es que no ande por ahí contanda que nació varón. La gente de aquí no la sabe, siempre ha pensada que era mujer, que había nacida con un cuerpa de mujer quiera decir.

Ah.

Me queda más tranquila que la confesión sea secreta y que usted tenga terminantemente prohibida por Días contar una sola palabra de la que la gente le confiesa.

Sí.

Porque acá son todas muy chismosas, se la pasan hablada de las demás. Estoy cansada, harta de que vengan a contarme acerca de personas que apenas si Maruja conoce. Son horrendas, las vecinas de esta ciudad. Horribles. Unas pobres provincianas. En Buenas Aires no pasa. Allá la gente es más discreta. No se mete en la vida de las demás. Pera acá, acá no paran de hablar y de hablar, siempre mal, de las otras, de las que justa no están presentes en el momenta en que hablan.

Sí, sí. Disculpe.

A veces me voy por las ramas.

Mejor Maruja retoma su historia.

Antes de que surgiera el tema de la confesión y del secreta que usted debe guardar celosamente, le decía que era Maruja, que la gente me dice Maruja y que a mí me gusta ser Maruja y también que la gente me diga Maruja.

Perdón.

Me parecía que debía explicarle porque, aunque la parezca, no es la misma asunta que a una le digan de una manera, a que una sea de esa manera. Una cosa es la que dice la gente y otra muy distinta es la que pensamos nosotras de nosotras mismas. ¿Usted qué cree?

Está bien.

Cree nada.

Le parece mejor que siga adelante con mi historia, que voy a terminar mañana si me voy por las ramas con tanta facilidad.

De acuerda.

No me gustaba ser varón. Desde que nació. Jamás. No me hallaba coma tal. No la era. Me incomodaba. Aunque ese no sea el punta. El punta es que yo era una mujer incrustada en un cuerpa que no era el de una mujer. Y entonces tardé bastante en pecar: recién la hice a las dieciséis.



Me controlaba.

Me reprimía.

En realidad, más que hacerla con un hombre, yo la que quería era ser mujer. No me dejaba ni siquiera tocar. Mis amigas, no. Desde nenas iban y hacían el amor con cualquiera. Desde muy niñas, apenas tenían ganas, iban y la hacían.

A las doce, a las trece, ya la hacían.

Ninguna barbaridad: la hacían porque ellas querían. Nadie las obligaba. Yo, en cambio, no me animaba. Era una estúpida. Me alcanzaba solamente con sentirme mujer. Hasta que, a las dieciséis, por fin me animé.

Fue hermosa, hacerla.

Realmente hermosa.

Sí, discúlpeme, pera la verdad es que la disfruté coma una foca.

Fue con un varón.

Sí, sí.

Nada de un varón de mi edad. La hice con el doctor Milbergen. Fue mi amor, el única amor de mi vida.

Y sí, era un hombre grande, bastante más mayor que yo.

Cuarenta.

Crea que él tendría cuarenta años, más o menos, en ese entonces. Aunque era tan linda, Milbergen, parecía menor, mucha más joven de la que en realidad era.

¿Usted también conocía a Milbergen?

Sí, clara, acá todas conocían a Milbergen. La ciudad es muy pequeña. Todas la querían, además. Pera se tendrán que quedar con las ganas. Fue mía, únicamente mía.

La conocí en Buenos Aires.

Yo vendía comidas y bebidas en la puerta del hospital en que él trabajaba, el Hospital Alemán. Él se detenía por las mañanas para tomarse un café. Y también para charlar. Así que. Charla va, charla viene, un buen día, o mejor una buenísima noche, acabé en su casa. En la enorme cama de la enorme habitación de su enorme casa, para ser exactamente exacta.

Fue increíble, padre.

Una noche soñada.

Era tan tierna. Tan dulce. Y tan varonil, al misma tiempo.

¿No me entiende?

El, el doctor Milbergen, era tan tierna y tan dulce y tan varonil al misma tiempo.

Ah. La que no entiende es por qué razón Maruja habla siempre con la a y esa la confunde. Le va a llevar una rata, pera ya va a entender. Al final, todas terminan acostumbrándose. Usted también la hará, se la prometa.

Está bien.

No me detenga más, estoy apurada.

No, no se ponga así, otra vez no me comprende. Usted no es el que me detiene, que va, la que no tiene que detenerse más es Maruja. Y también la que está apurada es Maruja. Yo misma. Por esa a veces Maruja termina hablando en tercera persona, porque en primera no se le entiende nada.

Buena.

Siga en primera persona, entonces. Usted y Días son pacientes.

Una suerte saberla. Porque, la verdad sea dicha, me da la impresión de que la sociedad actual ha perdido la paciencia. Completamente, la ha perdida. La gente se enoja por cualquier causa insignificante: porque hay que hacer una cola para pagar las cuentas o porque un coche está mal estacionada o porque la música está muy fuerte o porque la maestra reta a la hija en la escuela o porque hace calor o porque hace fría. Se impacientan por cualquier causa, sin ninguna razón. Y terminan peleándose. Hasta llegan a matarse por cuestiones muy menores. Las parejas, sobre toda. En las noticias de la televisión siempre aparecen esas atrocidades. Casi todas las días. Estoy cansada de ver la falta de paciencia que hay en la sociedad. Me alegra mucha que tanta Días coma usted sean diferentes al resta de la gente.

No la pueda creer, padre Jorge.

Justa que estábamos conversando pacientemente acerca de la virtud de la paciencia, me sale con que empieza a perderla. Quién la entiende a usted.

Está bien, la disculpo.

A cualquiera le puede pasar.

Aunque Maruja debe advertirle que no le gustan nada las chistes, que muchas veces ni siquiera las entiende.

Siga, entonces.

Sí, sí.

La que sigue soy yo. Usted no, usted me escucha solamente.

Me enamoré esa misma noche, si es que ya no estaba enamorada desde antes, clara, desde que Milbergen me pide el primer café con leche en la puerta del hospital. Pera, si no me enamoré esa noche, al menos terminé de enamorarme.

¿De qué me enamoré?

De la delicadeza de sus caricias, de su mirada fija y recia en mis ojos mientras me quitaba la ropa, de su sonrisa tranquila. Muy lentamente, me quitaba la ropa. Las zapatillas, la camisa, toda la ropa. Y muy rápida yo terminaba de enamorarme.

Sí, ropa de varón.

Aunque no la era, todavía me vestía como un varón aquella noche. Maruja fue unas cuantas meses más tarde. A partir de que empecé a trabajar de secretaria en el consultorio del doctor y, sobre toda, después de la operación.

Por supuesto.

Luego le cuenta Maruja de la operación, ahora sigue con la que venía.

Usted me va a hacer acordar, muchas gracias, es muy amable.

Era la primera vez que iba a hacer el amor. No le voy a negar, padre Jorge, que tenía una poca de temor. Aunque Milbergen me brindaba mucha seguridad. No dejaba de hablarme, o mejor de susurrarme, al tiempo que me quitaba la ropa: que no tuviera miedo, que me divirtiera, que la pasara bien y que tampoco fuera tímida, que me permitiera jugar con su cuerpo, que él, mientras tanta, iba a jugar con el mía. Tantas palabras me decía, que me animé y empecé a jugar.

¿Cóma?

Le abrí la bragueta y me metí su cosa en la boca. Poca a poca, era muy grande.

Bastante más grande que la mía, tres o cuatro o cinco veces más grande, por la menas. Pera, poca a poca, juganda, divirtiéndome, me la metí casi toda. Toda, la que se dice toda toda, esa primera noche no pude, aprender me lleva su tiempo.

Me gustaba la increíble suavidad de la piel de su cosa. Y el sabor. Y el olor. El olor, más que nada. Olía a Milbergen. Olía bastante más a Milbergen que el resto de Milbergen. Se la jura por Días.

Perdón. Perdón.

Fue sin querer.

Ya sé que no se debe jurar por Días. Y mucha menas dentro de la iglesia. No la haré más, se la prometa.

Nunca más.

¿Él?

¿Qué hacía él mientras yo se la chupaba?

Ay. No sé.

¿Está segura de que después no va a ir a contarles a todas las chismosas de

la ciudad la que yo le comparta de aquella primera vez?

Buena.

Le crea.

Aunque se la nota demasiada ansiosa porque le cuente, padre Jorge.

La que usted diga.

Mejor siga.

Mientras se la chupaba, el doctor me dejaba completamente desnuda. En realidad, no me había dada cuenta. Recién me di cuenta de que estaba desnudísima cuando sentí que una de sus dedas de la mana derecha, me parece que era el índice aunque no estoy del toda segura, estaba metida, apenas, en mi cula.

Sí, sí. En mi cula.

Usted dígame coma quiera, yo le diga cula.

Es mía. Mi cula. Así que. Maruja hace la que quiere con su cula. Y le llama coma quiere llamarle, además. El cula es mía. De mi entera propiedad.

No, no.

Ni de Días ni del padre Jorge.

No.

De ninguna manera.

Antes también de Milbergen y ahora mía. Solamente mía. No se haga el graciosa porque me voy de acá ya misma.

Ya le avisé que no me gustan las bromas.

Me voy.

Además de que no me gustaban las bromas, ya le había advertida que estaba apurada. Y nada, el señor me corta a cada rata la confesión y encima me gasta bromas.

Aprovecha y me voy.

No me conoce, usted.

Adiós.

Volví.

La verdad es que cuando llegué a la puerta me di cuenta de que no tenía adónde ir. O me ayuda Días o estoy enteramente perdida.

De acuerda.

Pera pórtese bien.

Le decía que el doctor, mientras yo se la chupaba, metía un dedito y le sacaba y entonces comenzaba a darle vueltas alrededor del agujero de mi cula. Le rondaba. Sin apurarse. Con delicadeza. Y, después de rondarle una buena rato, le volvía a entrar. Cada vez más, le entraba.

No, no me dolía.

Para nada.

Por la contraria, me encantaba.

Más tarde me contaría que había utilizada una crema especial para dilatarme. Un dulce, mi doctor. Preparaba tan bien la zona. Sabía abrirla. José María era virgen, todavía. Faltaba para convertirse en Maruja.

Ya le dije, era virgen. La única que quedaba virgen entre todas mis amigas.

Dieciséis, también ya se la dije antes. ¿Usted me escucha o no me escucha?

Ah, buena.

Porque si no me escucha, Días no va a enterarse de mis problemas y no va a poder ayudarme. Y Maruja necesita que Días la ayude. Por favor. Está muy sola, Maruja. Y desesperada y angustiada, también.

Me perdí. ¿Por dónde iba?

Ah, sí. Tiene razón.

Entonces, me saca la boca de ahí donde yo la tenía, me levanta la cabeza hasta la suya, me besa con toda la lengua, me recuesta de espaldas sobre el colchón, levanta mis dos piernas, me pide que yo las mantenga bien abiertas con la ayuda de mis manos y me penetra. De frente. Mirándome fijamente con esas ojitas verdes tan luminosas y tan tranquilizadoras que tenía. Con mucha suavidad y con una sonrisa gigante en sus labios, me penetra por primera vez. Muy lentamente.

¿Yo?

Yo era la mujer más feliz del planeta en ese instante. La más feliz. Aunque, clara, todavía no era totalmente mujer.

Maruja no se la jura porque a Días no le gusta. Si no, se la juraba.

Fue increíble, padre Jorge.

Maravillosa.

Tan increíble que, cuando la recordaba, recién mientras se la contaba, casi

me ponga a llorar.

No, estoy bien, no se preocupe.

Casi me ponga a llorar de la alegría, no de la tristeza. Fue linda, de repente, recordar aquella primera noche de amor. Fue intensa, casi coma volver a vivirla.

Sí, fue hermosísima.

Igual, fue hermosísima. Aunque haya pecada contra la naturaleza y contra Días coma usted asegura. Y aunque por culpa de esa noche y de las que siguieran, me vaya a quemar del calor para siempre en el infierno, qué me importa derretirme.

Fue hermosa.

Y nadie, ni usted ni Días ni la mismísima Diabla, pueden quitarme aquella noche soñada.

Es la verdad.

No vine a arrepentirme de nada, padre Jorge. Solamente vine a pedir ayuda porque estoy muy sola. A esa, vine.

Está bien.

Maruja entiende. Después usted va a tomarse el trabajo de explicarle la cuestión esa, tan importante para la salvación, de arrepentirse de las pecadas cometidas. Ahora continúa.

A la mañana siguiente.

Padre Jorge, ¿qué más pretende que le cuente de aquella noche?

¿Detalles?

No. Más detalles, no.

¿Para qué necesitaría Días más detalles de las que ya le di si de todas maneras me va a enviar a quemarme en el infierno?

¿Para saber la penitencia que merece Maruja?

No, no, usted no entiende nada.

No vine aquí a que me pongan en penitencia. Demasiada penitencia ya tenga con la muerte de Milbergen. Vine a buscar ayuda, padre, nada más que ayuda.

No se equivoque, si Días no puede ayudarme, me la dice ahora misma y Maruja se marcha a buscar ayuda en alguna otra parte. El tiempo no le sobra a Maruja.

Así me gusta, que comprenda.

Le contaba que, a la mañana siguiente, me desperté con las caricias de Milbergen en mi cabeza. Todavía llevaba el pelo corto, no se olvide que era

José María en ese entonces. Caricias y sonrisas. Y un café con leche bien grande con tostadas y mermelada de ciruelas sobre una bandeja.

De película.

Y el doctor, encima, me argumenta que esa mañana él me sirve el café en la cama para agradecerme por todas las mañanas que yo la había hecha en la puerta del hospital.

Le di un besa enorme y le pedí que me esperara, que por favor, que tenía que ir a mear ya misma, que era muy urgente, que no aguantaba más las ganas de mear.

Pis.

Sí.

Coma usted diga.

Fui a hacer pis, entonces. Corrienda. Y al volver de hacer pis, comencé a devorarme las tostadas con la mermelada de ciruelas. Una detrás de la otra, tenía un hambre de locas. No podía detenerme. También me tomé el café con leche. De un traga. Recién ahí, cuando terminé con toda la que había sobre la bandeja, fue que levanté la mirada y descubrí que Milbergen estaba muy triste. No entendía qué le pasaba. Se le había borrada por completa la sonrisa gigante de la cara.

Parecía que estaba a punta de llorar.

Me levanté de un salto y le pregunté qué le ocurría, que si se había enojada por mi brutal manera de comer o si acaso era porque no le había dejada ninguna tostada; que si era esta última, iba y le preparaba más, que no se pusiera así, que no, que se me iba a partir el corazón en pedazas. Mil palabras, le dije.

No, no.

Milbergen no estaba arrepentida. A quién se le ocurre. A usted, solamente, se le puede ocurrir algo semejante.

No. Le repita que no.

Era otra cuestión, la que le tenía mal. Si no fuera tan ansiosa y no me interrumpiera a cada momento, padre Jorge, ya se habría enterada de que el problema que afectaba al doctor era otra muy distinta del arrepentimiento.

¿Cuál?

A esa iba.

Milbergen me pregunta, casi con lágrimas en sus hermosas ojos verdes, si no tenía nada que responderle acerca de la que había escrito para mí en el espejo del baño. Le mentí que no había visto nada, aunque yo había visto

algunas garabatas en el espeja. Entonces, me pide que vaya y mire, que por favor, que él va a esperar allí en la cama, el tiempo que resulte necesaria, hasta que yo vuelva del baña con una respuesta.

Un dulce.

Una tierna, mi doctor.

Entonces fui. Clara que, la que iba a volver llorando del baña, al rata, muerta de la vergüenza, iba a ser yo.

Él me abrazaba.

Quería saber si estaba emocionada o qué cuernas era la que me pasaba.

Y yo, padre Jorge, tuve que decirle la verdad. No me quedaba más remedio, no podía engañarle, de todas maneras, a la corta o a la larga iba a darse cuenta si no se la decía en ese momento: tenía que confesarle que no sabía leer, que jamás había concurrida a la escuela. Tenía que confesarme y que Días, si estaba por ahí escuchando y tenía ganas, me ayudara.

Igual, exactamente igual, que ahora.

Sí, aquella mañana Días me ayuda. Ojalá que hoy también la haga. Otra vez necesita de su ayuda con toda mi alma.

Ojalá Días la oiga, padre.

¿Qué pasa después?

Después pasa que Milbergen me abraza y me besa y me acaricia cada rincón del cuerpo y se quita la bata roja brillante, preciosa, que llevaba puesta, y me da la vuelta ayudándose de un empujoncito y me mete su cosa hasta el final del final del cula. Esta vez por detrás. Agarrándome con fuerza la nuca con una de sus manos. Sin ninguna crema. Con cierta violencia, toda de un tirón, me la mete bien adentro.

No, se equivoca.

Me gusta todavía más que la primera vez. Se nota que mi cula, a esa temprana hora de la mañana, ya extrañaba la cosa del doctor.

¿El espeja?

Ah, sí, el espeja.

A veces se me olvidan algunas recuerdos cuando me acuerda de otras. La memoria es rara, padre. Y también caprichosa. ¿A usted no le ocurre la misma cuando se pone a recordar?

Se la pierde.

Sí, sí, tranquila, ya misma Maruja le cuenta la cuestión del espeja.

Ya misma, no se ponga ansiosa que le va a hacer mal. Le puede subir la presión y le puede llegar a doler la panza.



Buena, buena.

El doctor había escrito en el espejo, con la pasta que se utiliza para limpiar las dientes, que me amaba. Y también me pedía que por favor me quedara a vivir con él para siempre.

¿Por qué?

¿Muy rápida?

¿No podía ser verdad?

A mí no me la parece. Me pasaba exactamente la misma que a él. Y fue verdad cada mañana y cada noche de las siguientes veinte años. Si esa no es la verdad, no sé cuál es la verdad.

No, no.

Usted está loca.

¿Cómo se le ocurre?

Esa sería imposible. Ninguna pareja puede hacer el amor cada mañana y cada noche durante veinte años seguidas.

No, no la dije.

La que le dije era que la amaba y que esa fue verdad durante las siguientes veinte años. Esa fue la que le dije. Si me permite, me da la impresión de que a usted, padre, la mata su propia y degenerada imaginación.

Y sí, degenerada.

Al menos reconozca que exagerada.

Bien, tampoco es que le haya dicha algo tan terrible.

Así está mejor.

¿Entonces?

Entonces me quedé a vivir con él. A partir de ese día. Y no fui más a vender café a la puerta del Hospital Alemán.

Por las mañanas limpiaba y ordenaba la casa y, por las tardes, el doctor contrata a una profesora, Carmencita, que me enseña a leer y a escribir. También me enseña a hacer las cuentas: a sumar y a restar. Multiplicar y dividir eran las que más me costaban, le soy sincera, leer y escribir me resultaban más fáciles.

No. Ama de casa, no.

Nunca.

No se burle.

No soy Maruja por esa. Necesitaba aprender. El doctor quería que fuera su secretaria. En el consultorio privada que tenía. Su ayudante para trabajar y también para vivir, me repetía mientras me llenaba el cuerpo de besas.

Sí, un dulce.

Y aprendí bastante rápida, a pesar de que nunca había estudiada nada. Tardé solamente tres meses en convertirme en la secretaria privada del doctor Milbergen.

Atendía el teléfono, citaba a las pacientes, llenaba las fichas de cada una, les sonreía al abrirles la puerta y, al despedirlas, les cobraba la consulta. A veces, también tenía que alcanzarle algún instrumento mientras revisaba a las señoras. Esas eran las tareas que hacía.

Ginecóloga. Y cirujana. Toda la ciudad sabe que Milbergen era ginecóloga y cirujana.

No se haga la tonta.

Mejor Maruja le cuenta de la profesora: cuando por fin aprendí a leer y a escribir, antes de convertirme en secretaria, Milbergen también le ordena a esta señora, Carmencita, que me enseñe a hablar como una mujer.

El tema del género, padre.

Sí, del género.

Los hombres terminan sus palabras con la o y las mujeres las terminamos con la a. La profesora me enseña y me enseña, aunque, un buen día, se da por vencida y le explica al doctor, con lágrimas en las ojos, que resulta imposible enseñarme las géneras, que soy una burra, que no voy ni para atrás ni para adelante y que ella, aunque necesita el dinero, renuncia a la tarea de manera indeclinable, que insistir sería robarle.

¿Ahora entiende?

Gracias.

Me alegra que entienda.

No se me da bien la cuestión de las géneras.

La reconozca. Por esa razón es que a veces Maruja mete la a allí donde no debería meterla. Quizá se excede. Puede ser, no la voy a negar. Pero sepa, padre Jorge, que no la hace con ninguna mala intención, es para no errarle. Aunque a veces también le erra con la o y se le escapa alguna justa al final de una palabra. No es fácil.

Sí.

Mejor que sobre y no que falte.

Yo es yo.

Y no, es no.

Por eso no las cambio. Al principio también las cambiaba, pero nadie me entendía. Absolutamente nadie. Así que decidí, por expresa petición del doctor

Milbergen que tampoco me entendía, que no sería siempre no y que yo sería siempre yo, que ahí no se jugaba nada de la cuestión de mi feminidad.

Yo, Maruja, no soy hombre, soy mujer.

Esa era la frase que me repetía en la mente: Yo, Maruja, no soy hombre, soy mujer.

Una y otra vez, la repetía.

Hasta que conseguí que se me grabara en la cabeza que yo y no terminaban con la o muy a pesar de todas las calamidades e inmundicias que por culpa de la o han ocurrida y todavía siguen ocurriendo en el planeta.

Maruja respeta la que dice, padre, aunque no la comparta.

Puede ser, coma usted dice, que todas las maldades del planeta no provengan de la o. Puede ser. Se la toma. Pera al menos reconózcame que muchas de esas maldades, sí.

El Diabla, por ejemplo.

No, señor. No se trata solamente de una palabra: el Diabla también termina con la o. Es varón. Y no resulta ninguna casualidad, me parece.

No, coma voy a odiar a los varones.

Me gustan.

Hasta yo misma tuve el cuerpo de un varón hasta las dieciocho años. Cómo las voy a odiar. Pera acepte que los varones tienen sus malas formas que no le hacen nada bien al resto de la humanidad.

El resto de la humanidad: las mujeres, las niñas, las plantas, los animales, el aire, las piedras.

No sé qué ocurre con otras lenguas, por qué me sale con esa ahora, padre.

Otras lenguas tendrán problemas con otras letras, entonces. No me venga con esa, por favor. Varones y maldades hay en todos los países. Cada lengua tendrá su forma particular de expresarla.

Usted no me entiende.

Maruja no dice que las mujeres sean buenas y los hombres sean malos. Buenas y malos hay en todas partes, inclusive una misma a veces es buena y a veces es mala. La que dice Maruja es que el planeta y la que se habla en el planeta se hace a imagen y semejanza del hombre. Y así nos va. Esa tiene que cambiar. Días tiene que empezar, de una vez por todas, a ser mujer.

La Diabla también, tiene usted razón.

Pera, buena, habría que probar, estoy convencida de que los maldades serían otras, bien distintas a los maldades que ya se conocen. ¿Por qué no comenzar la prueba cambiándole la última letra a los palabras coma haga yo?

No soy ninguna estúpida, padre.

No, no.

Me parece que se está poniendo muy nerviosa. No me insulte.

Días la va a castigar si se entera que insulta a las mujeres que vienen a confesarse porque están solas y desesperadas y angustiadas. Días se va a poner coma loca y la va a enviar a usted también a quemarse en la infierno.

No, no.

Tuve el cuerpo de un varón. Ahora soy una mujer, de alma y también de cuerpo. Enterita. Hecha y derecha.

Me voy.

Usted no tiene límites.

Primera me dice que soy una mujer hecha porque no soy natural, porque estoy operada, y enseguida me pide que no me retire, que le siga contando, que mil disculpas, que fue un exabrupta. ¿Quién la entiende, padre Jorge?

Me voy.

Hasta siempre.

No me gusta tener que volver, pera, otra vez, cuanda llega a la puerta enseguida me doy cuenta de que no me queda otra alternativa que pedirle a usted y a Días que me ayuden.

Puede ser.

Aunque, si es coma usted dice, si Días la entiende y la apoya a usted en sus pensamientas, es porque, en su infinita bondad, entiende a todas. Y ese todas me incluye. También me incluye. Nunca jamás debería olvidarse de que también me incluye.

Está bien.

Maruja la disculpa.

Aunque, por favor, contrólese de aquí en adelante. Quizá no se da cuenta, pera sus palabras me hieren profundamente. Y están dichas, a mi leal saber y entender, desde cierta ignorancia de la realidad que se vive en la calle y también desde cierta ignorancia de la que cuenta la Santa Biblia.

Sí, desde la ignorancia.

Puede ser que no haya ida a la escuela, que no sepa de muchas materias, sin embargo, con el doctor Milbergen, antes de la operación, analizamas juntas muy cuidadosamente la Santa Biblia, sobre toda el Génesis.

Una poca sé del Génesis, así que no me diga cualquier cosa, no se la voy a permitir. Soy mujer porque Días me quiere mujer.

¿Maruja le tiene que explicar a usted el Génesis?

¿Le parece?

No sé.

Yo creía que usted se pasaba la vida leyenda la Santa Biblia, que para recibirse de sacerdote había que estudiar hasta en sus mínimas detalles la palabra de Días.

Ah, entienda.

Usted la ha estudiada pera no comparte mis ideas al respecta. Le cuenta mis ideas, entonces, porque para compartirlas o no compartirlas, primeramente debería conocerlas.

Se me ocurre, no sé.

De acuerda.

Una mañana, se supone que un lunes, Días crea el ciela y la tierra. Enseguida, se pone a inventar las montañas y las mares y las árboles y las animales. Recién un par de jornadas más tarde, crea al hombre. Después descansa, al final de la semana, el dominga, se ve que la tarea la ha dejada completamente agotada.

Bueno, tenía que empezar, no. Yo qué sé si usted recuerda o no recuerda. Está bien.

Voy a la punta, entonces.

A la semana de aquel descansa dominical, pongámosle, porque la Santa Biblia no la aclara con exactitud, Días se da cuenta de que el hombre está muy sola. La dice así, textual: No es buena que el hombre esté sola. Y pasa la que pasa. Pasa que opera a Adán.

Sí.

La opera.

Dice que la duerme profundamente. Me la acuerda de memoria: Y Días hizo caer un sueño profunda sobre Adán, y este se queda dormida.

¿No es anestesia la que le da?

Para mí es anestesia.

También para el doctor Milbergen era anestesia. Y él fue cirujana además de ginecóloga, no se olvide, padre Jorge.

Y entonces, si no es con anestesia, ¿cómo es que hace Días para dormirle tan profundamente? ¿Se las ingenia para hipnotizar a Adán? ¿Quizá le pega en la cabeza con una piedra o con un garrote? ¿Le convence por las buenas de que se quede profundamente dormida?

No sé.

No me parece.

Si se fija bien, Adán no es una persona fácil de convencer. No se trata de alguien dócil. Y si no mire la que ocurre unas líneas más adelante cuando aparece en escena el tema del árbol de la manzana y de la prohibición.

No, no.

No me venga con que Adán es dócil, con esa de que Eva le convence fácilmente de comerse la manzana. El hombre que acompaña a Eva en el Paraíso se come la manzana porque quiere comérsela. Faltaba más, padre, las mujeres no somas las malas de todas las películas.

No, no.

Allá usted con su lectura. Para Milbergen y para mí, Días anestesia a Adán para después poder operarla. Para convertirla en Eva, sin lugar a dudas. Se imagina el dolor del pobre Adán si Días antes no la anestesiaba.

Sí, ha escuchada muy bien, no se haga la tonta: la anestesia para después poder operarla.

Y también ha escuchada bien la otra parte: Adán ya no es más Adán después de la operación, Adán es Eva. Exactamente la misma que me ocurre a

mí hace algunas años: era José María antes y después fui Maruja.

No, no se puede ser dos personas al misma tiempo.

Adán no es más Adán luego de que Días le quita el pene y le hace una bonita vagina. Adán es Eva a partir de ese instante y, el que ocupa el lugar de Adán, es otra hombre.

Sí, otra hombre.

Otra hombre cualquiera que andaba por allí cerca del parque.

Por supuesta había más hombres que Adán. Y, seguramente, también había más mujeres, Días debe haber operada a varias. Explíqueme, si no es así, cómo es que Caín asesina a Abel y, en las páginas siguientes, aparece Matusalén y tantas otras de sus descendientes, ¿con quién iba a reproducirse Caín si en el planeta no había más seres humanas que él y sus padres?

Adán es un nombre.

¿Usted se cree que es el única Jorge de la ciudad? No, padre, no sea egocéntrica, hay más Jorges que usted. La misma ocurría ahí en el Paraíso y sus alrededores: Adán se convierte en Eva y se consigue un amante que, por pura coincidencia, se llama igual a como ella se llamaba cuando todavía Días no la había operada, cuando todavía no tenía el cuerpo de mujer.

Una casualidad, sí.

Como si Milbergen, en lugar de llamarse Daniel, se hubiese llamada José María. Hubiese sido la misma casualidad.

O por ahí resulta que, en aquellas tiempos tan remotas de la historia de la humanidad, todavía no se habían inventado muchos nombres. Capaz que todas las varones se llamaban Adán o Caín o Abel. Puede ser, por qué no. Ha notado, padre, que a veces un nombre se pone de moda y casi todas las chicas, en la escuela, se llaman igual. Son modas. Cosas que pueden pasar.

Ninguna barbaridad.

Y más, todavía. ¿Usted se piensa que la de Adán fue la única operación de cambio de sexo que hace Días?

No.

Obviamente, no.

Después hace varias más.

Ocurre que, como en la televisión o en las revistas de actualidad, es noticia la primera de las operaciones, las demás no cuentan, ya no venden, la gente no quiere leer siempre la misma noticia. La Santa Biblia cuenta en detalle la primera, tampoco puede llenar páginas y páginas con operaciones de cambio de sexo, tiene otras cuestiones más importantes que atender y que contar, por

ejemplar cuántas hijas tiene Matusalén o cuántascientas de años vive.

No, no estoy loca.

¿La costilla?

¿De qué costilla me habla?

Por favor, padre Jorge, no repita esa tontería, resulta imposible cambiarle el sexo a una persona a partir de extraerle una costilla.

La sabe cualquier médica.

Hasta una carnicera, la sabe.

Esa no se la cree nadie. Por ahí, costilla es la palabra que se usaba en la época para designar al pene. Le dicen de tantas formas. Si se fija bien, costilla no está tan mal como sinónima, hasta tiene una cierta parecida con la cosa que le cuelga a las hombres entre las piernas.

Cálmese.

No se ponga así.

No le parece extraña que Días cree a los animales según su género desde el principio, es decir que sabe que el animal hembra va a necesitar del animal macho, y viceversa, pero cuando crea al hombre la hace sola aunque sea tan animal como cualquiera de las otras y, recién al tiempo, se da cuenta de que le falta una mujer para hacerle compañía. Se da cuenta y no la crea de la nada. No le costaría demasiada, se ha pasado una semana entera creando toda la que se le ha dado la gana crear desde la nada, qué le hubiera costado una creación desde la nada más. Sin embargo, no. Prefiere operar a Adán. Está clarísima que es una operación.

No, no y no.

No se lo voy a permitir.

Mejor explíqueme usted: cómo es que, si solamente están Adán y Eva y tienen dos hijas, Caín y Abel, y encima una de ellas mata a la otra, apenas unas páginas más adelante ya hay decenas de descendientes. ¿Eva es la madre de todas ellas? ¿Se casan entre hermanas y tías y sobrinas y no quedan todas taradas? Explíqueme a ver si Maruja la puede comprender.

Maruja no piensa igual que usted.

Para nada.

Aunque pensar diferente no es tan mala, esas cosas ocurren, no hay que enojarse. Las Sagradas Escrituras se prestan para la discusión. Una las lee y piensa una cosa y otra las lee y piensa distinta. Pasa hasta con algunas escrituras que no son tan sagradas, cómo no va a pasar con la lectura de un libro tan primordial como la Santa Biblia.



Sí, es verdad, usted es creyente y yo soy más científica.

No se burle.

Por ahí no soy totalmente científica, tiene razón, pero estuve veinte años con una.

Con el doctor Milbergen, ya se la he repetida montones de veces.

Sí, Milbergen era una científica, una adelantada a su época, una luminaria, una mente preclara. No se equivoque. Y da la casualidad de que yo dormía con él en la misma cama. Durante veinte años, dormí junta a él. Alga tenía que aprender, diga yo. Aunque la cierta es que también era muy religiosa, Milbergen, muy cristiana, creía en Días con toda su alma.

Y sí, ¿por qué no?

Era las dos cosas, científica y, aunque no frecuentaba la iglesia, muy creyente en Días. Y pasa que a mí me contagia ambas pasiones: la ciencia y la Biblia. No se da cuenta, padre, toda la que sé de la Biblia. Toda la que sé me la enseña el doctor Milbergen. Si quiere después Maruja le cuenta cómo es que el doctor se convierte en creyente de un día para el otro. Fue cuando todavía vivía en Buenos Aires, ya había terminada la residencia en el Hospital de Clínicas y había comenzado a trabajar en el Hospital Alemán.

No, no.

Otra vez la misma, no.

Creí que ya habíamos terminada con esa discusión: de ninguna manera está prohibida leer la Santa Biblia de otra manera que no sea la suya, esa no me hace menos creyente. Me hace diferente en mi creencia, nada más.

Y dale que te dale.

Sí, sí.

La del cómo Milbergen se hace creyente Maruja se la cuenta más tarde. Mejor ahora le sigue contando la que venía contándole antes y la Biblia queda en paz por una rata.

Ufa.

Por una rata.

La que quise decir fue que por un tiempo no muy larga.

Ya tendría que entenderme, hace bastante que está escuchándome desde detrás de esta rejilla. Por favor, ambas somos adultas, haga un esfuerzo de comprensión, padre. A ver si toma en cuenta que cuando llegué le avisé que estaba apurada y, de una vez por todas, deja de ponerme trabas en cada palabra que le diga.

Maruja continúa por donde venía, mejor.

Sí.

Aquella mañana, después de que me la mete hasta el final del final del cula, el doctor no va a trabajar. Se queda para hablar conmigo. Para arreglar nuestra futura en común, me explica. Y hablamos. Hablamos mucha. Casi toda el día. Le contaba antes que Milbergen, además de ginecóloga y de cirujana, era muy creyente. Entonces, la charla tiene que ver con sus numerosas dudas: él piensa que no está bien la que hacemos, que Días no va a comprenderla, que va a juzgarla mal, que no va a gustarle nada nuestra amor, que hay que buscar una solución para que Días no se enoje con nosotras.

Sí, ese era el problema que la aquejaba: yo todavía tenía el cuerpo de un hombre y él también era un hombre.

Ve que era muy creyente, ¿ahora me cree?

Sí, un gran hombre, el doctor. Luego le cuenta Maruja cómo fue que de un día para el otra abraza la religión.

Gracias.

Milbergen tenía el problema. Yo no. Aunque, clara, el problema del doctor era yo misma. Yo que todavía tenía el cuerpo de un varón, que no tenía el cuerpo de una mujer. La escuché atentamente y le respondí que yo era una mujer, que siempre había querido tener el cuerpo de una mujer, aunque, por un error de la naturaleza, había nacida varón; que si a él, que era médica, se le ocurría alguna idea para hacer al respecta, yo encantada de la vida.

Sí, un error.

Y sí, también, encantada de la vida, padre Jorge. Déjeme seguir. No me interrumpa, por favor, que ahora vienen instantes muy importantes para nuestra futura relación. Instantes cruciales. Porque Milbergen no estaba para nada convencida de que Días aceptara de buena gana su decisión escrita en el espeja del baña.

La charla la ponía cada vez peor.

Yo veía cómo la enorme alegría de la mañana se iba convirtienda, poca a poca, en una profunda desazón. Un horror, pasar tan rápidamente de la felicidad matutina a la completa tristeza vespertina de esa charla.

Tenía que hacer algo de manera urgente.

Y la hice.

Le aseguré, con lágrimas en las ojas, que me dejaría crecer el pelo hasta la cintura, que me afeitaría dos veces por día si era necesaria, que con la voz no había problema porque la tenía muy aguda desde chica, que la ropa tampoco presentaría ningún inconveniente, que me atraía bastante más la vestimenta

femenina que la masculina y, por última, le mentí que podía hacerme las tetas si él quería, que siempre había querido hacerme las tetas aunque nunca conseguía juntar el dinero suficiente; que con el café y con la comida que vendía en la puerta del hospital no alcanzaba, pero que si él me ayudaba con el tema del dinero que me faltaba, me las hacía esa misma tarde o a más tardar al día siguiente, cuando él la dispusiera.

Le mentí, sí.

En realidad, jamás había pensado en hacerme las tetas.

Se me ocurre en ese instante, yo qué sé.

No quería perder a mi amor justo cuando recién la había encontrada.

No quería.

Si al doctor no le hubiese gustado que tuviera tantas piernas como tenía, me habría cortado una. Así de enamorada estaba.

¿Usted no se enamora?

¿Nunca?

Está bien, está bien, mil disculpas, ya sé que las curas se quedan solteras durante toda su vida. Y también las monjas. Pregunté por preguntar. Si alguna vez se hubiera enamorada, padre Jorge, sabría que una es capaz de cualquier cosa para salvar ese amor.

A esa misma me refería.

Tiene razón.

Maruja la sabe: su amor a Días no le permite realizar un montón de quehaceres humanos y esa situación usted la vive con alegría y con felicidad, no como imposibilidad, no como una tortura ni como una prohibición.

No es tan diferente, entonces.

Maruja quiere decir que la misma ocurre en el amor humano. Exactamente igual. Una está dispuesta a la que sea.

No, no.

En esa no estoy de acuerdo.

La suya puede que sea un amor humano, la entienda, pero reconozca que está enamorada de Días, de alguien que no es muy humano que digamos.

Días es Días.

La relación entre ustedes no es una relación entre humanos, de ninguna manera.

Y sí, seguramente es más difícil la suya que la mía. Aunque tampoco vaya a creer que una no tiene que hacer muchas cosas que le disgustan cuando se enamora de otra ser humana. No quiera menospreciarla, pero fácil, la que se

dice fácil, no es casi nada en este planeta.

No, no.

Apenas si intentaba aclararle que si su relación no era sencilla, la mía tampoco. Solamente esa. No me burlaba. Faltaba más. No soy de burlarme ni de hacer bromas.

Ahora el que se acaba de pasar de la raya es usted. ¿Quiere guerra? Pues entonces la tendrá.

Escúcheme bien: usted solita elige no tener pareja, quedarse soltera para toda la vida. Nadie la obliga, me la acaba de decir. Fue su propia decisión y, que yo sepa, si un buen día se le ocurre divorciarse de Días, solamente con renunciar al sacerdocia le alcanza.

Tampoca es para tanta.

Y la otra parte de su relación es todavía más simple: usted no vive con un hombre o con una mujer, usted vive con Días en su corazón, así cualquiera.

Por supuesto que es más fácil.

Días escribe sus reglas de convivencia hace muchísimas años. Miles de años. Y no las cambia, siempre son las mismas. Las hombres y las mujeres de carne y huesa son bien distintas.

Cambian de una noche para la otra, piensan diferente de la que pensaban hace unas semanas, evolucionan o involucionan, se enferman, tantas cosas. Hasta se mueren el día menos pensada y nos dejan solas y desamparadas, coma acaba de pasarme a mí con el doctor Milbergen.

No, Días no solamente no cambia si no que tampoco se enferma ni se muere.

Días es eterna y, desde la eternidad, piensa la misma. Siempre. No me niegue que es muchísima más fácil la convivencia con un ser así, tan coherente, tan sabia, tan bondadosa, tan etérea. Y que, encima, no se queja nunca porque esta o porque la otra o porque la de más allá.

Con todas hay que sacrificarse, padre. En esa y por la que cuenta, si me permite, Días se parece demasiado a las personas normales.

Las normales son las que nacen y mueren.

Y sí, en algún sentido Días es un ser anormal. Ni nace ni crece ni se enferma ni se muere. Solamente observa la que pasa con nosotras aquí abajo. Mira y juzga. Ni siquiera se siente sola o angustiada. Días jamás necesitaría venir aquí a pedir ayuda, por ejemplo.

A mí me parece que alguien así no es normal, la sienta. Alguien así es de otra planeta, coma dicen las chicas más jóvenes.

No se enoje, no blasfemé, solamente utilicé la sentida común.

¿Usted discute con Él?

¿Se pelea con Él y cierra la puerta de la iglesia bruscamente?

¿Se grita malas palabras con Él?

¿Se tira con cosas?

Ha vista, es la que yo le decía. La suya es una convivencia más llevadera. Entre humanas, la cuestión se complica.

Ejemplas, ejemplas.

Está bien, le cuenta una.

A Maruja le gustan mucha las cremas y las aceites para la piel. Le gusta ponérselas y le gusta llegar a la cama bien pera bien untadita. A Milbergen le parece maravillosa que Maruja se bañe en cremas o en aceites antes de ir a la cama: dice que es fantástica y refrescante y que así le encanta tocarla, que la vuelven loca las perfumes de las cremas y que gracias a las aceites sus manas resbalen más fácil por toda mi cuerpo. Aunque, un buen día, o mejor una buena noche, ya no: comienza con que Maruja exagera la cantidad, que se pone demasiada, que queda media grasosa, media pringosa, y después, a las pocas semanas, ya no le alcanzará con ese reproche, le pedirá encarecidamente a Maruja que por favor no las utilice más, que cree que es alérgica a las cremas y también a las aceites, que bla y que bla y que bla.

Así es coma cambian las personas humanas.

Y también cambian las cuerpas, el de Maruja o el de cualquier otra ser humana: ayer era bonita, hoy ya no la es y mañana hasta llega a convertirse en fea. Ninguna de esas le pasa con Días, padre Jorge, sea sincera, reconózcala.

Ve.

Maruja a veces tiene razón.

No, siempre no. Dije que a veces tiene razón.

Usted no, Maruja.

Me disturba la cabeza con sus bromas acerca de mi manera de hablar.

Tenga todavía muchas asuntos para comentarle y así, con tantas interrupciones, me pierdo, no voy a terminar más y estoy muy apurada.

Sí, sí, ahora me acuerda, la larga charla con Milbergen.

En algún instante de ese primer día de convivencia, el doctor pregunta por mi edad y Maruja duda si decirle o no decirle la verdad. Mi segunda duda en unas pocas horas. La primera, si recuerda, fue la de contarle que no sabía leer. Buena, ante la duda, en esta segunda oportunidad volví a inclinarme por arriesgarme con la verdad. Dieciséis, le dije. Aunque me apuré a agregar que

me faltaban solamente tres meses y media para cumplir las diecisiete. Y, por supuesto, enseguida me arrepentí hasta las entrañas de no haberle mentado diecinueve o veinte.

¿Nunca?

No sé, Maruja cree que a veces es necesaria alguna mentira, aunque Días diga que es un pecado; que la verdad, siempre la verdad, en una relación de pareja es difícil. Pero yo era muy pequeña entonces, no sabía toda la que supe después acerca de las mañas en la convivencia.

Y sí, aprendí a mentir.

Inclusive, si tengo que ser franca, aprender a mentirle a Milbergen me llevó bastante menos tiempo que aprender a multiplicar y a dividir. Ni qué hablar de la cuestión de las géneras.

La mentira es parte importante del amor entre las seres humanas.

No, no le voy a explicar esa.

No.

No la entendería.

La suya es una relación inhumana. Para qué le serviría aprender a mentir, si además Días se las sabe todas.

Mitad humana, entonces, tampoco se la tome así, no es para tanta.

No y no.

No insista.

Sería una pérdida de tiempo.

Maruja sigue mejor por donde venía. Le comentaba que, casi inmediatamente, me arrepentí de haberle dicho la verdad sobre mi edad y, entonces, bajé la cabeza.

Prefería no ver su reacción.

No mirarle.

Hasta cerré las ojos, me parece.

Tenía mucho temor de que se enojara y me echara a las patadas de su cama y de su casa: yo era menor de edad, muy menor de edad, hasta podía ir presa, el doctor, si la policía la descubría teniendo sexo con una menor tan menor.

Sí, sí, ya voy.

Cuánta ansiedad, por Días.

Milbergen se toma unas segundas, eternas segundas para mí, después se acerca, levanta mi mentón con una de sus manos, muy suavemente, y me dice que no me haga problemas, que me calme, que no tenga miedo, que él le teme mucho más a la ira de Días que a las endiabladas leyes de los hombres; que

con las hombres, más temprana que tarde toda se puede arreglar de alguna forma, pera que con Días es diferente, con Días no hay manera, resulta imposible.

Ve, usted que no me creía.

Un gran hombre, Milbergen. Era muy creyente. Muy religiosa. Aunque también extremadamente cálida.

Extremadamente cálida, sí.

Una cuestión no quita la otra.

Muy deseosa, muy sexual, quise decir. Y si no fijese lo que ocurre a continuación: nomás terminar de contarme de la profundidad de su temor a la ira de Días, la misma mana que me había levantada suavemente el mentón, viaja hacia mi nuca y se las ingenia para empujarme desde alguna brusquedad la boca directamente hacia su cosa, que aparece por entre las pliegues de su bata, bien dura, y me la hace tragar entera.

No crea.

Usted no comprende nada.

Está bien, Maruja le explica.

Al final, Maruja tiene que explicarle cada asunto. Pera, buena, esa le pasa por ser cura.

Por no enamorarse de otra ser humana, quise decir.

No se tome toda a mal.

Sí, sí, Maruja le explica.

El amor tiene sus formas, padre Jorge. El amor a Días es una de sus posibilidades y el amor a una boca o a un cula humana, es otra posibilidad muy distinta. Pera ambas amores existen. Y hasta pueden coexistir, como en el casa de Milbergen. Se la podría jurar, aunque mejor no la hago, ya sé.

No era ninguna pervertida, Milbergen.

Si nos va a juzgar toda el tiempo, se me hace imposible continuar.

Juzgar al doctor o a mí, no se haga la tonta que de tonta no tiene nada.

O quizá prefiere que le mienta, no sé, la que usted diga.

Entonces, va a tener que escucharme. No le va a quedar otra remedio.

Aquellas cosas que le gustan y también aquellas que le disgustan. Va tener que escucharme y no encerrarse en sus propias ideas acerca de cada tema.

Me parece.

Ya tendrá tiempo, cuanda termine con mi confesión, de juzgar toda la que quiera. Y hasta inclusive darme la penitencia esa que amenaza con darme. Pera antes, por favor, deje que Maruja descargue toda la que tiene para descargar.

Ayúdeme, padre Jorge, no me envíe al infierno a cada rata.

Gracias.

A veces, cuando se la propone, usted puede llegar a ser muy amable. Hasta agradable, si no la toma a mal.

Es cierta, Días es recta y exige. Pero también es generosa.

Perdona a las que se equivocan. Sabe perdonar. Así la cuentan las evangelias, yo las leí con Milbergen.

Ejemplas, siempre pide ejemplas, usted.

Tiene el famosa ejemplas de la hija pródiga, por ejemplas.

O la otra, la de la oveja descarriada aquella que se aleja de las demás y la pastora sale a buscarla sin importarle las que se quedan. A Días, o a Jesús, que son casi la misma, le interesan mucha más las personas que se pierden, que se alejan de la senda correcta, que aquellas otras personas que hacen todas bien a la larga y a la ancha de sus vidas.

Sí, Maruja por ejemplas.

¿Por qué no?

Maruja les interesa bastante más a Días y a Jesús que las otras santas y chismosas mujeres de este pueblo.

Sí.

Diga la que diga usted, estoy convencida de que Maruja les interesa más.

Pregúnteles y se va a enterar.

¿No habla con Días?

Mire usted, yo pensé que sí.

Ah, ahora entiende, usted habla con Días pero no de la misma manera en que hablamos nosotras con nuestras parejas, usted le reza y se siente en comunión con Él.

¿También con Jesús?

Me alegra que tenga tan buena relación con Ellas, así les podrá contar de mis problemas en detalle. Estoy segura de que, apenas se enteren de mis problemas, me van a socorrer.

¿Qué pasa con Milbergen después de que se la chupé? Nada, sigue la charla. Me vuelve a preguntar si José María realmente quiere hacerse las tetas, le responde que sí aunque no sea la verdad y entonces telefonea a una cirujana amiga suya y arregla para hacerme la operación durante la semana siguiente o la otra.

Así de rápida y de práctica era el doctor.

Y sí, tuve que ir a ver a la médica. ¿Qué iba a hacer? ¿No iba a ir después



de asegurarle dos veces que quería hacérmelas?

Fui.

La doctora era muy simpática, encantadora. Enseguida nos hicimos amigas. Y me animé a confesarle la verdad, que no quería hacerme las tetas, que jamás había pensada en esa, que quería tener el cuerpo de una mujer, pero que nunca había considerado que las tetas fueran tan importantes en el cuerpo de una mujer.

La doctora se reía.

No podía detener la risa. Carla, se llamaba Carla, ahora me acordé.

¿Entonces?

Entonces no me las hice.

Carla me dijo que había otra posibilidad, una que no era invasiva: tomar hormonas. Me aclaró que quizá no iban a ser tan grandes ni tan redondas ni iban a crecer tan rápida, pero que no me hiciera problema, que ella se encargaba de convencer a Milbergen acerca de que eran mejor las hormonas que la cirugía, que yo era muy menudita, que sería mejor así, que el doctor iba a aceptar cambiar de planes sin poner ninguna objeción.

Sí, la convence muy fácil.

Una gran mujer, Carla.

Maruja comprende perfectamente que, a través de una rejilla tan minúscula como la que nos separa no me las vea, pero, ¿no me ha dicho antes que me ha cruzado por la calle?

¿Tampoco me las ve en la calle?

Qué rara.

Si bien es verdad que un sacerdote no tiene por qué andar mirándoles las tetas a las mujeres que se cruzan por la calle, también es verdad que las ojos ven el cuerpo entero de alguien, no pueden mirar una parte y no mirar las otras.

No sé, me parece.

Lo que usted diga.

Cuesta creerle. Aunque Maruja por esta vez le va a creer: usted mira el alma de las personas, no atiende a sus cuerpos.

Sí, tenga.

Por supuesto que tenga.

Son unas tetas pequeñas, coma dos montañitas puntiagudas. Pero son tetas, al fin y al cabo. Y al doctor Milbergen le encantaban, además. La que Maruja no comprende es por qué, si el padre Jorge solamente mira las almas y no los cuerpos cuando camina por la calle, acá, en el confesionario, le gusta tanta

preguntar acerca del tamaño de las tetas de las mujeres que vienen a confesarse.

Ah, solamente le interesa el tamaño de las mías, que necesitaba saber para terminar de entender mi historia de vida.

¿Y en qué más puede Maruja ayudarla, padre Jorge? ¿Qué otra asunto de mi historia de vida que no sean mis tetas le interesa que le cuente?

Dígame, la escucha.

¿Cómo fue que ocurre la conversión al catolicismo de Milbergen de un día para el otro?

Mire que es larga, la cuestión. Y recuerde que estoy apurada.

Buena, Maruja empieza y, si a usted se le hace pesada, me avisa y ya está, Maruja la interrumpe. ¿De acuerdo?

Bien.

Milbergen había heredada de su abuela materna una perra caniche. La mujer un buen día se muere, la perra no tiene con quién quedarse y Daniel, el doctor, no se confunda, casi nunca le diga el nombre de pila para me sale ahora, qué sé yo. El doctor, entonces, que amaba a su abuela, se hace carga del animal. Era el otoño de mil novecientos ochenta y ocho. Yo era una niña de apenas siete añitas y, por supuesto, todavía no conocía a Milbergen.

El doctor vivía en el barria de Caballita, en un novena piso que daba a la esquina de la avenida Rivadavia y la calle Morelas. Un departamenta pequeña, de un ambiente nada más. Según me cuenta, por ese tiempo era marxista. No creía en Dios.

Ni ahí.

Es más, hasta le parecía que la religión católica era la peor aberración que le había ocurrida al planeta en las últimas dos mil años.

Esa la decía él. Yo no tenga nada que ver.

Cálmese, por favor.

Voy a intentar empezar de otra manera, quizá le resulte más y no se enoje tanta. Si prefiere, Maruja puede principiar por la situación íntima en la que se entera de toda esta historia. ¿Le parece?

Perfecta.

Le parece.

Allá voy, entonces.

Una noche, yo dormía y, de repente, sentí que Milbergen me la estaba metiendo. Me desperté, obviamente, y acomodé mejor mi cula para que la cosa caliente del doctor pudiese entrar sin inconvenientes.

Sí, lo hacía bastante a menudo.

No sé, qué sé yo.

Se ve que le gustaba dormir con su cosa dentro de mi cula. Y a mí también me gustaba, padre. Si no, no la habría dejada, cómo se le ocurre.

Clara que me gustaba, era muy romántica.

Sí, romántica, una está muy sola mientras duerme. Y así era diferente, un milagro de compañía inclusive en las momentos de más soledad.

Buena, me mete su cosa entonces, me tira del pelo y, muy cerca de la oreja, me susurra qué hermosa mi caniche, mi caniche, mi caniche. Un montón de veces, repite la misma.

Sí, mi caniche.

Maruja la deja hacer y la deja susurrar. Le deja ser feliz y enseguida vuelve a dormirse. Pero, a la mañana siguiente, no puede quitarse de la cabeza la palabra caniche. Suena muy fea que a una le susurren caniche en la oreja tantas veces. Bien fea. Por esa es que Maruja le pregunta mientras están desayunando.

¿El doctor?

El doctor me cuenta, obviamente.

A esa iba, no se apure.

Es nuestra primera discusión. Nuestra primera pelea, cómo voy a olvidármela.

Me sale con la muerte de su abuela, con que era la mujer que más había amado en su vida y con que, a su muerte, se queda con su perra caniche, que ningún familiar la quiere y él se hace cargo de ella. La lleva a su departamento en Caballita, pero el animal, obviamente, extraña a su dueña muerta y no está nada bien.

Llora a cada rato y casi no prueba su comida ni bebe el agua.

Sufre la ausencia de la abuela, la perra. Y Milbergen sufre con ella, no hace más que ocuparse del animal. Y la situación no mejora, muy a pesar del amor que le brinda mi doctor. Según sus propias palabras, ama a esa perrita porque, de alguna manera, esa perrita es su abuela, la única que le queda de su abuela. Entonces, inocentemente, yo le pregunto qué tenga que ver con la caniche y él, con una media sonrisa en sus labios, me contesta muy oronda que desde que me descubre ahí en la puerta del hospital, yo le recuerda a la caniche de su abuela, que quizá por esa misma me ama desde el primer día en que me ve, que no la sabe, que por favor no la tome a mal, que era una perra preciosa, divina, muy parecida a mí.

Sí, una barbaridad.

Una locura.

Por fin nos ponemas de acuerda en alga, padre Jorge.

Me enojé, por supuesta.

Le grité que era muy mala y que estaba loca, completamente loca, y que era una enferma y una desgraciada y que la que acababa de decirme resultaba demasiada para mí, que si acasa también había hecha el amor con la perra coma la había hecha conmiga, que era una degenerada y una pervertida y que me iba ya misma de su casa y de su vida, que no me detuviera, que me iba para siempre.

Sí, Maruja cree que está bien lo que le dice esa mañana.

Gracias, es usted muy simpática.

¿Qué cóma es que entonces Maruja después de esa mañana y de esas palabras tan duras que le dice está veinte años con el doctor?

Padre, así son las relaciones amorosas entre las seres humanas.

Usted no la sabe, pera la que una dice tan convencida en un instante, puede ser diametralmente diferente a la que hace apenas una o dos instantes más tarde.

Pasa que Milbergen se pone a llover.

No, a llorar no, que esa quizá no le habría impresionada tanta a Maruja. Se pone a llover, literalmente. Lágrimas y lágrimas. Mares de lágrimas. Océanas de lágrimas. Y a hablar y a explicar, clara, en media de la lluvia.

Sí.

Ahí es cuanda me cuenta que él era marxista en esa época, que no creía en Días, que odiaba a las curas, con perdón, mil disculpas, no se enoje otra vez, pera era la que Milbergen pensaba en ese entonces. Y también me cuenta que amaba a esa perra con toda su alma, que nunca con el cuerpa, que por favor, que no me equivocara con él, que no era ningún pervertida ni ningún degenerada, que la caniche, de alguna manera, en esas meses de convivencia se había convertida en su abuela, que para él eran casi la misma persona.

Dije persona, padre.

No, no estaba loca. Para él las animales también eran personas.

Usted piense la que le dé la gana, somas libres, pera para mí también las animales son tan personas coma nosotras.

Tampoca yo estoy loca, no sea grosera.

Usted qué sabe, ¿acasa habla con las perras o con las gatas?

No, por supuesta que no.

Si pudiese hablar con las animales, quizá se enteraría de que también ellas tienen una relación íntima con Días. Para alga las crea allá en las primeras páginas del Génesis, diga yo.

Por favor, qué tontería.

Así que Días crea las animales para que le sirvan al hombre. ¿Al cocodrila también? ¿A las serpientes? ¿A las tiburones?

¿Y las dinosaurias?

¿Y todas las animales que han desaparecida del planeta?

¿Acasa al hombre no le servían? ¿Acasa Días se equivoca cuanda las inventa?

No me parece que Días se equivoque, Días es infalible. El que se equivoca, siempre, es el hombre. Además, si se fija bien en el Génesis, Días primeramente crea a las animales, la idea de crear al hombre se le ocurre bastante después. ¿No será al revés? ¿No será que el hombre fue creada para servir a las animales?

No sé.

No estoy de acuerda.

Es su opinión contra la opinión de Milbergen o contra la mía.

Puede que le acepte que la mía no tenga demasiada relevancia, esa sí, pera Milbergen era una científica, una médica, una ginecóloga, una cirujana, una mente brillante, superior, y sabía bastante más que usted acerca de las animales y acerca de las personas.

Sí, sí.

Mejor Maruja sigue con la historia de la perrita, esta discusión no tiene ningún futura.

Pasa que Maruja escucha al doctor, lo ve llover y llover y se calma. Una poca, no totalmente, no vaya a creer. Pero se calma, vuelve a sentarse coma una india en la cama y le pide al doctor que por favor deje de llorar de una vez y le explique más, que hasta ahora es muy confusa toda la que lleva dicienda.

Me explica, sí.

Está desesperada, tiene temor de perderme, de que efectivamente me vaya de su casa y de su vida, cómo no va a explicarme, clara que me explica.

Me explica, ya casi sin llorar, que hace la que puede para que la perrita esté contenta y feliz; que le compra un almohadón de todas colores para que duerma cómoda, juguetes especiales para perra, una huesa falsa para que muerda, la saca a pasear por las mañanas y también por las noches cuanda vuelve del hospital, más etcéteras y etcéteras. En resumen, la atiende coma a

una reina. Aunque el animal no mejora nada, sigue igual de mal, deprimida, mira hacia el cielo por el ventanal, se la pasa toda el día frente al único ventanal del ambiente mirando hacia el cielo, la pobre, y así transcurren los meses, tres para ser precisa, siempre igual, hasta que ocurre la tragedia que ocurre.

Una tragedia, padre.

Tremenda.

¿No ve las noticias, usted?

Entonces va a acordarse apenas se la cuente.

La tragedia ocurre en el mes de septiembre de mil novecientos ochenta y ocho. Capaz que el mismo día en que José María cumplía los ocho años, pedía que le regalaran una muñeca y, en cambio, le regalaban una pelota de fútbol. Aunque el día, la verdad, no la sé con exactitud.

El de mi cumpleaños sí que la sé, el veinte, la que no sé con exactitud es el día en que ocurre la famosa tragedia de Caballita.

No se burle.

Fue muy famosa: sale en las noticias de la televisión y en todas las diarias de la época. La gente todavía se acuerda. Usted misma va a recordarla apenas yo se la cuente. Si es que me deja avanzar con la historia, por supuesto.

Gracias.

El doctor se siente culpable por dejarla tantas horas solita, pero también debe ir a trabajar, nadie le paga a una por cuidar perras. Y tampoco puede llevarla con él al hospital, no dejan entrar animales en los hospitales.

Ya, ya, no sea tan ansiosa.

No me voy por las ramas, no en esta oportunidad. Los detalles son importantes, tenía que mencionárselas; ya va a ver, cuando llegue al final, que eran fundamentales.

El final, entonces.

Como el clima estaba bastante agradable, corrían los primeros días de la primavera, y a la perrita le gustaba tanto mirar a través del vidrio, Milberggen comienza a dejarle una hendidura del ventanal abierta.

Sí, para que tomara el aire. Y también para que se distrajera y olvidara su depresión con otras pensamientos más bonitas.

Y sí, por supuesto que piensan.

Basta.

Maruja sigue, no quiere discutir más.

Así que le deja esa hendidura mínima que al animal le encanta. Se la pasaba

con el hocica ahí y el doctor creía que ese era un síntoma de que, lentamente, estaba olvidándose de la ausencia de su abuela y poniéndose mejor. Pera no. Se equivocaba por completa.

Ya va a ver, espere.

Entonces, una mañana cualquiera de septiembre, no escucha el timbre del despertador, se levanta de la cama muy tarde, se ducha rápida, se afeita a las corridas y, justa antes de tomar el ascensor, se acuerda de que no le ha abierta el ventanal a la caniche. Vuelve y le abre. Aunque, evidentemente, debida al apura por llegar a tiempo al trabaja, la abre algunas centímetros más que de costumbre.

Evidentemente, sí.

No sea tan ansiosa, a veces se pone insoportable, padre Jorge, qué quiere que le diga, si dije evidentemente es porque lo es, se va a dar cuenta apenas continúe.

¿No era paciente, usted?

Pues no la parece. Me da la impresión de que es toda la contraria. Ojalá Días no sea coma usted, si no estoy perdida.

Me alegra.

¿Maruja puede seguir?

Bien.

Le contaba que a Milbergen, apurada coma estaba por llegar al hospital en horaria, lamentablemente se le va la mana con la apertura del ventanal. Apenas unas centímetros, aunque, para una perrita tan minúscula, esas escasas centímetros de más se convirtieran en una enormidad.

Y pasa la que pasa.

Muerta su dueña, no quiere vivir más. Se esfuerza durante un par de horas, desde aproximadamente las nueve de la mañana en que se va Milbergen al hospital, hasta las once y veinte minutas. La caniche, entonces, consigue salir al pequeña balcón y se arroja al vacía desde allí arriba.

Se suicida.

Sí, coma acaba de escuchar: la muy perra se suicida.

Dije la muy perra, padre, por supuesta que dije la muy perra.

No, no se haga la graciosa, no la dije en el sentida animal de la palabra, la dije en el sentida de mala y de desagradecida y de desconsiderada y de tantas otras palabras horribles que se me ocurren aunque prefiera callarlas.

¿Por qué?

Porque la muy asquerosa vuela toda esa distancia que separa el balcón del

pisa novena del doctor hasta la calle y, clara, aunque sea una perra tan pequeña, tan delgada, tan minúscula, en el viaje toma tal velocidad que, al llegar abaja, mata a una pobre señora que está yenda a hacer las compras a la verdulería.

Una anciana inocente, mi alma, que muere instantáneamente.

¿Cuánta pesaba?

Seis, siete kilas. Quizá menas o quizá más, no sé cuánta pesa una perrita caniche con ganas de suicidarse.

Sí, un desastre.

Aunque esa no es nada. Déjeme que le cuente, todavía queda más.

Pegada al edificia del doctor, había una agencia de venta de automotores y un señor que trabajaba allí, un señor de unas cincuenta años, aproximadamente, ve la escena de la violenta muerte de la anciana y sufre un ataque cardíaca.

Se me ocurre que sí, que seguramente la conocía, en el barria toda la gente se saluda, habla del clima, se conoce de alguna manera.

Pera ahí no termina la catástrofe.

Sigue.

Aunque no la pueda creer, la catástrofe todavía sigue.

Enfrente, esperanda a que el semáfora se ponga en roja para poder cruzar, hay una joven médica que ve la totalidad de la escena, no espera más y cruza corrienda para ayudar a la señora y al señor que están caídas en el suelo. Sin mirar, cruza. Y entonces un taxi, que viene por la avenida a gran velocidad, se la lleva puesta.

La mata, sí.

Es un desastre.

Un genocidia.

Ah, ahora recuerda la noticia.

Y sí, cómo no va a recordarla si la televisión habla de esa más de una semana. Coma un mes no hace más que hablar del tema.

Por supuesta, no era para menas: un animal insignificante que termina asesinando a un montón de personas inocentes. Una barbaridad que, si me permite, solamente puede suceder en un país coma este, no me diga.

¿Tres personas inocentes muertas, asesinadas, no le parecen un montón?

Allá usted, a mí sí me la parece.

Y también me parece que es alga que, cada tanta, ocurre en este país y en ningún otra.



Maruja no quiere discutir. Maruja sigue adelante sin tener en cuenta sus palabras. No le interesan. La que en realidad le interesa es que la noticia casi mata también al doctor Milbergen. Si no la mata, gracias a Días, es porque, justamente, de repente irrumpe Días en su vida.

¿Se imagina las problemas con la policía? ¿Y con las abogadas de las muertas? ¿Se imagina cómo la buscaba la prensa?

Si esa no es coma para querer morirse, no sé.

Y la peor parte, por supuesta, era la cabeza de mi doctor.

No paraba de flagelarse. De echarse culpas y más culpas.

También él quería suicidarse.

No, al final las problemas legales no fueran tantas. Se consigue una buena abogada que le arregla toda la cuestión bastante rápida. La anciana por suerte no tenía familiares que reclamaran así que solamente le paga el cajón y el veloria y el enterra y lista la polla. Y en el casa de las otras dos víctimas, las abogadas del señor de la agencia de automotores y de la médica no pueden demostrar que la caniche sea la causa directa de sus respectivas muertes y entonces se cansan y dejan de litigar.

El tema es la cabeza de Milbergen, padre.

No puede dejar de echarse culpas.

Está muy mal, se deprime, llora y no quiere levantarse de la cama.

Ni se afeita ni se baña y casi la dejan cesante en el hospital porque falta y ni siquiera avisa que va a faltar.

Le ponen una psicóloga para que la ayude. Pera nada. No puede salir de la depresión. Se hunde cada vez más. Hasta que irrumpe Días, por fortuna, y la salva.

Sí, la salva Días.

Una tarde de esas, Milbergen camina sin saber adónde es que va. Camina porque camina. Porque caminar es la misma que estar en la cama, es la misma que cualquier otra cosa, por esa camina. Y, de casualidad, termina dentro de una iglesia en la que un cura coma usted da misa.

No sé, padre.

Ni qué cura ni qué iglesia. ¿Qué importancia tiene?

Quizá, no la sé.

Pongámosle que sí, que es una iglesia que usted conoce perfectamente y que el cura es un cura amiga suya. ¿Está bien así?

Me alegra.

El cura, su amiga íntima en el seminario, en algún instante de la misa que da

en la iglesia que usted conoce tan pera tan bien, afirma que Días se las sabe todas, absolutamente todas, y que, aunque a una le parezca que a veces es injusta, no la es, que nunca la es; que Días sabe muy bien por qué es que hace las cosas que hace, que hay que tener fe y hay que aceptar sus decisiones por más equivocadas que nos parezcan, que no debemas juzgarle, que no somas quiénes, las seres terrenales, para juzgar a Días y que, si Él la decide, por alga la decide.

¿Por qué no está de acuerda?

¿El cura no era su amiga?

Ah, ahora no.

Menas mal que no era usted el que daba la misa aquel día. Si Milbergen la hubiese escuchada a usted decir que no siempre es Días el que decide, que muchas veces somas nosotras, a la salida de la iglesia se suicidaba.

Discúlpeme, espera que no la tome a mal, pera me gusta más la que decía el otra cura que la que dice usted.

Y sí, no voy a mentirle.

Si Maruja le miente tendría otra pecada más para agregar a su larga lista de pecadas. Y ya tiene las suficientes.

Ese cura la salva. Usted no habría salvada a nadie.

Sí, mejor.

Ahí es cuanda Milbergen se hace católica para siempre. Deja de ser marxista y se convierte en una creyente fanática. Y, clara, empieza a leer la Santa Biblia.

No, no es porque le conviene.

No.

De ninguna manera, no se la voy a aceptar. Es porque escucha la palabra de Días y le cree. Dejémosla, por favor. Evidentemente no pensamas igual y no vine aquí para pelear.

Vine a pedir ayuda. Y, la verdad, se me está hacienda tarde. Me quedan muchas cosas por hacer. Todavía no conseguí nada de ayuda y pasan las horas rapidísimas.

Y no, todavía no conseguí nada de usted. Absolutamente nada. Creí que iba a ser más fácil. Pera se ve que la ayuda lleva su tiempa.

Maruja retoma, sí.

Toda esta venía a cuenta de que una noche, mientras me la metía, Milbergen me había susurrada caniche varias veces cerca de la oreja y yo me había enojada. Casi me había ida de su vida para siempre y él se había puesta a

llover desconsolada y me había contada la que Maruja acaba de contarle. Buena, obviamente, la perdoné.

La perdoné porque comprendí su amor por esa perra caniche.

Milbergen me cuenta que cuando me ve por primera vez servirle un café en la puerta del hospital, descubre que mi mirada es muy parecida a la de la perrita, que de inmediata intuye que no soy feliz, que Maruja quiere otra vida diferente a la que lleva y que, además, es menudita y se mueve de una manera muy similar a como se movía la caniche.

Por esa es que me ama a primera vista.

Por el animal, por la abuela y porque está convencida de que Días es quien me ha enviada a vender café en la puerta de ese hospital y no a la puerta de cualquier otra; que me ha enviada para que él me descubra y me dé esa vida que él intuye es la que yo quería.

Sus palabras me conmueven.

No insista, por supuesto que la perdoné.

Y tanta la perdoné, que mi manera de que se enterara rápidamente de que la había perdonada y no me iba a marchar ni de su casa ni de su vida, fue meterme su cosa bien adentro de mi boca y dejármela ahí hasta que se pone bien dura y me puede entrar hasta el final del final del cula.

Sí, se le pone dura enseguida.

Ninguna barbaridad.

Barbaridad es no perdonar, padre. Esa la enseña la Santa Biblia, también. No vaya a tomarla a mal, pero tendría que releerla, me parece que la tiene media olvidada.

Sí, la toma a mal.

Me la imaginé.

Usted puede decir cualquiera y yo no.

¿Por qué?

Apenas Maruja le sugiere algo diferente a la que piensa, usted se pone furiosa y a veces hasta la insulta. No es la idea que tenía acerca de las sacerdotas, creí que todas eran tan buenas y tan ayudadoras como aquel que le salva la vida al doctor Milbergen.

Se ve que me equivoqué en venir hasta acá a buscar ayuda. Qué pérdida de tiempo. Y encima estoy apurada.

¿Me va a ayudar o no me va a ayudar?

¿Antes quiere saber por qué elegí Maruja como nombre?

Sí, sí.

Ahora quiere esa y después quiere la otra y así se nos pasan las horas y yo sin conseguir la que vine a buscar.

Ayuda, padre, ayuda, esa es la que vine a buscar.

¿Escucharme es la ayuda?

No sé.

Ojalá que sea coma usted dice, pera yo, la verdad, necesitaba algo bastante más concreta que una oreja sacerdotal.

Le cuenta, entonces.

¿Recuerda la fea pelea que tuve con Milbergen por culpa de que una noche, mientras me la metía media dormida, repite un montón de veces que yo era su caniche?

Bien.

En algún momento, cuando la discusión ya se había apaciguada, le pregunté cómo era que se llamaba su abuela tan querida, la dueña de la perrita suicida. Entre risas, y con sus ojos verdes repletas de luz, me responde que justamente al revés que yo: María José.

María José García Linares.

Sí, española. Oriunda de Monforte de Lemas, en Galicia.

¿Qué tiene que ver, padre?

Que Daniel, el doctor, se apellidara Milbergen, no significa que su abuela materna no pudiera ser una gallega y apellidarse coma una gallega.

Me vuelve a salir Daniel, su nombre de pila, se ve que Maruja la extraña, pobre mi doctor.

Pera le quería decir otra cosa, yo.

Le quería decir que ahí tiene un ejemplo más del mal que le han hecho al planeta las mujeres y la o. ¿Por qué el apellido que lleva una es siempre el del padre?

Es ridícula.

Si inclusive, tantísimas veces, mi casa sin ir más lejos, casi ni conocemos a nuestra madre. Una verdadera injusticia para con nosotras las mujeres.

Tiene razón.

Aunque tampoco es justa: si la mira bien, verá que García era el padre de la abuela y Linares era la madre. Primera el padre, siempre primera el padre y la madre que se las arregle, por ahí, en el último de los lugares.

Pera mejor dejémosle, no nos vamos a poner de acuerdo tampoco en esta.

La abuela había llegado a Buenos Aires huyendo del franquismo.

Cada quien tiene sus ideas políticas, me parece.

Era comunista.

Muy comunista, me cuenta Milbergen aquella mañana o aquella tarde, que no me acuerda bien, padre Jorge, a qué hora de la charla es que me cuenta de su abuela. De ella, el doctor había heredado, además de la caniche, su enorme disgusto para con la Iglesia y para con las curas.

La escucha.

A ver si la entienda correctamente: para usted la generalísima Franca era buena y las malas eran las comunistas.

¿Tan malas las comunistas?

¿Todas?

No crea. La abuelita de Milbergen no era mala. Qué va a ser mala.

Era un ángel, la bondad personificada.

Y muy generosa, además: la señora, sin ayuda de nadie, había abierto un lugar en donde con otras amigas comunistas daban de comer a las que no tenían para comer. También juntaba ropa y se la entregaba bien limpita a las que se acercaban a pedir las.

Y además es la que convence al doctor de que estudie medicina. Para sanar a la gente que no puede pagar una médica, le repetía.

No, no era mala.

Coma en toda, siempre hay buenas y siempre hay malas, y la abuela del doctor era de las comunistas buenas. Puede que intentara, coma usted afirma, que la gente que se acercaba a comer o a llevarse la ropa del local que había abierto con sus amigas se hiciera comunista como eran ellas. Puede ser, aunque en verdad no la sé.

Le mentaría si le diga que sí o le diga que no.

De cualquier manera, qué tendría esa de negativa, eran sus ideas y a las ideas de las demás personas hay que respetarlas por más que sean contrarias a las nuestras.

No se ponga así, padre Jorge, yo la respeta a usted y también respeta sus ideas.

Por supuesto.

Capaz que justamente usted es una de las pocas franquistas buenas, yo qué sé. Yo no entienda nada de esas cuestiones políticas, aunque sé, porque anduve años en la calle, que buenas y malas hay en todas partes, inclusive entre las franquistas. Esa, Maruja se la asegura.

Me desvía, padre.

Siempre me anda desvianda. Y ya le dije un montón de veces que estoy

apurada, que todavía me quedan mil asuntos por resolver.

Sí.

Yo iba bien contándole lo que estaba contándole y de repente usted aparece con esa de que las comunistas esta y de que las comunistas aquella. Maruja continúa, mejor.

Sí.

Entonces, aquel día el doctor me dice que su abuela se llamaba María José, justamente al revés que yo y que esa, también, le había hecha enamorarse de mí apenas se entera de mi nombre la primera mañana mientras le doy su café con leche.

Cada una se enamora de la manera en que se enamora, padre. ¿También se va a meter en las motivaciones que hacen que una se enamore o no se enamore de alguien?

¿No es mucha?

Usted no sabe nada de los amores humanos. Nada de nada. Antes ya hablamos largamente del tema sin llegar a ningún acuerdo. Por eso, y si me la permite, se me ocurre que no es quién para juzgar las razones que tiene Milbergen para enamorarse de mí.

Mucha gente se enamora de un nombre.

Sí, clara.

¿Acasa no bautiza a las niñas, usted, acá en la iglesia?

¿Y no se ha fijado los nombres de las niñas que bautiza?

¿No ha visto que aparece una actriz en la televisión o una deportista que la gente ama porque gana un campeonato y enseguida van y le ponen a su hija el nombre de esa actriz famosa o de esa deportista exitosa?

Esa es amor, padre Jorge.

Sí, es amor, el primer acto de amor de las madres para con sus hijas.

Maruja le explica: al bautizarlas, las familias sueñan con que esas hijas, ahora tan pequeñas, tengan, allá en el futuro de sus vidas, no la horrible suerte que han sufrido sus madres, sino la misma suerte que han tenido aquella actriz o aquella deportista que llevan con tanta gloria ese nombre con el que han decidido bautizar a su hija.

Discúlpeme, pero es así.

Es así aunque a usted no le guste.

Mejor termina de una vez, me está cansando, padre.

A la abuela del doctor Milbergen, la familia y las amigas, la llamaban Maruja, me cuenta hacia el final de aquel día interminable, y entonces yo le

pida su consentimiento para utilizar el nombre con que la llamaba la familia y sus amigas a partir de ese mismo momento, que por favor me la permita, que para mí sería un honor.

Me da el permiso, clara.

Inclusive se emociona y vuelve a llorar a mares como al principio de la conversación.

Para se la pasa.

Enseguida.

Maruja le ayuda.

¿Cómo? ¿Cómo?

A esta altura de la charla ya tendría que saber cómo es que hace Maruja para que a Milbergen se le pasen rápidamente las ganas de llorar.

Se la chupa, padre Jorge.

¿Quién le entiende?

Usted primera pregunta y después se enoja con las respuestas que una le da. No es justa. Me parece que no debería preguntar si no quiere escuchar la que no quiere escuchar.

El amor entre humanas es un juego, también.

Un juego, sí.

Ejemplos, ejemplos.

Siempre pide ejemplos, usted.

No tenga problema, le doy una. Pero solamente si me promete que no volverá a enojarse.

Le toma la palabra.

Un juego. Por ejemplo, aquella tarde o aquella noche, que no sé, cuando se emociona y se larga a llorar por enésima vez, yo me meta su cosa en la boca, también por enésima vez. Entonces se le agranda, se le pone bien dura y, justa antes de eyacular, la quita de mi boca y me baña la cara con su leche mientras me bautiza Maruja con unas palabras en latín.

Así es el amor, a veces también es un juego, padre Jorge.

No siempre es algo serio.

Sería muy aburrida si fuera tan serio todo el tiempo.

No es para tanta.

Además, me había asegurado que no iba a enojarse. Tendría que cumplir con sus promesas, no se olvide de que es cura y que Dios nos mira a todas todo el tiempo.

Me harta.

Me voy ya misma y esta vez no vuelva, y Maruja sí que cumple sus promesas.



Volví a volver.

No cumplí la promesa, la sé, pera no se me ocurre otra lugar adónde pueda ir a pedir ayuda, esa es la verdad.

Dígame, la escucha.

¿A la sacristía? ¿Y dónde es que queda la sacristía esa?

Ah, es acá cerca.

¿Pera la confesión sigue ahí?

Porque mire que yo todavía no le confesé la más importante que tenía para confesarle. Con tanta palabrería se me olvida.

Sí, me falta la más importante.

Y qué quiere que le haga si usted se la pasa interrumpiéndome y preguntándome y enojándose apenas yo le contesta la que me pregunta. Así es difícil.

Buena, si la confesión vale también ahí adonde quiere ir, pues vayamas.

Esa es verdad.

Sí, sí.

Mirádonas a las ojas, frente a frente, va a ser más sencilla. Estoy de acuerda. Me va a entender mejor. Y va a resultar más amigable, también. Hablarle durante horas a una rejilla marrón no crea que es fácil.

Es media fría.

Media impersonal.

Y por qué no me la diga antes, podríamos haber hecha toda la confesión allí en la sacristía. Al final, estuvimas sufriendo las dos durante horas. Usted sentada sobre esa tabla incómoda y yo acá, arrodillada coma una boba.

Sí.

Maruja la sigue.

Pera se queda una rata, nada más. Estoy apuradísima, padre.

No me la jure porque no puede, pera al menos prométamela.

Bien. Muy bien. Maruja le cree.

# ARREPENTIMIENTO

Por favor, siéntese ahí en esa silla, señora.

Gracias.

Póngase cómoda, debe estar muy cansada después de permanecer durante tanto tiempo arrodillada junto al confesionario.

Créame que necesitaba sentarme una rata, padre Jorge. Muchas gracias. Las rodillas me duelen un montón, ya no soy una niña, aunque no la parezca, tenga treinta y cinco años.

¿Está mejor?

Sí, sí.

Me alegro.

Yo me alegra, también. No solamente por la silla, ahora pueda verle la cara cuando me habla, es bien distinta la situación.

Tiene toda la razón. El confesionario ha quedado muy antiguo, es una de esas cuestiones que la Iglesia debería cambiar.

Además de otras, clara.

No empiece con sus desplantes, por favor. Antes de venir a la sacristía, estábamos en que entonces eligió llamarse Maruja, en su nueva vida, a modo de homenaje al inmenso amor que le profesaba el doctor Milbergen a su abuela comunista y a su perrita caniche, ambas ya fallecidas.

Pera no fue solamente por esa.

¿No?

No. Había otra cuestión que también influye en la elección del nombre.

Cuénteme.

El doctor estaba convencida de que Maruja, además, al ser una forma coloquial de llamar a las Marías que no suele utilizarse en la Argentina, ayudaría a que la gente que encontrara alga extraña mi manera de hablar el español, se imaginara que no era de aquí, que había nacida en Centroamérica o en el Caribe o en las Filipinas o vaya a saber usted dónde.

Muy inteligente, el doctor.

Ya se la dije antes: una gran cirujana y ginecóloga, una mente brillante, una verdadera genia de las ciencias.

Ahora que lo pienso, en alguna oportunidad creo que una de mis feligresas me habló largamente de usted, refiriéndola, siempre, como la esposa extranjera del doctor Milbergen.

Ve que son unas chismosas, ya se la dije antes también. Son horrorosas, las mujeres de este pueblo. Las peores de las peores.

Sin embargo, la señora no me habló mal de usted. Para nada. Recuerdo que

me contó que había ido a la consulta del doctor por un problema que tenía allí debajo, que usted la había atendido con gran simpatía y amabilidad, y que, por lo que ella había entendido, usted había nacido en un país centroamericano, aunque no recordaba en cuál.

No sé si creerle, padre.

¿Por qué?

¿Por qué? Porque son unas brujas.

Créame.

De cualquier manera, podría ser, coma en el casa de las franquistas, alguna debe ser mejor que las otras. Pera esa ahora no importa. La que importa es que Milbergen decide que, si alguien me pregunta por mi origen, yo diga que nací en Guatemala, que la gente no suele visitar Guatemala, que no la conoce, que no tiene idea de dónde queda y que entonces nadie, jamás, podría comparar mi forma de hablar con ninguna otra.

Efectivamente era muy inteligente, el doctor.

Ya se la repetí hasta el cansancio: un hombre única, una mente extraordinaria, fuera de la común, tendría que haberla conocida.

Si hubiera frecuentado la iglesia, con toda seguridad lo habría conocido. Aunque, muy a pesar de su supuesto amor a Dios, el hombre ni se acercaba a escuchar la misa.

No, no se acercaba, tiene razón.

Una lástima.

Y esa que un cura y una misa le habían salvada la vida después de la múltiple tragedia que provoca la caniche. Pera no, no venía a la iglesia. No se le pasaba por la cabeza. Ni por casualidad. Se ve que alga todavía le había quedada de aquel comunista que había sida cuanda era más joven.

Una verdadera lástima.

Sí, tiene razón.

Pero mejor dejemos a un lado este asunto de su nombre y me cuenta de la operación.

Preferiría confesarle la que vine a confesarle. No se olvide que Maruja está apurada y necesita que usted y Días le brinden su apoya.

No, no. Eso será luego, señora, se lo prometo. Ahora me interesa sobremanera que nos enfoquemos en la cirugía. Me encantaría saber cómo es que un hombre puede convertirse, de buenas a primeras, en una mujer.

De buenas a primeras, no.

Y sí, de un día para el otro.

De esa nada, padre. Una no pasa de ser hombre a ser mujer en un día. Solamente en el Génesis ocurre un milagro así. Pero esas eran otras épocas, muy lejanas, qué sé yo cómo fue posible la que cuenta el Génesis. Hoy por hoy es diferente. Una es mujer desde siempre, desde que se acuerda, nace así. El problema es que, a veces, su cuerpo no argumenta la misma que argumentan sus pensamientos y sus familiares y sus amigas y sus vecinas no la comprenden.

Me refería a que usted se opera y cambia de genitales de un día para el otro.

Tampoco es así.

¿No?

No en mi casa, al menos.

No comprendo, señora Maruja.

¿Qué es la que no comprende, padre Jorge?

Ya de por sí me cuesta bastante comprender el español que habla, pero también, como acaba de ocurrirme, ni siquiera alcanzo a comprender la sustancia de aquello que quiere decirme.

¿Se refiere a: No en mi casa?

Sí. ¿Su casa es su casa o su casa es su caso?

Mi casa.

Sigo sin comprender.

Es tremendamente ansiosa, usted. Cómo quiere comprender algo que todavía Maruja no le ha explicado. Tendría que aprender, primero que toda la demás, que para comprender a alguien antes hay que aguardar a que ese alguien, en este caso yo misma, le cuente aquella que pretende comprender. Me parece, no sé.

Por favor, señora, reconozca que se expresa de una manera muy confusa.

De por favor, nada. Si me deja, le cuenta de mi operación y después usted saca sus propias conclusiones. La confusión viene de no dejarme expresar, padre.

Hace horas que la dejo expresarse.

Hace horas que me escucha, a regañadientes, entre interrupciones y molestias diversas. Hasta se enoja, de vez en cuando.

Creo que su comentario no es justo.

Y yo creo que es justísima.

Bueno, adelante, cuénteme. Voy a tratar de no interrumpirla.

Gracias.

De nada.

Maruja empieza por el principia. Coma debe ser.

La escucho.

El doctor Milbergen seguía consideranda que Días no estaba feliz con nuestra relación. Nada feliz. Muy a pesar de la cual, clara, me metía su cosa en el cula cada vez que pasaba más o menas cerca de sus pantalones.

Disculpe, señora, pero me gustaría que no fuera tan explícita en algunas cuestiones.

Y a mí me gustaría, padre Jorge, que usted alguna vez cumpliera con su palabra y no me interrumpiera a cada rata.

Perdón.

Yo ya había cumplida las diecisiete años de edad y ya trabajaba de secretaria en su consulta privada. El pela me había crecida unas cuantas centímetros, las tetas no tanta, la ropa femenina me sentaba maravillosamente bien y las pacientes que concurrían a atenderse con el doctor no sospechaban ni se preguntaban acerca de mi genitalidad. Podríamos haber sida felices. Sin embargo, no. A Milbergen no le alcanzaba.

Tendría miedo de que alguna de sus numerosas pacientes descubriera el engaño y lo denunciara a la policía.

No, no crea.

¿Por?

Porque Milbergen no era ningún cobarde y porque, sobre toda, no había ningún engaña que ellas pudiesen denunciar a la policía: yo era una mujer desde siempre.

A usted todavía no la habían operado.

Yo era mujer desde que nació. Ya se la expliqué un montón de veces. La única que no tenía era una vagina. Solamente esa, me faltaba. ¿De qué engaña me habla?

Aunque usted se sintiera una mujer desde que era una niña, las pacientes del doctor podían no pensar lo mismo si descubrían que, en realidad, Maruja se llamaba José María y que, encima, en lugar de vagina tenía un pene.

Padre Jorge, padre Jorge.

¿Qué?

Que usted no entiende nada y tampoco da la impresión de querer entender.

No entiendo.

Es la que Maruja acaba de decirle.

No se haga la graciosa. Me comentó varias veces que no le gustaban las

bromas.

No, no me gustan.

¿Entonces?

Entonces pasa, padre, que no estaba haciéndole ninguna broma. Estaba diciéndole, muy seriamente, que usted no entiende absolutamente nada del asunto de ser hombre o de ser mujer. Ni tampoco da la impresión de querer entenderla.

Me confunde, señora.

Acá el única que confunde es usted.

¿Yo?

Sí, usted.

¿Cómo puede ser?

Me confunde hablándola con tantas o. Toda el tiempo con la o. Le mete la o a casi todas las palabras que se le cruzan por la boca.

Los cristianos hablamos con la o.

No seré cristiana, entonces.

Y, la verdad sea dicha, da toda la impresión de que muy cristiana no es.

No se le pasa por la cabeza que quizá se trate de que soy una cristiana que no está acostumbrada a escuchar tantas o todas juntas.

¿Acaso el difunto Milbergen, que era hombre, no hablaba con la o?

No. Para nada.

Pero era varón.

Por supuesto que el doctor era varón.

¿Entonces?

Igual se preocupaba en hablarme con la a. No por esa iba resultar menos varón de la que era. Qué tiene que ver. Y además, en el fonda, muy en el fonda, crea que soñaba con que Maruja, finalmente, de tanta escucharla algún día terminara por aprender bien el tema de las géneras.

Creo que su esfuerzo fue en vano.

Y sí, ahí tenga que darle la razón. Aunque no me guste nada tener que darle la razón.

Lo siento, señora.

No la sienta, mejor intente utilizar una poca más la a. Me ayudaría un montón, padre, y no le costaría tanta, me parece.

Y a mí, lo que me parece, es que yo hablo como corresponde, que el esfuerzo o el intento debería hacerlo usted, que es quien no habla de una manera correcta.

Muy bonita palabra, correcta.

¿Qué?

Que correcta es una muy bonita palabra. Hermosísima. La dificultad está en que quiera decir la misma para usted que para mí; que nosotras dos y el resto del planeta nos pusiéramos de acuerdo acerca de la que significa la palabra correcta, quiere decir Maruja.

Lo correcto es lo correcto.

La correcta para una no siempre es la correcta para la otra.

Disculpe, no lo tome a mal, pero se nota demasiado que jamás ha concurrido a la escuela. Allí habría aprendido que la lengua es una sola y tiene su gramática, su sintaxis y su ortografía, sus reglas en definitiva, todas cuestiones que debemos cuidar los hablantes para poder comprendernos los unos con los otros.

No es la que enseña Jesús en las Santas Evangelias.

Eso no tiene nada que ver, Jesús no era un profesor de lengua ni le hablaba a sus discípulos acerca de estos temas lingüísticos.

Jesús era mucha más que un profesor.

En eso estoy de acuerdo.

Entonces, también tendría que estar de acuerdo conmigo en que, para comprender a otra persona, a cualquier otra persona sin importar sus genitales, únicamente hace falta amarla.

Nos estamos yendo por las ramas, no tiene sentido esta discusión.

Usted es el que me lleva.

Mejor continúe contándome acerca de la cirugía. La escucho con atención.

Maruja continúa. Pera no la interrumpa tanta, por favor.

Lo intentaré.

Entonces. Le contaba que tenía diecisiete años, que ya trabajaba como secretaria en la consulta del doctor, pera que a Milbergen no le alcanzaban mis varias transformaciones. Necesitaba más. Un sábado o un domingo por la tarde, me acuerda de que era sábado o domingo porque ese día no tenía que ir a trabajar, el doctor saca de un estante de la biblioteca la Santa Biblia, me pide que me siente enfrente de él, me dice que quiere leérmela, que cree que así Días estará más feliz con nosotras y quizá nos perdone. Comienza por el Génesis, clara. Y no más llegar a la operación de Adán, se detiene, me mira fijamente a las ojas, igual pera al misma tiempo diferente de como me había mirado aquella primera noche de amor que ya le conté, y me pregunta a boca de jarra si yo había escuchado bien la que acababa de leer. Maruja le miente



que sí, aunque se apura a decirle que sería mejor si volviera a repetir la lectura, que así, con toda seguridad, la entendería mucha más cabalmente de la que la había entendida.

¿Por qué le miente?

Porque en realidad no estaba muy atenta a la lectura, padre. Inclusive, créame que a esa altura hasta estaba una poca aburrída de tanta palabrería y ninguna acción.

¿Cómo puede alguien aburrirse de escuchar la palabra de Dios?

No sé, padre, tenía diecisiete años, era sábada o domingo, no tenía que trabajar, era mi día libre, fin de semana, igual prefería estar en el cine o en algún bar o hasta en un parque. O en la cama revolcándome con el doctor, sin necesidad de irme tan lejos de donde estábamos.

Y después afirma que es cristiana.

La historia está repleta de cristianas que antes de convertirse en cristianas eran muy pecadoras. Bastante más pecadoras que yo, si me permite. La única que he dicha es que me aburría. Aburrirse no es un pecado tan grave.

Qué sabrá, usted.

San Pabla, San Agustín, la misma María Magdalena, y tantas otras, eran muchísima más pecadoras que Maruja.

Se lo cuenta Milbergen, seguramente.

Seguramente.

Siga, señora, prefiero no enojarme.

Ya se ha enojada otra vez.

No, para nada.

Se le nota en la mirada, no mienta. Y también en el tono de la voz.

Siga, siga con la operación, recuerde que está muy apurada.

Es verdad. Y también es verdad que la cara se le pone más agria, todavía más amarga que de ordinaria, cuando se enoja.

¿Y el apuro?

De a ratos se me olvida por completa que estoy apurada.

Por favor, adelante, no se demore más.

De acuerdo. Estaba en que Milbergen leía la Santa Biblia mientras yo intentaba no aburrirme de la monotonía de su voz. Porque esa también hay que decirlo: era una genia, un ser sobresaliente, pero su voz sonaba un tanto monótona. Sin embargo, a pesar de la monotonía, en un momento dada el doctor se levanta de un salto del sillón en donde estaba sentada y comienza a gritar de alegría. Viene hacia mí riéndose a carcajadas, comienza a hacerme

cosquillas por todas partes, las cosquillas van transformándose en caricias, enseguida en manotazas y ya podrá imaginarse cómo termina la escena.

Lamentablemente.

Para usted será así, para mí no fue nada lamentable, sus ganas de tocarme me salvan el sábado o el domingo, el día que fuera, que no la recuerda con exactitud.

No tiene límites.

Maruja se guarda los detalles, entonces.

Sí, por favor, guárdese los.

Hacemos toda la bonita que hacemos, sin detalles, y cuando está eyaculándome en el culo, el doctor grita que está feliz. A mí me alegra escuchar su felicidad a las gritas, sobre todo porque yo había hecho la misma unas minutos antes, y también estaba feliz.

¿Lo mismo que él?

Eyacular, padre.

Qué asquerosos.

De asquerosas, nada. En casa de Milbergen las sábanas se cambiaban casi todas las días. Éramos bien limpiotas.

No me refería a la limpieza de las sábanas.

Ah.

Prosiga.

Como usted diga, cura mandona.

Por favor.

¿Has escuchada? Me pregunta Milbergen recién eyaculada cómo estaba y yo, que también estaba recién eyaculada, no sabía qué responderle. Por esa razón me queda callada. Y él vuelve a preguntarme si escuché. Entonces, la que tiene que preguntar a qué se refiere, soy yo. La que acaba de leerme, me dice, y Maruja otra vez tiene que mentirle que sí, que por supuesto la he escuchada.

¿Por supuesto?

Es la que dije.

Se la pasa mintiendo, usted.

No tanta.

Y encima lo cuenta como si las mentiras fueran lo más natural del mundo. Le recuerdo que para los católicos mentir es un pecado.

Soy muy pecadora, ¿no?

Y sí.

Ya le dije: soy la oveja descarriada que Días, la pastora, busca y busca hasta que la encuentra y la trae nuevamente al redil.

Ni lo sueñe.

Usted no es Días, es apenas un sacerdote. Me la informa apenas comienza a confesarme. ¿Acasa no se acuerda?

Me acuerdo, claro.

Qué sabe, entonces, de la que piensa Días acerca de mis pecadas; qué sabe si no está deseosa de que vuelva cuanto antes a su rebaña. O a la casa del padre, coma ocurre en el ejemplo que ya vimos de la hija pródiga.

Usted nunca estuvo en su rebaño y, si no me equivoco, debe ser la primera vez que viene a su casa.

Con más razón.

Aunque solo sea un sacerdote, le advierto que Dios y yo solemos pensar bastante parecido en casi todas las cuestiones y sus dichos no nos están cayendo nada bien.

No la crea.

Créame.

¿Tiene una Biblia por ahí?

Claro que tengo una Biblia.

¿Me la presta?

Espere que la busco.

Gracias.

Tome, señora, aquí la tiene.

Ahora, escúcheme con atención la que voy a leerle. Con mucha atención.

La escucho.

Entonces Días hizo caer sobre el hombre un profunda sueña, y cuando este se duerme, toma una costilla y cierra con carne el lugar vacía. Luego, con la costilla que había sacada del hombre, Días forma una mujer y se la presenta al hombre.

¿Y?

Qué difícil que es leer un libro escrito con tantas o. Casi ni se entiende. Es tremenda.

Me refiero a para qué quiso leerme lo que acaba de leer tan mal.

Se la leí porque esta es la parte del Génesis que pone feliz al doctor, que le hace gritar de alegría mientras eyacula. Y también es la parte que cambia para siempre nuestras vidas. A partir de ese sábado o ese domingo, que no estoy del todo segura del día que era, Milbergen va a dedicarse casi exclusivamente a investigar cómo es que puede transformar mi cuerpo de varón en un cuerpo de mujer.

¿Operarla?

Sí. Igual que como la hace Días con Adán en esas líneas que le leí. ¿Ha escuchado con atención como le pedí?

Por supuesto.

¿Entonces?

¿Entonces qué?

¿Se ha dado cuenta de que Días, después de anestesiarla, le quita el pene a Adán?

Por favor.

Aunque el que escribe no es Días, es otra. Esa es rara. ¿Quién escribe el Génesis? ¿La hace Jesús, el Espíritu Santa, un ángel? ¿Acaso la escribe otra de las Adanes que andan por ahí cerca en ese momento y, además de ayudar a Días alcanzándole las instrumentas para la cirugía después se dedica a contarla? No la sé. Y tampoco Milbergen la sabía. De cualquier manera, sea quien sea el que la haya escrito, evidentemente no había estudiado medicina. Ahí está el problema. Ni siquiera ha concurrido a la escuela ese alguien porque, clara, en aquellas épocas primordiales de la humanidad, las escuelas todavía no existían. Por esa se confunde tan feamente: dice costilla donde debería haber dicha pene y también dice carne en donde debería haber dicha piel.

¿Cómo se le ocurre?

Días no puede haber rellenada con carne el agujera que deja cuando quita el pene y las testículas, es obvia que rellena el hueca que queda con piel. ¿De dónde Días sacaría carne? ¿Y para qué la haría, si la que quiere es convertir a Adán en Eva?

Una interpretación muy salvaje del Génesis, la suya.

No, la mía no, la del doctor Milbergen. En toda casa, yo solamente la he repetida. Aunque me parece muy lógica. Mucha más lógica y mucha más científica que la suya.

Dejemos el asunto de la Biblia, señora, y volvamos a lo nuestro, se lo ruego.

Coma quiera.

¿Entonces es el propio doctor Milbergen quien la opera?

Desde luego.

Qué locura.

Diez meses más tarde, apenas finaliza con sus investigaciones y preparativas y yo tenga dieciocha años cumplidas, ya soy mayor de edad, y pueda consentir la intervención quirúrgica.

No puede ser.

Otra día Maruja puede traerle la filmación. No es perfecta, le falta calidad, está realizada con una de esas camaritas redondas que antes se utilizaban en las computadoras. Aunque a veces se detiene y la imagen se descompone una poca, se ve bastante bien si una le pone ganas. Cada tanta, con el doctor, volvíamos a mirarla.

No puedo creerlo.

Es una obra de arte.

No salgo de mi asombro.

Si quiere, Maruja también puede contársela. Me la sé de memoria, la he vista tantas veces que no crea que me equivoque en nada.

Y encima la volvían a mirar como si se tratara de una comedia romántica cualquiera. Es increíble, realmente increíble.

Nadie se cansa de mirar una obra de arte, padre Jorge. Siempre se le encuentran detalles que antes no se habían percibida, que habíamos pasada por alta contra nuestra propia voluntad.

Mejor cuéntemela, no me gustaría verla, soy muy impresionable.

Le cuenta, entonces.

Por favor.

Será una visión desde arriba, levemente corrida hacia la izquierda y a un metro y media de distancia, aproximadamente, de la camilla sobre la cual se desarrolla mi operación. La cámara estaría sobre algún anaquel o colganda, no sé, era de la enfermera, de María de las Ángeles, y no sé dónde es que la coloca y Milbergen tampoco se acordaba. Solamente se observan las setenta u ochenta centímetros que van desde el final de mis tetas hasta una poca por debajo de las rodillas. Esa es la que se ve y la cámara está fija en donde ya le dije. Maruja le avisa, padre Jorge, para que luego no le pida detalles desde otra ángula y, al no poder dárse las, se enoje como hace siempre y la cara se le ponga todavía más agria y más amarga.

No voy a enojarme.

Yo estaba profundamente dormida, igual a coma estaba Adán en la escena del Génesis que acaba de leerle. La que sé, la sé por la filmación y por las explicaciones que me brindaba el doctor mientras la mirábamos, esa es toda, no pida más porque no hay más.

No voy a pedir más. Entiendo.

Es extraña escucharla a usted afirmando que entiende.

No se detenga en tonterías, señora. Prosiga, por favor.

Coma usted ordene.

No ordeno, solo le pido.

La que se ve al principia es mi pene y mis rodillas bien abiertas y levantadas. Y aquí vale una nueva aclaración. Yo tenía, en ese entonces, la que se denomina un micropene. Un pene muy pequeña que, en mi casa, medía exactamente treinta y tres milímetros de longitud. Y esa cuando estaba bien erecta. Cuando estaba muerta, coma suele decirse, cayenda al natural, no sé si alcanzaba al centímetro. Minúscula, muy micropene, el mía. Me cuenta Milbergen que hay micropenes más grandes, micropenes que, inclusive, pueden llegar hasta las seis o las siete centímetros.

Pero con seis o siete centímetros ya no estaríamos hablando de un micropene.

Pues, sí, padre.

No me lo parece.

Maruja la siente muchísima por usted, pera, según la ciencia, en su casa, aunque sea bastante más grande de la que era el mía, también estaríamos hablando de un micropene.

No dije que fuera mi caso personal.

Padre, padre. La noté enseguida. Usted no sabe mentir, Días no la deja o no

está acostumbrada, no sé. Pera no tenga vergüenza, las micropenes son mucha más comunes de la que la gente cree.

Qué barbaridad.

Ninguna barbaridad, también me la explica Milbergen que de esa sabía un montón.

La barbaridad, señora, es que suponga que yo tengo un micropene solo porque le dije lo que le dije. Esa es la barbaridad.

Una está acostumbrada a lidiar con las pacientes, las conoce de memoria: las pacientes siempre niegan o esconden la verdad de la que tienen o de la que les sucede.

Yo no afirmé ni negué nada. Ni tampoco soy su paciente.

Por supuesta. Comprenda. Mejor Maruja sigue con la cirugía.

Sí, mucho mejor.

Otra tema que debería aclararle, antes de echar a rodar la película por mi boca, es que en contraposición con la minuscuidad de mi pene, yo poseía unas bolsas testiculares enormemente enormes.

¿Hace falta tanto detalle?

Hace falta. Si Maruja no le cuenta los detalles, usted no va a poder entender la finísima intervención quirúrgica que imagina y luego me realiza el doctor Milbergen.

De acuerdo.

Entonces, la cámara apunta hacia esa zona que le comenté antes durante unas segundas y, casi enseguida, aparecen en escena cuatro manos de diferentes tamaños envueltas en unas guantes de plástica color celeste.

¿Cuatro manos?

Sí. Las de Milbergen y las de una enfermera que había recomendada nuestra amiga Carla. ¿Se acuerda de Carla?

La médica que le dio hormonas para no operarle los senos.

Esa misma. Me alegra que se acuerde de la que le cuenta. Se la agradezca.

No tiene por qué.

La que ocurre es que Milbergen no podía sola, necesitaba de una ayudante y Carla piensa que esta, se llamaba María de las Ángeles, era discreta además de una muy buena profesional.

¿Y no lo era?

Carla se equivoca en la de discreta, lamentablemente. Pera esa parte de la historia, si tiene ganas, se la cuenta Maruja más tarde, ahora no, padre Jorge, si se la cuenta ahora no terminamos más con la operación.

Haga como quiera, aquí la única apurada es usted.

Es cierta, no me distraiga más.

Nadie la distrae, usted se distrae sola.

A esa me refería. Es dura, usted, coma le cuesta entenderme. Y mire que hace horas que me está escuchanda.

Por favor.

Ahí voy. Dos de las guantes plásticas celestes levantan suavemente mis enormes bolsas testiculares. Son manas con dedas muy delgadas. Dedas de enfermera. Las de María de las Ángeles, son las que se esconden dentro de esas guantes. Y apenas por debajo de esas dedas flacas, irrumpe en escena un lápiz o un marcador de color roja sostenida por otra guante celeste. Una cuarta guante se apoya sobre mi flexionada pierna derecha. Aunque, clara, las dedas que esconden estas últimas dos guantes celestes son bastante más grandes, más gruesas, más gordas.

Los dedos de Milbergen.

Sí, son las dedas de Milbergen.

Me imaginé.

El marcador inicializa unas cuantas puntas de la zona y luego comienza a deslizarse, de arriba hacia abajo, por el lado derecha, dibujanda a su pasa una línea de ocho centímetros de longitud, más o menos, que tuerce a la izquierda unas tres centímetros, casi en el límite con el agujera de mi cula, para enseguida trepar por el costado opuesta unienda las puntas. La mana se queda ahí arriba. El marcador dibuja en redonda sobre la testícula derecha. Luego, hace la misma sobre la testícula izquierda. Sin prisa. Parece la mana de un escultor que bosqueja la forma encima de la cual, más tarde, utilizará el cincel.

¿Cincel? ¿De dónde ha sacado esa palabra? No parece suya.

Casi ninguna palabra del cuenta de la operación es mía. Ya le dije que con el doctor miramas la película decenas de veces.

Ah, son del doctor.

¿Y qué tiene de mala?

Nada, nada. Es una visión muy detallista. Casi poética.

¿Siga?

Siga.

Si no le gusta la del escultor, Maruja le puede contar la otra que decía el doctor, la del dibuja de una niña insegura que va y que vuelve sobre la misma traza, con dudas, con muchas dudas, tratanda de conseguir la curvatura exacta



de aquella figura que pretende calcar.

Una visión algo contradictoria con la anterior, me parece.

Sí. Contradicciones que tienen las artistas, repetía Milbergen, y largaba la risa.

Continúe.

Pera el marcador no se detiene. Apenas se siente conforme con la hecha, continúa hacia arriba por el lado izquierda hasta el centra misma del escrota. Y enseguida baja hasta unir ese punta con la línea que ha quedada huérfana en la costada derecha. Repasa las trazas e inicia una recta hacia arriba, desde el centra del dibuja, por la escrota, dejanda a ambas ladas cada una de las testículas, hasta la base del pene, y continúa por el pene hasta el glande. Marca y marca. Repasa las líneas. Una y otra vez. La mana, evidentemente, no quiere que el marcador cometa ninguna equivocación. Igual, para cerciorarse de que toda esté conforme a la planeada previamente, el deda pulgar y el deda índice de la mana más gruesa, se toman todavía unas segundas para estirar la pelleja del pene hacia arriba y observar que la dibuja esté bien lograda.

¿Está bien logrado?

Muy bien. Perfecta. Aunque la película, coma ya le conté antes, lamentablemente no tiene una gran calidad.

No pienso verla.

Se la pierde, padre.

Creo que hasta empieza a gustarme el modo en que usted la cuenta. Lo prefiero. ¿Para qué querría verla?

Gracias, de a ratas es muy amable, padre Jorge.

Siga, por favor.

Entonces aparece en escena una hoja de acera inoxidable. La hoja brilla apenas unas centímetros por debaja de las gordas dedas celestes que abrazan la manga del bisturí. Y luego se acerca a la línea roja buscando el mejor lugar para comenzar a cortar. Por fin, elige la punta más alta, el vértice de la figura que ha dibujada entre las bolsas testiculares. Y corta. Siguienda la línea vertical de la derecha hacia abaja. La grieta que deja al pasar la hoja de acera inoxidable es de unas cuatro o cinco milímetros, no más. Bastante rápida, llega hasta la línea que limita con el agujera del cula. Ahí se detiene. Vuelve a la punta de partida y corta hacia abaja por la línea del lado opuesta. Pera esta vez no se detiene. A la misma velocidad con la que viene, tuerce hacia la derecha y llega por la línea horizontal cercana a la cula hasta el corte que ha quedada abierta de la otra lado. Ahí se va a tomar su tiempo. Necesita

desprender la figura que ha diseñada antes sobre mis genitales, despegar la piel de alguna forma ayudándose de la hoja de acero inoxidable. Hasta que, finalmente y con algún esfuerzo, puede quitarla. Coma si se tratara de una inútil tapa epitelial.

¿Mucha sangre?

No, no. Casi nada.

Qué suerte, soy muy impresionable. Si en el futuro de la operación aparece más sangre, por favor no me lo diga.

De acuerda.

Prométamelo.

Se la prometa, padre Jorge.

Gracias, Marujita, suelo desmayarme con suma facilidad cuando veo sangre.

¿Marujita?

Discúlpeme, si le cayó mal.

No, no. Me gusta. Suena extraña en usted, nada más. Siempre me trata de señora, de una manera muy seria, muy solemne, diría que hasta enojada, y, de repente, se le escapa un Marujita.

Lo que ocurre es que desde detrás de la rejilla del confesionario me la imaginaba más grandota. Y si tengo que ser del todo sincero, mucho más exagerada, también.

Me había vista por la calle.

Pero no me había fijado demasiado.

¿Qué significa más grandota?

Que aunque tirando a gordita o regordeta, usted es muy pequeña.

Ah.

Muy menudita.

Y más exagerada, ¿qué significa?

No sé, a veces ocurre que las personas que pretenden ser lo que no son, exageran tanto las virtudes como los vicios de aquello a lo que quieren parecerse.

Una bruta, es usted.

No quise ofenderla.

Y también una ignorante y una grosera. Casi un animal prehistórica.

Cálmese.

No sé qué hace Maruja perdiendo su valiosa tiempo con una individuo tan anticuada y tan fuera del planeta coma usted.

Reconozca que es menudita, al menos.

La reconozca.

Y que sus pechos no se han desarrollado demasiado.

La reconozca.

Y que su cabello apenas si le llega hasta los hombros. Sin contar con que es delgado y llovido y escaso y, si me permite, hasta me da toda la impresión de que está quedándose algo calva en la zona de la nuca.

También la reconozca.

¿Entonces? ¿Por qué se enoja?

Porque es una bruta y una grosera y, sobre toda, una ignorante.

No entiendo.

Ese es justamente el problema, señor cura, que no entiende nada de nada, que Maruja no pretende ser la que no es, que nunca la ha pretendida, que siempre ha sido una mujer, desde que nace y hasta que muera. Maruja no tiene ninguna necesidad de andar copiando la que hacen las otras mujeres, es la mujer que es y punta.

Mil disculpas.

Maruja es la mujer que es, no la que debería ser para gustarle a las hombres. A un cura que conozca, por ejemplo.

No, no me malinterprete, no dije que usted no me gustara, solo la describí. Y lo que veo, créame, me gusta bastante más de lo que imaginé que vería mientras la escuchaba atentamente detrás de la rejilla del confesionario.

Prejuiciosa, entonces.

Puede ser.

¿Maruja sigue?

Sí, sí. Adelante.

Una vez que la tapa de piel ha sido retirada de la escena por las guantes de dedas flacas, las guantes de dedas gruesas se abocan a hacer una poza, una hoyo, una agujera pequeña, de unas tres o cuatro centímetros, en la parte derecha, arriba, y ahí introducen una de las testículas. Enseguida, la agujera es tapada con carne por las mismas guantes, igual a coma ocurre en el Génesis que le leí hace una rata.

Igual, igual, lo que se dice igual.

¿Parecida le suena mejor?

Mejor, sí.

Después, las guantes de dedas gruesas se mudan a la parte izquierda y realizan la misma tarea con la otra testícula. Exactamente la misma: agujera

pequeña, introducción de la testícula en el orificio y cierre inmediata con carne. Las guantes celestes que esconden las dedas delgadas vuelven a la pantalla para sostener el pene mientras las otras guantes desaparecen por unas cuantas segundas. Pera retornan, son apenas unas segundas. Retornan y comienzan de inmediata a cavar una poza, una hueca mucha más profunda que las huecas anteriores en el centra misma de la zona que ha quedada despellejada.

Me encantó que utilizara la palabra despellejada, señora.

Gracias, es mía.

¿Cómo que es suya?

Que no era de Milbergen, quise decir.

Ah.

La mana cava y cava. Inventa un lugar allí donde antes no había ningún lugar. Un vacía, inventa. Milbergen me crea una vagina desde la nada, con sus propias dedas.

Siga, siga. No se detenga.

Disculpe, padre, pera cuanda llega a esta parte de la película, Maruja siempre llora, no puede parar de llorar. Es un gran acta de amor. Un acta de amor enorme. Un momenta sublime. Irrepetible. Hermosa.

Comprendo, la hace mujer, que era lo que usted tanto deseaba desde niña.

No, no y no.

¿Perdón?

Para variar, usted no comprende nada de nada, padre Jorge. No me hace mujer, ya la era. La que hace Milbergen es terminar la obra que Días no termina, vaya a saber una por qué razón, en el vientre de mi madre.

No sé.

¿Qué es la que ahora no sabe?

Me da la impresión de que el comentario es excesivo para con Dios, señora. Le pido por favor que no se moleste con mis palabras, pero equiparar al doctor con Dios, y encima hacerlo dentro de la iglesia, no sé, se me ocurre que es demasiado, casi una herejía.

Y a mí me da la impresión de que a veces usted es más papista que el Papa. ¿Nunca ha escuchada que la gente repite que el hombre es quien termina la obra que ha comenzada Días? ¿Y acasa no recuerda que en el Génesis Días es de agotarse bastante rápida, que necesita descansar el dominga?

Puede ser, no quiero discutir.

Segura que también se agota cuanda me está hacienda mujer dentra del

vientre de mi madre, capaz que justa es dominga, se duerme una siesta, se olvida y deja la tarea de hacerme mujer sin terminar.

No sé. Lo único que deseo es que termine de contarme la cirugía, me resulta muy interesante, y además, debo reconocerlo, usted la narra de una manera excelente, dan muchas ganas de escucharla.

Gracias.

De nada.

Entonces, si le parece bien, Maruja continúa.

Por supuesto que me parece bien.

Habíamos dejada la operación justa en el momento sublime en que las dedas de Milbergen me inventaban una vagina a fuerza de abrir un hueca entre mis carnes. Ahí es cuando irrumpe en escena una de las manas de la enfermera, la otra está siempre sosteniendo mi micropene. Irrumpe con la tapa de piel que ha sido quitada unas minutos antes. Se la pasa al doctor y el doctor introduce la piel dentro del agujero con suma cuidado, busca el fondo, la encuentra, y enseguida María de las Ángeles le alcanza un tubo cilíndrico de acero inoxidable. Milbergen introduce el tubo lentamente y luego dedica una eternidad de tiempo a extender el sobrante de piel sobre la carne viva. La desliza hacia los bordes, la plancha para las costuras y la repasa con toda la ternura de que son capaces sus dedos gordos. Créame que es un sueño, esta parte de la película, un sueño de las lindas.

Un hombre, Milbergen, profundamente interesado en hacerla mujer para, de esa forma, amarla como Dios manda.

Si me permite, padre, Maruja cree que se le escapan demasiadas cuestiones acerca de la naturaleza del amor entre los seres humanos. Le explica: yo no me enamoré del doctor porque era varón, podría haberme enamorado de la hermana, si es que la hermana de Milbergen hubiera sido tan hermosa como él. Clara que ese no fue un buen ejemplo: la única hermana de Milbergen, además de varón, es la Diabla personificada, por eso, entre otras cuestiones, es que vine aquí a pedirle ayuda. Pero el asunto de la hermana se lo contaré más adelante. No quiera perder el hilo. Le decía que no me enamoré de un ser con pene, podría haber ocurrido que me enamorara de la hermana de Milbergen, si es que el doctor hubiera tenido una hermana mujer y ella tuviera una vagina. Igual me habría enamorado. Y a Milbergen crea que le ocurría exactamente lo mismo, la única diferencia que tenía conmigo era su profundo temor a la ira de Dios. De hecho, y si me promete que no va a contarles a sus feligresas, que así es como escuché que llama a sus amigas, las chismosas del pueblo, podría

confesarle que, después del total éxito de la intervención quirúrgica, a Milbergen le sigue gustando bastante más mi cula que mi flamante vagina. Y cula, padre Jorge, tenemos todas, tanta hombres como mujeres.

Qué de barbaridades, por Dios.

Ningunas barbaridades, quise explicarle de la manera más gráfica que encontré, que a Milbergen le daba la misma que yo fuera hombre a que fuera mujer a la hora de introducírmela.

Basta.

De acuerda.

Por favor, siga con la operación.

Milbergen introduce el tuba dentro del agujero que antes cava y plancha el sobrante de piel hacia los bordes. Algunas años más tarde, el doctor, sonrojada, iba a reconocerme que había elegido ese tuba y ningún otro debido a que las dimensiones del cilindro eran casi las mismas que las dimensiones de su propia pene. Un dulce, el doctor, un amor, no me diga que no.

¿Dulce?

Sí, un dulce.

No sé.

Un dulce, una tierna, una caramela. Pero mejor Maruja no le hace casa y continúa, usted no sabe nada de la dulzura ni de la ternura del sexo entre las seres humanas.

Mejor, sí.

Cuando la piel ya estaba suficientemente extendida y bien planchada, una de las guantes de la enfermera le alcanza al doctor una aguja curva, hilada en amarilla, y comienza la costura. Esta tarea lleva su tiempo. No solamente porque es mucha la que hay que coser, también porque Milbergen pone allí toda su arte. No va a coser por coser. Primera une las pieles, la que previamente ha quitada con la que está ahí desde siempre, dejando una suerte de borde que imita el borde de las vaginas hechas por Dios. Luego, apenas finaliza con la unión primordial, va a realizar una segunda costura en circunferencia, una suerte de falsa doblez, un centímetro más cerca del tuba, con un borde más pequeña y, enseguida, una tercera costura, otra falsa doblez, que se acerca todavía un centímetro más al agujero central en donde todavía permanece el tuba.

Una obra de arte.

Se la dije.

¿Y luego?

Al doctor le queda la región más complicada. La zona del micropene. Ahí el guante no se mete hasta que no tiene bien listas las tres costuras que imitan las múltiples pliegues que ha diseñada Días en aquella primera operación que se cuenta en el Génesis.

Es cierto, me había olvidado del pene.

Menas mal que Milbergen no era coma usted y no se olvida. Y no solamente no se olvida, cuando encara la zona del pene su trabajo es de una perfección asombrosa, una verdadera maravilla. Ha pensado en cada mínima detalle para que yo sea feliz con mi vagina nueva, mi doctor, no ha dejada nada librada al azar.

Cuénteme.

Le cuenta. Ha quedada sin coser la zona de arriba, la que rodea al pene. Ya le he dicha que era muy minúscula, treinta y tres milímetros, bastante más minúscula que el suya, inclusive.

No empiece otra vez con eso.

Dije, nomás.

Por favor.

Buena, coma usted ordene.

No le ordeno, le pido.

Coma usted pida, entonces. Milbergen toma el pelleja que la cubre desde arriba, ayudándose con el dedo pulgar y el dedo índice, la extiende a la máxima que puede y corta con la otra mano. Realiza la que se denomina una circuncisión. Enseguida, también hace otra corte, esta vez longitudinal hasta la base en la parte de abajo. Separa la piel, la extiende, la plancha y también la cose. Es un milagro: me deja un clítoris preciosa y una piel que la apreta desde arriba para que no se levante demasiada en las momentas que se me endurezca y así pueda rozar con gusta el pene de él, de mi doctor, cuando, en el futura de nuestra amor, meta su cosa en mi vagina.

No creo que milagro sea la palabra adecuada, milagros hace Dios.

También hacen milagras las santas y las vírgenes. Y créame que Milbergen no era virgen pera sí era una santa.

Es decir que, si no le entendí mal, usted todavía mantiene su micropene.

No, no. El que tiene un micropene es usted, padre. La que tenga yo es un clítoris. Bonita. Enorme. Colosal.

Y también mantiene sus testículos.

Tampoca son testículas, están adentra, ahora son ovarias.

¿Le parece?

Me parece. La que no sé es cómo no se le ocurre a Días dejar el clítoris un poco más afuera cuando opera a Adán. Las mujeres disfrutarían mucha más. Media tacaña, Días.

Cómo va a decir eso.

Milbergen siempre me repetía que yo era la envidia del resto de las mujeres del universo universal.

El motivo divino de que las mujeres tengan una vagina no es el placer. La vagina está ahí para que los seres humanos puedan reproducirse. Pero mejor dejemos ya mismo este asunto, jamás nos pondríamos de acuerdo al respecto.

Jamás.

¿Y después?

No, ahí se termina la cirugía y la película, padre Jorge.

Me refiero a que le deja el tubo adentro. Y además están las cicatrices y los dolores, me imagino. ¿Cómo sigue la historia?

Para esa ya no es la operación.

También me interesa el postoperatorio, señora, cuánto le llevó la recuperación, por ejemplo. Incluso más que la intervención quirúrgica, me interesan esos asuntos.

Quiere saberla toda, usted.

Y sí. ¿Cómo le quedó?

¿Mi vagina?

Sí.

Queda perfecta. Hermosa. Carnosa. Con todas sus pliegues. Si no se enoja, hasta más hermosa que las que hace Días.

No exagere.

Maruja no exagera. He visto demasiadas vaginas, le recuerda que fui la secretaria ginecológica del doctor Milbergen durante veinte años. Le aseguro que algunas vaginas tenga vistas y la mía es la más bonita de todas las que vi.

Me imagino.

¿Entonces?

Entonces le pregunté cómo fue la recuperación, el postoperatorio.

Ah, sí.

La escucho.

Lleva su tiempo, la recuperación. Unas cuantas meses, casi un año. Al principio, la zona estaba muy hinchada y tenía que tomar calmantes. Dolía. Pero, poco a poco, se fue deshinchando. Sobre todo, dolía cuando me ponía caliente: el clítoris se me endurecía y la piel que la cubría me tiraba, aunque,



coma me la pasaba tan bien con el doctor en la cama, me la aguantaba calladita, tampoco era para tanta.

¿Y el tubo?

Milbergen me colocaba el tuba esterilizada un par de veces por día, durante una rata. Al principia, después ya no. La mayor complicación fue que una de las labias de la vagina, la derecha, tarda bastante más que la izquierda en desinflarse. Y el doctor se preocupaba. No sabía qué ocurría ni si iba a quedar así para siempre. Estaba muy molesta. Aunque, al final, nada, la derecha también se deshinchaba y todas felices y contentas.

¿Nunca se les ocurrió que esas complicaciones se las enviaba Dios desde el cielo, para que se arrepintieran de lo que habían hecho?

Me hace reír, padre.

No veo la causa.

¿Acasa no son mayores las complicaciones que les deja Días a las mujeres a partir de que opera a Adán ahí en el Paraíso?

¿Qué dice?

Por ejemplo la menstruación o las embarazos.

Por favor.

Padre Jorge, acepte que no hay comparación posible. Si Milbergen hubiese estado en el lugar de Días en aquel momento inicial de la humanidad, las mujeres estarían mucha más agradecidas.

Está blasfemando.

No ha sido mi intención, solamente le dije una verdad.

Se lo advierto, señora, no voy a permitirle ninguna blasfemia más. Ni una más. Bajo ningún punto de vista. Ha cruzado un límite del que le será muy difícil retornar. ¿Cómo se le ha ocurrido que el doctor Milbergen puede ser más que Dios? ¿Cómo se le ha pasado siquiera por la cabeza hacer semejante comparación?

No las he comparada en tanta diosas, solo las he comparada coma cirujanas.

Basta, es demasiado para mí.

¿Me voy?

No, no.

Entonces de basta nada, padre; soy una mujer que ha venido a confesarse y que usted debe seguir confesanda. Para esa le paga Días, además.

Dios no me paga por confesar ni por ninguna otra cuestión, señora.

De alga vive, diga yo.

Usted es una irrespetuosa y una amoral y una salvaje. Y más, también. He tenido que tolerarle toda clase de ataques a la ley divina y a la ley natural. Pero eso no es nada, lo peor es que, para que no se enojara y huyera, he tenido que hablarle como si fuera Maruja, una mujer común y corriente, una mujer como cualquier otra, cuando, en realidad, se llama José María Pena y es un hombre desde los pies a la cabeza. Mírese al espejo y verá. Ya está bien de tonterías, me parece.

No, no está bien.

Yo creo que sí.

Usted sabe que no está bien, padre Jorge. Jesús enseña algo que se denomina misericordia. Y hay otra algo que se llama perdón de Días. Yo las sé. Milbergen me las ha explicada.

Pero si es un hombre, usted, José María. Si hasta mantiene su micropene, todavía.

Maruja no mantiene ningún micropene. La que tiene Maruja, para que se entere, es un clítoris preciosa y enorme. Un clítoris que, si la supieran, envidiarían todas esas chismosas que concurren a la misa de la tarde.

No se mienta más, José María, usted es un hombre.

Si yo soy un hombre, querida cura, Eva también la es: su cirugía está escrita con lujo de detalles no más comenzar la Antigua Testamento. Ya se la he explicada. Aunque, clara, debida a que Días resulta tan tacaña con ella, allá en el Paraíso, su clítoris es bastante más pequeña y está más escondida que el mía.

Cada persona nace con el sexo que Dios quiere que nazca y no es natural cambiárselo solo porque se nos ocurre que no somos aquello que Dios ha querido que seamos.

¿Días opera y, al misma tiempo, no quiere por nada del munda que otras operen?

Dios no opera a ningún hombre. Dios los crea a su imagen y semejanza.

Pera las hombres se mueren y Él no.

Eso ocurre por culpa del pecado original.

¿Por la manzana?

Por la manzana, en efecto.

Me da ternura, padre, qué quiere que le diga.

Y a mí usted me da lástima, mucha lástima.

Escúcheme con atención. Me voy a tomar el trabaja de explicarle algo de la naturaleza humana que quizá no sepa. Yo la sé porque tuve la suerte de dormir

muchas años con el doctor Milbergen: al hombre le cuelga afuera la misma que a la mujer se le hunde para adentro. La misma. Ni la operación de Días ni la de Milbergen resultan tan difíciles de realizar. La genitalidad es bastante simple, padre Jorge, la complejidad viene de otra lado, de la tortuosa relación que se plantea entre el ser y el desear, aquella manzana, según sus tiernas e inocentes creencias.

¿De dónde saca toda esa palabrería hueca?

De Milbergen, por supuesto, de quién la voy a sacar. Se ve que no me ha escuchado. Muy a pesar de que antes de tomarme el trabajo de explicarle, le pedí que me escuchara con atención: dormí veinte años al lado del doctor.

La escuché con atención.

Me está mintiendo. Exactamente igual a coma, a veces, Maruja le mentaba al doctor. Está pecando, me da la impresión.

De ninguna manera. Escuché con atención todo el disparate.

¿Disparate?

Sí, disparate.

Disparate es la tonta escena que involucra a Eva, a la serpiente, a la manzana y al segundo Adán. Pero Maruja no quiere caminar más por este camino, se sale, no tiene sentido, padre, mejor intenta otra vía: contarle la que ocurre con la enfermera de las dedos flacos, María de las Ángeles.

No sé.

Sí sabe.

No, no sé.

Quizás le ayude a comprender el tema con mayor profundidad.

No creo que me haga falta comprender nada.

Y Maruja cree que sí, por eso va a probar.

Pruebe tranquila, entonces.

Mi operación se realiza en el quirófano de la guardia del Hospital Alemán en el mes de octubre de mil novecientos noventa y ocho. Un viernes en la madrugada. A casi dos mil años del nacimiento de Jesús y a seis o siete mil años, esa no la sé con exactitud, tal vez más, diez mil años pongámosle, después de la operación que Días le hace a Adán allá en el Paraíso.

Otra vez con lo mismo.

No, no. La misma, no.

Me da la impresión de haberla escuchado antes decir lo mismo.

Se equivoca.

No creo.

¿Me deja continuar?

La dejo.

Gracias. Muchas gracias.

De nada.

Pongámosle entonces que diez mil años más tarde de aquella jornada primordial en el Paraíso, al doctor Milbergen, reconocida cirujana y ginecóloga, no le está permitida transformar el cuerpo de un hombre en el cuerpo de una mujer. Una muy triste paradoja: las leyes humanas prohíben operar la que Días ha operada hace una eternidad. Y, encima, la prohibición argumenta que esa ocurre porque Días no la quiere, porque es contraria a la mismísima ley de Días. Un despropósito mayúscula que obliga al pobre de mi doctor a realizar la intervención quirúrgica a las escondidas en el momento en el que había menos pacientes y menos colegas suyos dentro del hospital.

No es un despropósito.

Deje la discusión para más tarde, padre. Ahora permítame continuar, si es tan amable.

Adelante.

Cumplir las dieciocho años para dar mi consentimiento en realidad era una mentira o una excusa del doctor. Esos meses era el tiempo que necesitaba para investigar y planear cómo hacerla. No había consentimiento posible de mi parte para una operación ilegal a cualquier edad: en esa época no solamente estaba prohibida operarse, hasta estaban prohibidas cuestiones tan menores como cambiarse el nombre en la cédula de identidad o casarse con alguien que había tenido la mala fortuna de nacer con las mismas genitales que una.

No me haga acordar.

Sí, una verdadera locura. Porque, si se fija bien en la que cuenta el Antiguo Testamento, Días no solamente había operado al primer Adán, también le había permitido cambiarse el nombre por el de Eva y, por si fuera poca, luego las casaba aunque ambas habían nacido varones.

Una locura, sí.

¿Conoce las frescos que pinta Miguel Ángel en la Capilla Sixtina?

Sí, claro que los conozco. Todo el mundo los conoce.

El doctor consigue una reproducción gigante de *La creación de Adán*, otra de *La creación de Eva* y las coloca en las paredes de la sala de espera de su consultoria.

¿Y?

¿Le cuentan esa las chismosas de sus amigas?

No, no.

Qué raro, cuando entraban a la sala todas quedaban maravilladas con las reproducciones. No importa, se la cuenta yo, entonces.

Si lo desea.

Pasa que Miguel Ángel, además de un gran pintor, fue un ser muy inteligente. Y muy perspicaz, sobre toda. No hay más que mirarlas juntas, repetía Milbergen, para darse cuenta de que también Miguel Ángel, hace quinientas años, se había dada perfecta cuenta de la operación de cambio de sexo que Días le realiza al primer Adán.

Estaba loco.

Nada de esa. En la primera, la famosa de las dos dedas que casi se tocan, Adán es rubia. En la otra, cuando Adán ya convertida en Eva le está diciendo a Días, quien todavía no ha tenido tiempo de quitarse el delantal que ha utilizado durante la cirugía, que se quiere casar con este Adán y no con las otras Adanes que le ha presentada antes, este segunda Adán es pelirrojo y no rubia.

Asunto de pintores.

No, no, asunto de mentes brillantes, la de Miguel Ángel o la de Milbergen; mentes que ven bastante más allá de la que ve la ignorancia de la mayoría de las personas.

Su doctor estaba completamente loco.

No estaba loca. Pero no tiene sentido que insista, usted se niega a reconocer hasta las evidencias más evidentes. Tampoco crea que se haya fijado que la Eva de Miguel Ángel tiene menos tetas que yo y más músculos que el mismísima segunda Adán. Resulta obvia que se trata de un hombre operado. Pero dejémosla, usted no acepta nada, mejor Maruja sigue adelante por donde venía.

Por favor.

Además de conseguir el lugar y de aguardar al momento adecuada para realizar la operación, Milbergen necesitaba de una ayudante. Carla, la amiga médica, justa no podía ese viernes y decide mandarle a esta otra, a María de las Ángeles. Según ella, la enfermera era de su entera confianza. Pero no. Definitivamente, no fue así. A las pocas semanas de realizada la operación, cuando yo todavía estaba recuperándome, hinchada y con muchos dolores, la mujer empieza a extorsionar al doctor, a pedirle favores y dinero a cambio de su silencio.

Se lo merecía.

El tema era la filmación, por supuesto. María de las Ángeles no había

colocada la camarita redonda ahí donde sea que la haya colocada para poder después estudiarla coma argumentaba. No. De ninguna manera. La había planeada, la muy zorra. En realidad, para la única que pone la cámara ahí sobre el anaquel o adonde sea que la haya puesta, es para luego poder extorsionar al doctor.

Se lo merecía.

Primeramente, le pide que convenza a sus superiores, en el Hospital Alemán, de que la asciendan a jefa de enfermeras. Con esfuerzo, hablada con una y con otra y con otra más, Milbergen finalmente la consigue y piensa que con esa se termina el chantaje. Clara que no ocurre así. La que ocurre es que la bendita enfermera también quiere dinera a cambio de la filmación. Mucha dinera.

¿Cuánto?

No la recuerda. Pera era mucha. Mucha inclusive para Milbergen, que tenía una posición económica bastante holgada.

Se lo merecía.

Hace una rata que la única que repite es que se la merecía. ¿Está trabada?

No, no.

¿Tartamuda?

Tampoco. Solo digo lo que pienso.

Tiene pensamientas muy repetitivas, padre Jorge. Igual, no me importan sus pensamientas repetitivas. No las escucha. Maruja prefiere continuar y no hacerle ningún caso.

Como usted prefiera.

El doctor coma puede junta la plata que la enfermera le pide y se la entrega a cambio de la copia con la película de la operación. Por esa es que Milbergen y Maruja la tienen y pueden mirarla cada vez que se les da la gana.

Cara, le salió.

Espere, porque la cuestión no termina ahí, qué va. La mujer quiere más, exige más, no le alcanza con el dinera que se le da por la filmación.

Argumenta que tiene otras varias copias y que puede ponerlas en circulación.

Carísima.

De ahí que Milbergen, un buen día, tome la decisión de mudarse hacia aquí, a este puebla repleta de chismosas y de curas que hablan con la o. Toma la decisión de dejar Buenas Aires para siempre.

La decisión de huir.

Y sí, un poco sí.

Huir es de cobardes.

Sabe que la prefería cuando se repetía como una lora, padre.

Prefiera lo que prefiera, señora, pero mi deber de sacerdote es expresarle lo que piensa Dios respecto de cada uno de sus dichos.

Ah.

Le guste o no le guste.

La verdad, no me gusta.

Es su problema, no el mío. Puede retirarse cuando lo desee.

Adiós.

Vuelva. Vuelva, por favor.

¿Me está llamando a mí, padre?

Sí, sí. Le pido mil disculpas, me sacó de las casillas y obré mal.

¿Está segura?

Siéntese otra vez, Maruja, le prometo que no volverá a ocurrir.

Gracias. Me gusta que me haya pedida que volviera a las gritas, es una caballera. La que no me gusta de usted, en cambio, es que afirme que expresa la que piensa Días y hace una rata, nada más, me ha contada que nunca habla con Él. ¿Acasa le lee el pensamiento?

No se burle de Dios.

No me burla.

Da toda la impresión.

No me burla ni de Días ni de usted. Y además, Maruja le avisa que, a partir de este pedida que me ha hecha a las gritas para que por favor volviera, no va a retirarse hasta el preciso momento en que ella la determine, y que, mientras tanta, va a seguir adelante con su confesión.

Como quiera.

No voy a volverme a retirar cuando, por fin, estoy arribando adonde quería arribar.

De acuerdo.

Milbergen consigue trabajar aquí, en el Hospital Municipal y también en la Clínica Sindical, abre su consultoría privada y alquila una casa, la misma que después compra y la misma en la que vivimos todas estas años. Somos muy felices, acá. Nadie nos conoce ni conoce nuestra pasada, sobre todo el mía que es el más difícil de explicar.

Ya lo creo.

No me refería a que nací con cuerpo de varón y soy una mujer, me refería a mi extraña forma de hablar el español. No me conocían y aceptaban con facilidad que era guatemalteca.

Eso es lo que usted cree.

¿Le han comentado algo?

No, no.

¿Segura?

Seguro. Solo que si yo me di cuenta tan rápido de que no era guatemalteca, sospecho que al resto de la gente tampoco le debe haber costado demasiado registrar el engaño.

Ningún engaño. Maruja habla como la mujer que es.



Una mujer muy precaria y muy confusa, entonces. Excesiva de aes. Y muy poco mujer, sobre todo. ¿Jamás pensó en que jamás podría tener hijos, por ejemplo?

Jamás.

Y eso no le dice nada.

Me dice que no pueda tener hijas.

¿No le llama la atención?

No.

Si realmente fuera una mujer, podría tener hijos.

Qué tontería, demasiadas mujeres que no se han operada, que han nacida con cuerpas de mujer quiera decir, tampoco pueden tener hijas, o no quieren, y siguen sienda mujeres.

¿Pero qué sentido tiene ser mujer y no tener hijos?

¿Tener hijas es la única sentida que usted le encuentra a la existencia de las mujeres, padre Jorge?

No, no.

Menas mal.

Por supuesto que no. Hay otros. Pero ser madre es la tarea fundamental para la que han sido creadas por Dios.

¿Y las monjas? ¿Para qué existen las monjas, entonces?

Para ayudar al prójimo.

¿También ayudan al prójima las que se clausuran de por vida?

También.

Maruja no entiende.

Se clausuran para adorar a Dios. Su forma de ayudar al prójimo es esa, precisamente: convertirse en un ejemplo de abnegación y de desinterés por los asuntos mundanos.

Ah.

¿Entendió?

Sí, sí.

¿Qué entendió?

Entendí que Maruja es tan mujer coma cualquier monja de clausura. Igual de mujer que ellas. No tiene hijas pera es un ejempla a seguir por las demás mujeres del planeta.

No entendió nada.

Nunca nos vamas a poner de acuerda, padre, mejor continúa con mi confesión, falta la más importante y recuerde que necesita de su ayuda y que

estoy apuradísima.

Haga lo que quiera.

Bien. Le decía que vivíamos felices, acá. Aunque faltaba algo. No a mí, a Milbergen. A él siempre le faltaba algo para ser completamente feliz. Quería casarse. Por Días y por mí. Tenía temor a la ira de Días si no formalizábamos nuestra relación y también tenía miedo de morirse antes que yo y entonces dejarme en la calle.

Milbergen estaba loco.

No, no. Tenía toda la razón del mundo. No sé en la que respecta a Días y su humor, esa no la sé, pero sí en la cuestión de dejarme en la calle.

Estaba completamente loco.

Hace unas pocas años se aprueba el casamiento entre hombres o entre mujeres, no sé si usted se entera.

Sí me entero. Faltaba más. Cómo no voy a enterarme si intentamos por todos los medios que no se aprobara.

Sin embargo, el doctor no quiere. Dice que no, que hay que saber esperar, que ya va a llegar nuestra oportunidad de hacer las cosas como corresponden. Argumenta que no somos ni dos hombres ni dos mujeres, que él es hombre y que yo soy mujer, y entonces no nos casamos.

Completamente loco.

Sin embargo, tiene razón. Un par de años más tarde le permiten a una que cambie su nombre en la cédula de identidad. Haga la cambio: María José Peña en lugar de José María Peña. Pero me tarda. Milbergen quiere que la haga en Buenos Aires y no acá por el tema de las chismosas y yo estoy de acuerdo, aunque pasa demasiada tiempo hasta que pueda viajar a hacer los trámites. Encima, después tenga que volver a hacerme de tiempo para ir a retirar la cédula y la partida de nacimiento nuevas. Así que, entre una cosa y la otra, recién hace unas pocas meses que teníamos todos los papeles en regla para el casamiento.

Estaba loco de atar.

Entonces, Milbergen decide que hay que casarse en Buenos Aires, que la gente chismosa de aquí no tiene por qué enterarse de que antes no estábamos casadas. Y también me pide fijar la fecha del treinta de julio, el día en que él cumplirá las sesenta años de edad, que sería una magnífica doble celebración, y que, después de la ceremonia religiosa en la iglesia, partiríamos juntas, en viaje de luna de miel, a la mismísima Guatemala, así yo conocía mi supuesto país de origen.

Es demasiado. Una locura tras otra.

A mí no me parece ninguna locura.

No me extraña, usted está tan loca, o más, de lo que estaba él.

A mí me parece encantador, una increíble prueba de amor, la que me propone.

¿Realmente Milbergen pensaba casarse por la iglesia?

Por supuesto. Créame que la que más deseaba era casarse por la iglesia. Con decirle que un día, a la vuelta de un viaje a Buenos Aires que había realizada por una cuestión médica, la noté de malhumor, media enojada, le pregunté qué le ocurría y, después de una rata, Milbergen siempre se tomaba una larga rata antes de responder cualquier pregunta, me cuenta que había concurrido a la iglesia ahí donde aquel cura le había salvado la vida cuando la caniche se había suicidado, pero no le había encontrado. Nadie sabía de aquel cura. Triste, coma entregada, me confiesa que él quería que fuese ese cura y ningún otro, el que nos casara. Pero no. No iba a poder ser.

¿El casamiento?

No, no. El casamiento sí, la que no iba a poder ser es que nos casara aquel cura que le había salvado la vida.

Una excusa.

Ninguna excusa.

Vamos, señora, somos grandes.

Apurada, siempre está apurada, padre Jorge. La ansiedad la mata y la hace cometer un error detrás de la otra. Si me hubiera dejado continuar, se habría ahorrado la tontería de imaginar una excusa. Ese mismo día que le contaba, vuelve de Buenos Aires con la turna para casarnos en el Registro Civil de la calle Uruguay y hacienda arreglada, además, la ceremonia religiosa en la iglesia en donde no había podido encontrar a aquel cura. Y también con los billetes para el viaje a Guatemala, clara.

¿Cuál iglesia?

No sé cuál. Una que queda cerca de la plaza del Congreso.

Hay varias en esa zona.

En una de ellas.

Tendría que saber en cuál.

¿Para qué? No iba a ir sola, iba a ir con él.

¿Y aceptaron casarlos en esa iglesia?

Por supuesto, se la dije antes.

Qué vergüenza, no deben haberse dado cuenta de lo que estaban aceptando.

¿Cómo Dios va a aceptar una unión tan monstruosa?

Se ve que en Buenas Aires, Días es más permisiva que aquí.

Dios es el mismo en todos lados.

No la parece.

Lo que puede cambiar son las interpretaciones que hacen los sacerdotes de su palabra, Dios no, los designios de Dios son inmutables.

No sé.

La prueba de ello está a la vista.

¿Perdón?

¿Se casó, señora?

No. Cómo voy a casarme si Milbergen se muere antes de la boda.

¿Y eso no le dice nada?

Disculpe, querida cura, pera acá la única loca es usted. ¿Está acusanda a Días de la muerte del doctor Milbergen?

Evidentemente, Dios no quería que ese casamiento contra natura se formalizara. Después de la liviana aceptación de esa hereje iglesia de Buenos Aires, a Nuestro Señor no le quedaba más remedio que sacarlo de circulación.

¿Me está dicienda que Días asesina a Milbergen para que no se case conmigo por la iglesia, padre Jorge?

Aunque suene muy duro, así es.

¿De verdad?

A veces, las malas decisiones de los hombres no le dejan otra alternativa y Dios, Nuestro Señor, debe actuar por su cuenta.

¿Está segura?

Absolutamente.

No la pueda creer.

Créalo, la historia de la humanidad está plagada de estas puntuales e imprescindibles intervenciones divinas.

No sabe la pesa que me ha quitada de encima, padre Jorge. No sabe.

No, no sé.

Ya va a saber. No se apure.

Cada vez le entiendo menos, qué quiere que le diga.

Me ha resuelta, sin querer, una de las pedidas de ayuda por las que vine. Al final, usted no era tan mala coma parecía.

¿Me explica?

Muchas gracias, padre.

Deje de agradecerme, señora, y explíqueme de una buena vez cómo es que

la he ayudado.

Ahorita, padre. Me pasa que estoy tan agradecida y tan conmovida que se me han escapada las palabras de la boca.

Tranquila.

Sí, sí. Créame que jamás he estado tan tranquila coma en este momenta.

¿Entonces?

¿Entonces qué?

¿Qué es lo que le he resuelto involuntariamente?

Ah, sí. Ha resuelto el asunto de la extraña muerte del doctor Milbergen.

¿Extraña?

Muy extraña. Escuche la que ha ocurrida y después me dice si acaso no fue realmente extraña.

Adelante.

Anoche, el doctor estaba más excitada que de costumbre. No me deja llegar a la cama. Me agarra en la cocina mientras estaba lavando las platos que habíamos utilizado para la cena. Yo tenía puesta un camisón no muy largo. Me la levanta, y me la mete en el cula ahí misma, sin avisarme de nada. Estaba desesperada, coma loca, no paraba. Ni siquiera me permite que cierre la canilla del agua: me toma del pelo y me lleva a pasear por toda la casa. Así, con su cosa bien adentro de mi cula.

¿Por toda la casa?

Por toda.

Qué degenerado.

No, padre, degenerada no. Estaba caliente, nada más. Ha vista coma son los hombres.

No, no he visto.

Buena, son así, se calientan y no les importa más que metérsela a una.

Unos salvajes.

Tampoco se trata de que sean unas salvajes. No. Es una manera media animal que tienen de demostrar su amor y sus ganas. Las mujeres no somos tan animales, aunque, a veces, también nos puede pasar a nosotras.

Como lo pone y lo justifica, nada parece muy extraño, señora.

Cuánta ansiedad, padre, cuánta ansiedad. Todavía no llega la parte más extraña de la historia. Aguarde que ya va a llegar.

Disculpe.

El viaje por la casa acaba en el baño. Me llena el cula de leche y entonces yo aprovecha para ir hasta la cocina a terminar de lavar la que habíamos

utilizada durante la cena. Después, nos acostamos y nos dormimos. Y no me despierta en toda la noche, se nota que ha quedado satisfecha, piensa yo. Pero no. Qué va. A la mañana, otra vez.

No le alcanzaba con nada.

Se ve que estaba especialmente caliente, mi doctor.

Y sí.

Buena, a la mañana es donde comienza la verdaderamente extraña del asunto. Escúcheme con atención, por favor.

Atiendo.

A Milbergen le gusta más mi cula que mi vagina. Aunque la haya hecha él con sus propias manos, por la general prefería entrarme por el cula. Esa es la verdad. Sin embargo, esta mañana no. Esta mañana la única que quería era mi vagina.

¿Esta mañana?

Sí, esta mañana, acaso no me dijo que iba a atender la que le decía.

¿Entonces el doctor Milbergen murió esta mañana?

Sí. Muere esta mañana. Por esa es que vine a pedirle ayuda. Y también por esa es que estoy apuradísima, padre Jorge.

Hubiera empezado por ahí.

Ahora dice esa, padre, sin embargo, nunca me deja avanzar con mi pedida de ayuda, siempre está preguntando que si esta o que si la otra.

No sabía.

Y cómo va a saber si se la pasa interrumpiéndome toda el tiempo.

Perdón.

La perdona.

Cuénteme, cuénteme por favor.

Esta mañana se despierta muy caliente. Pero no quiere mi cula, la única que desea es mi vagina. Me resulta muy extraña su actitud, no es la que solía desear. De cualquier manera, aunque me sorprende, yo la deja hacer, si quiere mi vagina, pues que la tenga, su cosa es bienvenida donde quiera bienvenirse.

Qué horror.

Ningún horror, la estábamos pasando de maravilla. Milbergen arriba con sus dos manos apoyándose sobre el colchón a cada una de mis ladas y yo debajo, justamente la posición en que mi clitoris más disfrutaba con el roce de su enorme cosa.

¿Qué dice?

Sí, al estar así, la única que me rozaba era su pene y, en mi cabeza, no

había lugar para nada más que no fuese ese roce. Se me llenaba la vida de roce en esas momentas. No sé, suponga que es cuestión de gustas, cada quién tendrá las suyas, pera a mí, la que más me gustaba era esa posición.

No me refería ni al sexo ni a la posición que habían elegido para tenerlo, señora. Cómo se le ocurre. Me refería a que su marido murió un rato antes de que usted llegara, que no sabía, que lo tendría que haber dicho antes.

Perdón.

De perdón, nada.

Pera usted me preguntaba, yo le comentaba y la fui dejanda para después. Tendríamos que haber empezado por ahí.

La sé. Aunque cada vez que le quería contar las razones que me habían traída hasta aquí a rogarle su ayuda y la de Días, usted me preguntaba alga y la conversación se iba para otra parte porque a usted le interesaba mucha más esa otra parte que mi pedida de auxilia.

¿La culpa la tengo yo?

Y, una poca sí, padre Jorge, reconózcala.

No, no. De ninguna manera.

Usted daba toda la impresión de estar mucha más interesada en averiguarme un montón de asuntos acerca de mi cuerpa y de mi sexa, que en escuchar mi pedida de ayuda.

Se equivoca, señora. Mi intención era comprender lo que le ocurría, nunca pensé que su marido había muerto esta misma mañana.

Ve.

¿Qué es lo que tengo que ver?

Otra vez hace la misma. Me habla y no me deja continuar.

Continúe.

Gracias. Así estábamos, Milbergen arriba entranda y salienda con su cosa y Maruja, debaja, dejándose rozar. Felices. Las dos. Yo tenía las ojas cerradas. Así, de esa manera, lograba concentrarme mejor en el roce. Sin embargo, de repente, su cuerpa se me cae encima coma una bolsa de piedras. No era normal, me refiera a que el doctor era muy delicada en sus movimientas, no era una bruta quiera decir. Entonces abrí las ojas. Y también abrí la boca: le pedí que se quitara, que me pesaba, que por favor, que me hacía dañá, que me asfixiaba.

¿Estaba muerto?

Tardé en darme cuenta. Tardé porque me lleva mucha tiempo quitármela de encima. Pesaba demasiada. Soy menudita y él era muy grandote, usted sabe,

me ha dicha que la conocía. Un cuerpa enorme. Y no tiene idea, padre Jorge, la que me cuesta quitarla de encima.

Puedo imaginarme.

Recién ahí, cuanda por fin la quita, me doy cuenta de que no respiraba.

Qué horror.

Sí, horrible. Estaba muerta. Y justa se viene a morir con su cosa dura dentro de la vagina que había inventada para mí.

Era un hombre mayor, quizá se excedió.

Iba a cumplir sesenta años.

El corazón no debe haberle aguantado tanto esfuerzo.

El treinta de julia iba a cumplir las sesenta años, el día que nos íbamos a casar y a viajar de luna de miel a Guatemala.

Usted tendría que haberlo frenado. No haberle permitido que se extralimitara.

Ah, no. Esa no, padre. Vine aquí repleta de culpa por la que había sucedida, vine a pedirle su ayuda y la de Días para no sentir que la había asesinada yo y después de retarme y de retarme, finalmente usted me da esa ayuda que tanta necesitaba: me informa que muchas veces es la mismísima Días quien toma cartas en las asuntos, que Él en persona pone orden en donde hay un desorden, que hasta asesina si es que debe asesinar, y ahora, muy oronda, muy suelta de lengua, me viene con toda la contraria, con que la culpa de la muerte del doctor la tenga yo.

Antes no conocía los detalles del fallecimiento, señora.

Con más razón.

No entiendo.

La de siempre, querida padre, cada vez que tiene que entender algo importante, se hace la que no entiende. Se lava las manas, igual a coma se las lava Poncia Pilatas en la crucifixión de Jesús.

Por favor, cómo se le ocurre.

Se me ocurre porque se me ocurre. Cree que Maruja le cuenta las detalles de la muerte de Milbergen porque se le da la gana de contárselas. No. De ninguna manera. Si se las cuenta es debida a que sus palabras me abren las ojas, me explican la muerte en algún sentida.

A ver.

¿Maruja habla con las paredes?

No, no. La he escuchado con suma atención.

No me la parece.



Explíqueme, por favor.

¿No recuerda el detalle de que Milbergen, esta mañana, estaba obstinada en metérmela por la vagina, que ni se acordaba de la existencia de mi cula?

Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

¿Y no le parece rara esa obstinación?

No sé.

Sí que sabe, no se haga la tonta, también le conté que el doctor siempre había preferido mi cula a mi vagina. Siempre.

Es verdad, me lo había contado.

¿Y no le llama la atención esa súbita necesidad matinal de penetrarme la vagina?

Puede ser.

¿Puede ser?

Sí, de algún modo resulta extraño.

¿De alguna moda resulta extraña? No, no. De alguna moda, nada. Es extrañísima esa necesidad que tiene Milbergen, padre Jorge. Sobre toda si tenemos en cuenta que usted misma, hace apenas una rata, supone en voz alta que a Días no le ha gustado nada que el doctor me haya hecho una vagina habiéndome nacida con cuerpo de varón y, además, que encima pretenda casarse conmigo por la iglesia.

Tiene razón.

Y le agrega algo más: según sus propias palabras, Días no duda, asesina si tiene que asesinar para salvar el orden universal.

No termino de comprender hacia dónde es que va, señora.

Voy, padre Jorge, a que antes de venir a pedirle ayuda, lloré durante horas mirándola ahí en la cama, tirada boca arriba, pobrecita, completamente muerta. Lloré mientras me echaba todas las culpas: que si la había entusiasmado demasiado, que si la había rozado con mi cula mientras dormíamos, que tendría que haberme negado, que ya estaba bien con la que habíamos hecho la noche anterior, que era una insaciable, una ninfómana, una degenerada, que siempre quería más, que nunca había aprendido a decirle que no, que jamás, en veinte años, le había dicho que no.

Comprendo.

Y usted, padre, seguramente sin querer, me ayuda. Me cuenta que Días estaba enojadísima con el doctor por decidir casarse conmigo en una iglesia de Buenos Aires; que ese asunto ya se pasaba de la raya, que no podía permitirle y que, coma tantas otras veces en la historia de la humanidad

católica, había tomada la determinación de matarle. Que no había sida yo, me avisa usted hace una rata, que había sida la mismísima Días.

No sé, señora.

Yo sí la sé. Obviamente, fue Días quien la mata.

No sé.

La prueba más concreta es que no muere dentro de mi cula, coma hubiera sida normal si yo fuera la culpable. Milbergen muere con su cosa bien adentro de la vagina que, Maruja insiste, según sus propias palabras tanta le disgustaba a Días.

No estoy tan seguro de que haya ocurrido del modo en que usted lo cuenta.

Está más clara que el agua, padre Jorge: Días no podía esperar, faltaba poca más de un mes, apenas, para que nos casáramos en la iglesia del Congresa, tenía que detener ese casamiento, tan contraria a sus deseos, a coma diese lugar.

No sé.

Gracias. Muchas gracias. No sabe cuánta me ha ayudado. Ahora me siento mucha mejor, más pacífica conmigo misma, más liviana.

Los designios de Dios son insondables, señora. Puede ser que haya decidido la muerte del doctor, no lo voy a negar, pero usted tampoco debería quedarse tan tranquila. De alguna manera, su actuación en el hecho es fundamental, en el mejor de los casos, usted ha sido el instrumento, el arma de que se ha servido Dios para poner fin a la herética vida del doctor Milbergen.

Ser la pistola, padre, no es la misma que ser la asesina.

Igual debería arrepentirse.

Sí, sí. Por supuesto.

Me alegro de que se arrepienta de corazón, señora, su arrepentimiento resulta fundamental para que Dios pueda perdonarla.

Gracias, gracias otra vez. Ya pensaba que me había equivocada al venir acá a pedir ayuda. Pero no. Sus palabras me han salvada.

Vuelvo a repetirle que lo conveniente sería que hiciera un riguroso examen de sus comportamientos y de su conciencia.

Sí, sí. Segura.

Por favor.

Aunque antes me queda un segunda pedida para hacerle. Un pedida casi tan complicada coma el anterior.

Dígame.

Milbergen y Maruja iban a casarse en poca más de un mes. Clara que, coma

Días la asesina antes, el casamiento nunca va a llevarse adelante.

Preferiría que no utilizara tanto el verbo asesinar cuando se refiere a Dios, no me parece que esté bien ni tampoco que a Dios le agrade escucharlo, no suena del todo bien.

¿Y qué otra verba se le ocurre?

Por ejemplo, el casamiento que Dios no dejó que se consumara.

De acuerda.

No dejó o no permitió, me parecen mejores y más correctas opciones.

Perfecta.

Prosiga, entonces.

Estábamos en que Días no permite que Milbergen y Maruja se casen. Aunque, clara, al no permitirles casarse de una manera tan abrupta y tan repentina como la hace, a Maruja se le cae el planeta encima. Enteramente encima. Y necesita que Días, que toda la deja y que toda la permite, ahora también la ayude. Enseguida después de celebrarse el matrimonio, apenas retornar de la soñada luna de miel en Guatemala, el doctor iba a poner la casa en la que vivíamos y el resto de sus bienes a nombre de su esposa, es decir a mi nombre, padre, y entonces, si por una de esas casualidades le ocurría una desgracia como la que acaba de ocurrirle gracias al permiso de Días, Maruja no iba a quedar en la calle.

Su modo de contar los hechos no muestran que esté del todo arrepentida. Creo que debería involucrarse más y no echarle todo el tiempo la culpa a Dios por lo sucedido.

Creí que habíamos quedado en que la pistola no era la misma que el asesina.

No son lo mismo. Pero entre usted y una pistola cualquiera hay una gran diferencia, su capacidad de raciocinio. Si usted le hubiese puesto un límite a los excesos del doctor, otro podría haber sido el desenlace.

No la crea.

¿Por?

Días estaba resuelta a no permitir el casamiento. Si Milbergen no se moría con su cosa dura dentro de mi vagina, la habría atropellado un coche o se habría resbalado en la bañera.

Tiene razón.

Gracias.

Continúe, por favor.

Ocurre la que ocurre hoy por la mañana y entonces Maruja está en la calle.

Literalmente. ¿Puede que Días también haya querida que Maruja quede tan a la intemperie?

Puede.

¿Por qué?

Para que pague por sus cuantiosos pecados.

Ah.

Pero puede que no, que le alcance con haberlo hecho escarmentar al doctor, que fue el artífice que urdió esta herejía. Sobre todo porque Milbergen, según sus palabras, era muy religioso. Su caso es distinto, usted es una amoral.

Ah.

Pero cuál es su temor, nadie va a echarla de su casa.

Usted no sabe.

Cuénteme.

El doctor tiene una hermana mayor que él. Una hermana malísima que nunca le perdona que se haya enamorada de mí.

¿Cómo se llama?

Martín.

Un hermano, entonces.

Sí, sí. Una hermana.

Hermano.

Sí. Mayor que él. Tres o cuatro años mayor que él. Un machista asquerosa que me odia con toda su alma. Nunca me acepta como su cuñada. Jamás. Estoy convencida de que apenas se entere de la muerte de mi doctor, va a venir corriendo a echarme de la casa. Se la va a adueñar, es la única heredera legal. Esa me la explica Milbergen cuando decide que nos casemos en Buenos Aires. Casarse era la única posibilidad que teníamos de que no pasara la que finalmente va a pasar.

Entiendo.

Hace una rata, usted me comenta que puede que Días quiera dejarme a la intemperie para que de esa forma yo pague por mis muchas y horrendas pecadas. Aunque también me dice que puede ser que a Días le alcance y le sobre con haber hecho escarmentar al doctor. ¿Cómo podría yo saber con alguna exactitud, padre Jorge, la que tiene pensada Días para mi futura?

No hay modo de saberlo, señora.

Pero diga yo, ¿habrá alguna manera de que Días y usted me ayuden?

Por supuesto. Dios suele ponernos a prueba, suele colocar piedras y obstáculos en nuestro camino, una y otra vez, sin embargo, créame, nunca

abandona a sus hijos.

Qué suerte.

Aunque tampoco se trata de que haga todo Dios; su ayuda también depende de cada uno de nosotros y de la fe que tengamos en que Él nos acompaña y nos ayuda a sortear las piedras y los obstáculos que aparecen en nuestro camino.

Sabe que a mí se me ha ocurrida cómo es que Días y usted pueden ayudarme a sortear la horrible piedra, el tremenda obstáculo, que es Martín, la hermana mayor de Milbergen.

A ver, dígame.

¿Recuerda las Santas Evangelias?

Claro que los recuerdo, señora, cómo no voy a recordarlos, soy sacerdote.

Disculpe, no se enoje. Le pregunté porque coma antes había tenido problemas para recordar el Génesis, por ahí le pasaba la misma con las Santas Evangelias.

También recordaba perfectamente el Génesis, señora. Que usted interprete cualquier disparate a partir de lo que lee, no quiere decir que yo no recuerde la palabra de Dios.

Yo y Milbergen.

¿Usted y Milbergen qué?

Que las que interpretamos el Génesis fuimos las dos juntas, más el doctor que yo inclusive, no me haga carga a mí sola de las interpretaciones disparatadas.

Por favor, siga con lo que venía, no tiene sentido esta discusión.

Está bien.

Adelante.

Le decía que se me había ocurrida una idea para que Días y usted me ayudaran a esquivar la maldad de Martín, la malísima hermana del doctor.

El hermano.

Sí, la hermana. ¿Se la cuento?

Aunque seguramente dentro de contados segundos voy a arrepentirme, cuéntemela, la escucho con suma atención.

Martín, la hermana mayor de Milbergen, es muy católica. Muy pera muy. Muchísima más católica que el doctor. Es de esas que se la pasan en la iglesia, que van a misa todas las santas tardes. Entonces, yo había pensada un plan para que apenas se entere de la muerte de Daniel, no venga corriendo a querer quedarse con la casa y con toda la demás. Un plan, créame que casi infalible, para que a la hermana ni se le ocurra acercarse por acá.

Cuénteme.

Está dividida en dos partes. Una a carga suya, padre, y la otra a carga de Días. Maruja empieza con la parte de Días porque me parece que es la más importante. No la tome a mal, por favor, no es que la suya sea insignificante ni que la desprecie, pero la de Días es una participación muy estelar, fundamental. Y Maruja sospecha que, de tan definitiva que puede llegar a ser, quizás usted ya no tenga nada más que hacer en el asunto.

No dé más vueltas.

Esta misma noche, Días se le va a aparecer a Martín mientras sueña. No diga que tenga que hacerla Él misma, en persona. De ninguna manera. Si no puede ir Él porque está ocupada con otra pedida, o está demasiado lejos de Buenos Aires, que es donde vive la hermana de Milbergen, que le mande una de sus ángeles como pasa en las Evangelias. Un ángel que le hable bien claramente, que le explique sin pelar en la lengua que la casa es mía, que yo era la mujer del doctor, que la acompañé toda la vida, que no puede dejarme en la calle, que esa no sería de buena cristiana y que, si no hace la que Él le ordena, va a dejarla igual de muerta que como ha dejada a Milbergen. Y no solamente esa, además de no permitirle vivir más, también la enviará inmediatamente al infierno.

Qué ocurrencia, por Dios.

No sé cómo es que se me ha ocurrida el plan ni cuándo, padre Jorge. La verdad, no la sé. De cualquier manera, también pensé una segunda parte, la que estaría a su carga, para la hipotética instancia de que ni Días ni el ángel logren convencer a la hermana de Milbergen de que no venga a quitarme la casa. Ahí le voy a pedir que, apenas el malvado señor Martín llegue, usted se presente en mi domicilio y le explique que yo soy la más excelente de las mujeres cristianas católicas de este pueblo, que he acompañada a su hermana tanta en las buenas como en las malas y que, aunque por poca más de un mes Días no haya permitida que nos casáramos, tampoco es que desea que yo quede a la intemperie y que, si no escucha y no acepta las designias divinas e insiste en dejarme en la calle, más temprana que tarde le caerán mil rayas y mil culebras y las diez plagas de Egipto sobre su asquerosa cabeza.

¿Le parece?

Sí, me parece.

¿Todo eso deberíamos hacer Dios y yo?

Toda, la que se dice toda, quizá no, padre. Igual alcanza y sobra con la aparición del ángel en el sueño. La hermana es católica y, en la Santa Biblia,

las ángeles suelen ser muy convincentes aún con las que no son tan católicas.

Aunque sus pedidos puedan parecer algo exagerados, señora, está bien que los creyentes, en este caso usted, le expresen sus pedidos a Nuestro Señor.

Me alegra.

Para eso está Dios. Para ayudarnos a sobrellevar la vida. Claro que, a cambio, esos mismos creyentes, en este caso también me refiero a usted, deben esforzarse por dar testimonio de su fe y de su amor por ese Dios a quien le están solicitando una ayuda tan significativa.

Me va a tener que explicar en detalle, padre, cómo es que Maruja puede realizar cada una de esas acciones que Días necesita que yo haga para, recién después, ayudarme.

Sí, sí. Luego le explico.

Gracias.

Ahora, si no lo toma a mal, tengo una pregunta para formularle, señora.

Formule.

¿Y el cuerpo del doctor? ¿Qué hizo con el cuerpo del doctor? ¿Dónde quedó? ¿Aunque sea lo vistió? ¿Lo lavó? ¿Le avisó a alguien? ¿Llamó a una funeraria?

Me anuncia tímidamente que va a formularme una pregunta, padre Jorge, y enseguida se lanza y me formula una catarata.

Disculpe.

La disculpa.

La pregunta que me rondaba la cabeza desde hace un buen rato era qué había hecho con el cuerpo del doctor, pero, abrí la boca, y me salió de esa forma un tanto caótica. Disculpe otra vez, señora, espero que no le haya parecido mal.

No, no. La disculpa, faltaba más.

Le agradezco.

El cuerpo de Milbergen, querida cura, queda donde queda. Apenas si Maruja puede quitársela de encima, cómo haría para moverla o para vestirla. La podría haber lavada, es verdad, aunque solamente habría podido lavarle la parte de adelante, pero en el momento no se me ocurre. Y, por supuesto, tampoco Maruja le avisa a nadie. Llora un par de horas y luego sale corriendo a buscar ayuda y piensa que es aquí en el único lugar en donde la van a poder ayudar.

Tendría que haberle avisado a alguien.

¿Usted me escucha o no me escucha?

La escucho, por supuesto.

¿Acasa no le expliqué que no podía avisarle a nadie, que si se entera la hermana viene y me saca de la casa a las patadas?

Pero siempre que alguien muere, se avisa.

Pues siempre, la que se dice siempre, no: yo no le avisé a nadie.

Espero que ahora no tenga problemas, por no haber avisado.

Más problemas habría tenido si avisaba, no tenga dudas, padre.

Está bien, no discutamos también por esto. Ya avisará cuando se vaya de aquí.

Solamente avisaré si es que Días y usted prometen ayudarme. Si no, ni la sueña.

Habría que enterrarlo, señora. Un muerto no puede quedar ahí, tirado boca arriba sobre una cama. Aunque no le guste, hay que buscar una funeraria y enterrarlo. Así quiere Dios que se hagan las cosas, que la persona que fallece tenga un sitio con su nombre en el cementerio para que sus familiares lo visiten y rueguen por su salvación eterna.

¿Sus familiares?

Sí, sus familiares.

Su única familiar soy yo, no se equivoque. El otro podría ser su hermana Martín y su antipática esposa y sus estúpidas y engreídas hijas. Pera no son familia. La única que les importa es quedarse con la casa y con las bienes que ha dejada el doctor, de familiares nada.

Seguramente tiene razón, señora. Pero créame que habría que enterrarlo.

De última, haga una poza y la entierre en el jardín de la casa. No está mal, la idea. Le devolvería, de alguna manera, la poza que me hizo él a mí en el vientre y que me ha dado tanta felicidad.

No, no. Si descubren que lo entierre en el jardín de su casa podría ir presa.

Iré presa, si tenga que ir.

Cálmese.

Presa, por la menos tendría en dónde vivir.

Tranquila, ya vamos a encontrar una salida.

La única salida que yo encuentro sería que usted y Días se comprometieran a ayudarme. Sobre toda Días, yendo Él misma o enviándole un ángel a las sueñas de la hermana, un ángel que la obligue a portarse bien.

Bueno, bueno. No se ponga nerviosa, Dios ya le aportará la luz que necesita. Ahora bien, para que eso ocurra, primero deberíamos terminar con la confesión.



Yo ya terminé, padre.

No, no, señora. La confesión tiene sus partes. Todavía tiene que arrepentirse y, a continuación, yo debería fijarle una penitencia.

No sé.

Sí, sabe. Está sola, necesita de la ayuda de Dios y esas son las reglas que Él mismo ha dispuesto para luego, cuando ya esté libre de pecado, poder ayudarla.

No sé si estoy tan segura de querer arrepentirme de algo.

Va a tener que intentarlo, Marujita. Si no será muy poco lo que Dios y yo podremos hacer.

¿Marujita?

Sí, me salió otra vez. Se ve que le estoy tomando cariño.

Nadie me dijo antes Marujita. El doctor, cuando se ponía cariñosa, me llamaba Maru o Mari, pero jamás Marujita. Y usted ya es la segunda vez que me la dice.

No lo tome a mal, por favor.

No, no. Es rara escucharla, nomás.

Ahora voy a pedirle que me acompañe a la casa parroquial, aquí al lado, ahí tengo un sitio ideal para que se arrepienta y haga su penitencia.

Como usted diga.

Me queda una última intriga, antes de que pasemos.

A ver.

¿El doctor quedó duro ahí abajo?

¿Se refiere a su cosa?

Sí, sí.

¿Y por qué le interesa?

Para saber.

Se parece mucha a un chisme, padre.

No, no. Déjelo, no me lo cuente si le resulta embarazoso contármelo.

No me resulta nada.

Déjelo, déjelo. Era una tontería, tiene razón.

Sí.

¿Sí qué?

Que sí, que la cosa le quedó dura.

# PENITENCIA

Entre aquí, por favor.

Pase, pase, no tenga miedo.

Siéntese sobre aquel banco de madera que está en el fondo y comience un riguroso examen de conciencia acerca de los hechos más relevantes que la trajeron hasta mí.

Sí.

Lo más riguroso y lo más sincero que pueda hacerlo.

¿Yo?

Yo, mientras tanto, voy a preparar dos tazas de té. Una para usted y otra para mí. Las necesitamos, nos van a ayudar, la conversación ha sido por demás de agotadora y todavía nos queda un largo trecho por delante.

Es verdad, está un poco oscuro ahí dentro. Pero es una sensación inicial, luego los ojos se van acostumbrando.

Lo sé desde mi propia experiencia, es el sitio que suelo utilizar para examinar mis propias conductas y enmendar mis muchos errores.

Claro, no siempre hago lo correcto.

Dios me castiga.

Sí, también a mí.

Antiguamente esta habitación era la celda de penitencia de las monjas que vivían aquí, en un convento que había junto a la iglesia. Por eso es oscura, además de incómoda: un excelente sitio para reflexionar y para arrepentirnos sinceramente de nuestros pecados.

No se queje.

La comodidad nunca es buena consejera. La incomodidad, en cambio, suele obligarnos a hacer las cosas mucho mejor de lo que las estábamos haciendo.

Por supuesto, si hace adecuadamente la contrición, no tengo dudas de que Dios va a ayudarla con sus pedidos.

Sí, estoy convencido.

Dios va a escucharla, desde luego.

Aunque, si me permite, no la noto con la fe y el recogimiento necesario. Y créame que tanto la fe como el recogimiento son fundamentales en este momento crucial del sacramento de la penitencia. Imprescindibles, le diría, para que luego Dios atienda sus reclamos.

Los va a atender, seguro va a atenderlos.

¿Qué pasa si no los atiende? Pasa que usted no se ha arrepentido sinceramente, que no ha tenido la fe necesaria en el poder y en la misericordia de Nuestro Señor.

A Dios no le ocurre nada, la culpa será enteramente suya.

No.

Dios seguirá esperando, el tiempo que haga falta, a que usted modifique realmente su conducta pecadora, para entonces, cuando por fin llegue ese momento, ayudarla.

No es injusto, cómo piensa eso.

La relación con Dios no es ni justa ni injusta, señora, es la relación que cualquier hijo o hija establece con su padre. Un padre exigente que da a sus hijos según sea lo que recibe de ellos, o mejor, según sea lo que se merecen.

Mire lo que dice, no desbarranque.

Es obvio que su relación con Milbergen fue por completo distinta a la relación que puede establecer con Dios.

Si no le sirve, lo dejamos acá.

Y sí, no tiene ningún sentido que sigamos adelante si usted pretende modificar reglas que tienen miles de años.

Sí, son muy estrictas.

Que las reglas sean tan estrictas como lo son, no significa que Dios no sea ni tan bondadoso ni tan generoso como usted creía que era.

Para nada.

Una cosa no tiene que ver con la otra.

Mire, vamos a hacer una cosa. Yo voy a ir hasta la cocina a preparar las dos tazas de té y usted, mientras tanto, va a quedarse sentada ahí donde está, sobre el banco de madera, pensando cómo es que hace para establecer una amorosa relación con Dios que, evidentemente, nunca antes ha tenido.

Sí.

Y si cuando vuelvo continúa con dudas respecto de lo que está haciendo para reconciliarse o amigarse con Él, pues se retira y sale en busca de un mejor sitio en donde pedir ayuda.

No, no puedo hacer más de lo que hago.

No pierda el tiempo en tonterías, la veo en unos minutos.

Tome el té.

Pruébelo, no sea tonta, lo necesita, hace horas que no para de hablar y no ha tomado nada. Le puse dos cucharadas de azúcar, espero que le guste, me lo traje de Londres una feligresa.

No, una chismosa del pueblo, no; una mujer encantadora y muy devota que ayuda a la iglesia en todo lo que está a su alcance.

Pruébelo de una vez.

Vio que lo necesitaba.

No tiene que agradecermelo, señora, es un placer servirla.

¿Por qué?

Porque con el correr de las horas le he ido tomando cariño y porque, sobre todo, servirla a usted es servir a Dios.

Dios está presente en los demás. Se hace carne en los perseguidos, en los humillados, en los desesperados. En el prójimo, en definitiva. Por eso, ahora mismo, y aunque no lo perciba, Dios está presente en usted.

No, usted no lo nota, el que debo notar lo soy yo.

¿Reflexionó? ¿Hizo el examen de conciencia que le pedí que hiciera?

Eso no está bien.

Por favor.

Ya va a saber por dónde empezar. Solita lo va a averiguar.

¿No puede sola?

Tendría que poder, pero de acuerdo, yo voy a ayudarla.

Ya mismo, voy a ayudarla.

No grite.

No tiene sentido que se enoje ni que grite, nadie va a escucharla ni va a venir a rescatarla de ningún secuestrador que la tiene encerrada en contra de su voluntad.

No.

Va a tener que rescatarse por sus propios medios, por su propia voluntad.

Claro que sé que está a oscuras. Sin embargo, tenía que encerrarla, no me había dejado otra alternativa.

Lo siento, pero usted no estaba tomándose el arrepentimiento con la debida seriedad. La puerta recién se abrirá cuando usted haya conseguido realizar correctamente el examen de conciencia que necesita realizar.

Ya me dijo antes que está a oscuras.

Y lo va a estar bastante más cuando, si continúa comportándose de esa manera, además de la puerta le cierre la mirilla.

Nos vemos en un rato.

Vuelvo cuando esté lista y sosegada, da tres golpes y de inmediato le abro la mirilla.

No, la puerta no.

No hasta que hayamos terminado.

No, no la haré esperar. Abro la mirilla apenas escuche sus golpes.

Sí, sí, no tema.

Me quedo tomando el té aquí cerca.

Por supuesto que no me olvido de que está muy apurada. La que no debería olvidarse del asunto es usted. Comience de una buena vez, no pierda más el tiempo.

¿Seguro ya está preparada?

¿Tan rápido revisó, uno por uno y con extremo cuidado, los diez mandamientos?

Sí, amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo es lo fundamental, vendría a ser algo así como el resumen de la tabla, pero, para hacer una buena confesión, hay que revisar en detalle, bien en detalle, cada uno de los mandamientos.

Ah, no los recuerda bien.

¿No era que sabía tanto de la Santa Biblia? ¿No era que usted y el doctor Milbergen se la pasaban leyéndola?

Me parecía.

Si no tiene inconvenientes, podemos revisarlos juntos.

No, no.

Usted entiende todo mal. Yo no voy a revisar mis pecados con usted, cómo se le ocurre, solo vamos a revisar los suyos.

Yo no soy el que se está confesando ni aquel que necesita de la ayuda de Dios, señora, la que está confesándose y pidiendo que por favor la ayuden, es usted.

No sé.

Me da la impresión de que sabe o entiende solo aquello que le conviene.

Lo que le propuse, ya que me dijo que no los recordaba, fue que yo podía ayudarla enumerándole los mandamientos, y así, de ese modo, usted podía hacer una verdadera confesión, una confesión como Dios manda.

¿Comenzamos?

Bien.

¿Ama a Dios por sobre todas las cosas?

Sí, sobre todas las cosas también implica amarlo más, muchísimo más, de lo que ha amado a Milbergen.

¿No cree?

¿Cómo que no cree?

¿Segundo?

¿Me quiere decir que ama a Dios un poco menos de lo que amaba al doctor?

Lo que está confesando es un pecado gravísimo. El peor de todos los pecados que se pueden cometer. Dios debería ser lo más importante en su vida. Su luz, su guía, su compañero. Nada puede compararse al amor que sentimos por Él.

Nada ni nadie, no se haga la tonta.

Después tendrá que arrepentirse de lo que acaba de afirmar, porque, si no se arrepiente, difícilmente Dios vaya a ayudarla.

Y sí.

Lo lamento, pero es así.

Dejemos este a un lado, ya tendrá tiempo para meditar al respecto, y pasemos al mandamiento siguiente a ver si nos va mejor: ¿Ha jurado el nombre de Dios en vano?

Me alegro de que no lo haya hecho.

Aunque debería aclararle que respetar el nombre de Dios también implica respetar el resto de lo sagrado. Por ejemplo, respetar la iglesia en la que se encuentra o respetarme a mí, que soy el sacerdote que la está confesando. ¿Lo hace?

Bien, muy bien.

Continuemos.

¿Ha santificado las fiestas?

Si va regularmente a misa, quiere decir.

Por supuesto que ya lo sabía, que ya me lo había comentado con anterioridad, pero igual tenía que preguntárselo, estamos repasando los mandamientos uno por uno, no podemos saltarlos.

No podemos saltarlos, señora, sobre todo porque deberá recordar sus pecados a la hora de arrepentirse y, además, deberá prometer firmemente que no va a volver a incurrir en las faltas que confiesa y, en este caso específico, deberá prometer que, a partir del día de hoy, jamás dejará de asistir a la misa de los domingos.

Sí, todos los domingos.

No, no es mucho. Todo lo contrario, bastante poco es lo que nos pide Dios a cambio de lo mucho que nos brinda.

No sea desagradecida.

Sigamos, mejor.

¿Honra a su padre y a su madre?

Sí, claro, me refiero a sus padres, a aquellos que la engendraron.

Que nunca haya sabido quién es su padre, no significa que no pueda honrarlo, faltaba más, se trata del hombre que le ha dado la vida.

Búsquelo.

Pregúntele a su madre y, cuando por fin lo encuentre, ayúdelo.

¿Tampoco sabe nada de su madre desde hace más de veinte años?



Qué barbaridad.

En algún lugar están, pídale a Dios, entonces, que la ayude a hallarlos para así poder relacionarse cristianamente con ellos.

¿Cómo no va a querer hacerlo?

Lo exige Dios.

Sí, exige que los honremos, que les agradezcamos por la vida que nos dieron, que los acompañemos y los cuidemos en su vejez.

Más tarde también deberá arrepentirse de lo que está afirmando sobre su madre. Por más mala que haya sido con usted, se trata de su madre, del ser que la llevó en su vientre durante nueve meses y luego la trajo al mundo.

No creo que Dios vaya a ayudarla si no piensa hacer ninguna transformación positiva en la relación que mantiene con sus padres.

Y si no mantiene ninguna relación, ya es hora de que comience a mantener una.

No discuta todo.

Así está escrito y así debe ser.

¿Ha matado a alguien?

Muy bien.

Por supuesto, tenía que arruinarlo.

Por una vez que habíamos arribado a un mandamiento que había respetado, tenía que salirse con que todavía no, pero que si Martín, el hermano del doctor, la echaba de su casa, no respondía por sus actos.

¿Había necesidad?

No, no la había.

Tendría que pensar un poco más antes de abrir la boca con tanta liviandad, señora Maruja. O arrepentirse de las porquerías que se le ocurre pensar, mejor dicho.

Basta.

¿Ha cometido actos impuros?

Tiene razón. Lo reconozco. Dicho así no queda muy claro lo que significa.

Le explico, sí.

Con actos impuros los católicos nos referimos a varios asuntos. La masturbación, la lujuria, la pornografía, la homosexualidad, la fornicación y la prostitución.

Pero eso no es todo, todavía queda algo más.

Sí.

Tampoco podemos tener relaciones sexuales antes del matrimonio o

relaciones adúlteras por fuera de él. Ni abusar de otro ser humano, por supuesto.

Estoy de acuerdo, son muchas. Si prefiere podemos ir analizándolas de a una.

Como quiera.

Muy bien, le acepto que no se haya masturbado ni haya mirado pornografía ni se haya prostituido ni haya abusado jamás de nadie ni haya cometido adulterio. Todo eso se lo acepto. Pero el resto, vamos, qué me dice del resto. Después de lo mucho que me ha contado, no podría aceptarle que la noche de ayer y la mañana de hoy, con el doctor todavía vivo, no fuera lujuria.

No puedo, a todas luces fue un exceso pecaminoso.

También fue un exceso lujurioso lo que me contó acerca del primer día que fue a visitar la casa del doctor en Buenos Aires. Y tenía solo dieciséis años de edad, era una niña.

Tampoco puedo aceptarle que siempre hayan pretendido casarse y que las leyes no se lo hayan permitido. Si mira el asunto con algún detenimiento, descubrirá que las leyes no se lo permitían porque, en el fondo, la de ustedes era una relación entre homosexuales.

Ah, no.

Si va a gritarme no la sigo ayudando.

Solo le comenté lo que dice la ley de Dios.

Según la Iglesia, ustedes mantenían una relación homosexual, y por eso, justamente, no habían recibido ni podrían recibir jamás el sacramento del matrimonio.

¿Para qué vino a confesarse, señora, si no va aceptar ni va a cumplir con ninguno de los mandamientos?

Ya la escuché mil veces repetir lo mismo y mi respuesta es y será mil veces también la misma: si necesita que Dios la ayude, antes debe aceptar las reglas que Él les impone a sus hijos.

No, no hay excepciones.

De ningún tipo.

Basta, es suficiente. Ya tendrá tiempo de arrepentirse o de no hacerlo si no tiene ganas. Me lo dirá cuando llegue el momento, ahora no tiene sentido que discutamos.

¿Ha robado?

Ya sé que vino hasta aquí porque el hermano de Milbergen le quiere robar su casa, pero le estoy preguntando a usted, no a él.

A él se lo preguntará otro sacerdote, el día que decida ir a confesarse.  
Por supuesto que si viene acá se lo preguntaré.

Bien.

Me alegro.

¿Ha mentido?

No importa si han sido tontas mentiras de pareja, como usted las llama. Las mentiras son siempre mentiras e implican engañar a quien se le está mintiendo.

Sí, hay que decir la verdad a pesar de que esa verdad le moleste al otro.

Siempre.

En todas las ocasiones.

Le pase lo que le pase al otro.

No.

No creo que a Dios le interese en lo más mínimo lo que usted piensa al respecto.

Continuemos, mejor.

¿Ha consentido pensamientos impuros?

Consentir, en este caso, quiere decir pensar o desear cosas o actos que no deben ni pensarse ni desearse.

Sí, claro, se refieren al sexo.

Dios no tiene problemas ni complejos con el sexo, señora, cuide un poco sus palabras.

No, aunque lo parezca, no.

Muy por el contrario, los que suelen tener complicaciones con el tema de la sexualidad somos los seres humanos y, la forma que ha encontrado Dios para que no los tengamos, es que nosotros mismos los alejemos de nuestra mente y los prohibamos en nuestros cuerpos.

No es imposible.

De ninguna manera.

Por supuesto que es perfectamente factible no tener pensamientos impuros: yo, por ejemplo, no los he tenido ni los tengo.

Nunca.

Sí, seguro.

No le estoy mintiendo, cómo voy a mentirle. Tampoco miento: soy sacerdote.

Si no me cree, allá usted, es su problema. Y eso, si me permite, habla más de su propia incapacidad para imaginar que existe la posibilidad de no pensar en porquerías, que en la verdad de lo que le estoy diciendo sobre mi conducta.

No puedo jurárselo, estaría pecando.

Jamás los he tenido, no sea maleducada.

Confesarse y arrepentirse es una oportunidad que le da Dios de librarse de sus pecados, de comenzar de nuevo, quizá la última oportunidad que tiene, señora, no la malgaste.

Da la impresión.

Mejor vamos con el último de los mandamientos, me está haciendo enojar.

¿Ha codiciado los bienes ajenos?

Muy bien.

La felicito.

Por supuesto que su casa es su casa, Dios se la ha otorgado y es correcto que usted pretenda defenderla con uñas y dientes.

Sí, sí.

En ese caso, el pecador sería el hermano de Milbergen, desde luego. Y, como ya se lo he dicho con anterioridad, el señor Martín tendrá que dar cuenta ante Dios de su codicia cuando le llegue el momento de enfrentarse con Él.

Si ese momento llega después de que ya la haya echado de su casa, Dios será muy duro con él.

Se lo prometo.

Sí, muy duro, seguramente lo enviará a quemarse en el infierno por toda la eternidad.

¿Y usted qué?

Puede ser.

Será una prueba que le impone Dios.

Una prueba, Maruja. Dios siempre está probándonos con el fin de saber si nuestra fe es verdadera o no lo es.

Que usted no quiera que Dios la pruebe echándola de su casa a través de la codicia del hermano de Milbergen, no significa que Dios no quiera ayudarla y que vaya a dejarla sola.

Al contrario, quizá sea la única manera que encuentre Nuestro Señor para constatar que usted se ha decidido, por fin, a salirse para siempre de una vida de pecado.

De acuerdo a cómo usted y su fe reaccionen frente a las dificultades que le imponga dependerá el posterior favor de Dios.

No.

De ningún modo.

Cuide un poco más sus palabras, señora Maruja, cómo va a decir que en

ese caso preferiría hacer un pacto con el diablo.

No, no.

Lo de ponerla a prueba es una posibilidad. También existe otra posibilidad: que su arrepentimiento sea tan elocuente, tan manifiesto, tan prístino, que Dios no permita bajo ningún aspecto que el señor Martín siquiera se acerque hasta el pueblo a reclamarle nada.

Claro.

Bueno, ahora voy a cerrar la mirilla de la puerta y voy a dejarla un rato en medio de la soledad de la celda para que se comunique lo mejor que pueda con Dios.

Hable con Él.

Arrepíentase de todos y cada uno de sus pecados y, por favor, cuando esté lista, cuando se sienta preparada, me avisa con unos golpes y yo le doy la penitencia que creo se merece.

Sí, la penitencia.

Aunque usted no quiera, la confesión termina siempre con una penitencia.

¿Yo?

Yo, mientras tanto, iré hasta la cocina a prepararme algo para comer. Tanta charla me ha dado hambre.

Usted, no.

Por supuesto que no.

La comida la distraería de lo realmente importante para usted en este momento.

Lo realmente importante es que alcance una comunidad y una cercanía con Dios que nunca tuvo con anterioridad.

Tendrá que esperar, lo siento.

Sí.

Aunque se muera del hambre.

Tómelo como la primera prueba que le impone Dios.

No, Dios no puede esperar hasta que usted haya comido para ponerla a prueba.

Hasta luego.

Casi no me ha dejado probar bocado.

No, no es una prueba que me impone Dios, es que usted se ha negado a reflexionar como corresponde que lo haga; no se tomó siquiera diez minutos para arrepentirse de sus pecados.

No, no lo hizo.

Cómo voy a creerle.

Nadie con la infinidad de pecados que usted ha cometido a lo largo de su vida, y que encima nunca antes se ha confesado, puede arrepentirse tan rápido.

Eso sí puedo creérselo.

Me lo hubiera dicho antes.

Le dejo abierta la mirilla, entonces. Con esa luz tendrá suficiente.

Tiene treinta y cinco años, según me informó. Tampoco es una niña como para tenerle tanto miedo a la oscuridad.

La oscuridad no es el infierno, eso no es más que una metáfora.

En este caso, señora, la oscuridad es buena, es aquello que le permitirá concentrarse en lo que ha sido su desgraciado comportamiento hasta el día de hoy. Aquello que le permitirá encontrar su propia luz.

Por favor, no discuta todo.

Vuelva a sentarse sobre el tablón del fondo y arrepíentase de sus muchos pecados con toda el alma.

Basta.

No insista.

Déjeme comer en paz o vuelvo a cerrarle la mirilla.

Así me gusta.

Y no se olvide de avisarme apenas esté lista.

Maruja.

¿Me escucha?

Disculpe si la molesto, señora, pero ya lleva poco más de una hora metida ahí dentro sin dar señales de vida.

¿Está bien?

¿Seguro?

Me había preocupado.

¿Dormida?

¿Se quedó dormida?

No puede quedarse dormida en medio de la reflexión sobre sus pecados.

Es una falta de respeto.

A Dios, a mí, a la Iglesia. Otro pecado que añadir a su larga lista de pecados.

Jamás me ocurrió una barbaridad semejante. Usted no tiene ningún límite, es un verdadero desastre humano.

Sí, eso es cierto.

Pero igual, pasó una línea de la que va a costarle volver.

Quiero decir que Dios ve todo y no va a gustarle nada que se haya quedado dormida en un momento tan importante para su propio perdón.

Sí, sí, yo la comprendo.

Es verdad.

Ha tenido un día tremendo, interminable, de muchos nervios y, con tan poca luz y tanto silencio, se relajó.

Sin embargo, que yo la comprenda no significa que Dios vaya a hacer lo mismo.

Tengo mis dudas.

Ojalá que sea como usted supone. Sin embargo, si yo estuviese en su piel, no estaría tan convencida de que Dios quiera ayudarla a partir de lo que acaba de hacer.

Es una locura, ¿cómo Dios va a obligarla a dormirse?

A ver.

Cuénteme.

Usted no quería dormirse por nada del mundo, pero sus párpados no le respondían; era como si una fuerza descomunal que provenía del más allá se los empujara, se los tirara hacia abajo en contra de su voluntad; una fuerza tan poderosa que, para usted, solo podía provenir de Dios.

Por favor, señora, está describiendo lo que, normalmente, cualquier mortal

llamaría morirse de sueño.

Reconozca que tuvo una mañana muy complicada y, bajo esas circunstancias, resulta hasta natural que, en algún momento, se relajara y, aunque usted no lo deseara, se quedara dormida.

No, no.

No me lo parece.

No insista.

Creo que la oscuridad y el silencio de la celda hicieron bastante más que Dios para que se quedara dormida.

¿Un sueño?

¿Mientras dormía se le apareció Milbergen en un sueño?

¿Arriba de una nube y disfrazado de ángel?

Bueno, disculpe, no estaba disfrazado, vestía una sábana blanca, cargaba unas alas enormes repletas de plumas y la luz que salía desde detrás de su cabeza le cegaba a usted la vista.

Sí, así son los ángeles.

¿También le habló?

¿Y qué le dijo?

¿Qué tenía un mensaje de Dios para el padre Jorge? ¿Y por qué no me lo envió a mí directamente? No entiendo, ¿no habría sido más fácil?

No, claro. Usted no tiene manera de saber por qué Dios decide lo que decide.

La escucho.

Sí, sí, atentamente.

Por supuesto.

¿Cómo le va a pedir que me diga eso?

Usted no tiene vergüenza.

Ni siquiera creo que conozca el verdadero significado de lo que acaba de decirme, mire lo que le digo. ¿Cómo Dios, por boca de un Milbergen emplumado, le va a pedir a usted que me diga a mí que me prepare para ser Papa y cambiar un montón de mandamientos y de ideas y de reglas que quedaron muy viejas en la Iglesia?

No.

De ninguna manera.

Es un delirio absolutamente suyo.

Para empezar, voy a cumplir sesenta y nueve años de edad y aún no he llegado ni siquiera a obispo, apenas si soy un humilde párroco de pueblo.



¿Tiene alguna remota idea de cómo funcionan las jerarquías en la Iglesia Católica, señora?

Me lo parecía.

Después de cura, uno, con mucha suerte, llega a obispo de una diócesis. Luego de unos cuantos años de ser obispo y esta vez con muchísima más suerte que antes, pueden nombrarlo cardenal si es que la diócesis en la que ha sido designado obispo es importante. Recién ahí, escúcheme bien, recién en ese momento, y en el caso de la muerte del Papa, los cardenales viajan a Roma, se encierran un montón de días, se apartan del mundo, y, al final de ese encierro que se llama cónclave, se elige un Papa por la votación de todos los cardenales presentes. Ahora que ya le he contado lo que le he contado, ¿todavía le parece que yo podría ser Papa?

No puede hablar en serio.

No se burle.

Dios hace milagros, es verdad, pero este sería un milagro demasiado milagroso, señora. Además, créame que no estaría preparado para semejante responsabilidad.

Ah, usted se dio cuenta y se lo preguntó. ¿Y Milbergen qué le respondió?

Sí, sí, el ángel Milbergen.

Que Dios me había elegido precisamente por mi humildad y por mi total desapego hacia las férreas jerarquías eclesíásticas.

Lo de la humildad vaya y pase, pero lo del desapego no: yo siento un profundo respeto por los obispos y por los cardenales y por el Papa.

¿Todavía hay más?

Que solamente un cura como yo, sin ataduras, que no le debe nada a nadie, podría transformar y modernizar la estructura y las ideas de la Iglesia de una vez por todas.

Un gran invento, su sueño. O una necesidad personal convertida en sueño, mejor.

No se haga ilusiones.

No, señora.

La Iglesia no va a modificar de hoy para mañana sus reglas milenarias solamente porque a usted le convenga que las modifique. Me temo que va a tener que arrepentirse de sus numerosos pecados y luego cumplir con la penitencia que yo le imponga.

Es lo que corresponde, si es que desea que Dios la ayude con el tema de su casa: no va a salvarse de la penitencia por más hermosas que le quedaran las

alas y la sábana blanca al doctor Milbergen.

No puede haberle dicho eso.

Ni en sueños.

No, no, no.

No puede ser.

Cómo el ángel Milbergen va a decirle que Dios también le pidió que lo operara, que le gustó mucho el tamaño del clítoris que le fabricó a usted, que desea uno igual, exactamente igual, que se cansó ya de ser varón, que está harto de que los varones hagan todo mal en el mundo y que también quiere empezar ya mismo a terminar todas las palabras con la a, que tanta o lo confunde.

Se lo advierto, está yendo demasiado lejos.

Está blasfemando.

Por supuesto que creo que un ángel se le apareció a la Virgen María para avisarle que engendraría al hijo de Dios.

No, no es más raro.

Los ángeles son seres celestiales que habitan las cercanías de Nuestro Señor. Discúlpeme, pero Milbergen, con su pasado sodomita, jamás podría en apenas unas horas convertirse en ángel. Solamente a usted y a su cabeza trastornada se le puede ocurrir algo semejante.

Basta de disparates.

Recapacite, señora.

Le voy a cerrar la mirilla nuevamente.

Sí.

Durante unos minutos.

La completa oscuridad va a ayudarla a calmarse y a poner un poco de orden en esa cabeza desquiciada que tiene.

Ya sé que está apurada.

Me lo repitió mil veces.

Tendría que haberlo pensado antes, me parece.

Por ejemplo cuando se quedó dormida más de una hora en vez de preocuparse por su salvación.

Dios no fue quien le cerró los párpados.

Basta.

No me deja otra opción, lo siento.

De todos modos, cinco minutos más o cinco minutos menos, a esta altura de los acontecimientos no van a cambiarle nada.

Aprovéchelos.

¿Maruja?

¿Marujita?

¿Está despierta?

Me alegro.

Acérquese hasta la mirilla, le traje algo para que coma.

Un poco de carne a la plancha y ensalada de lechuga y tomate.

Espero que le guste, no soy muy buen cocinero, se lo advierto; aunque, de todos modos, lo que preparé tampoco es tan complicado.

Sí, pasa.

La mirilla estuvo diseñada, precisamente, para poder alcanzarle sin inconvenientes la comida a las monjitas que permanecían dentro de la celda cumpliendo penitencias que, a veces, duraban varios días.

Hasta semanas, podían durar.

No, no hace tanto.

Calculo que hace unos quince o veinte años. No sé la fecha exacta, fue bastante antes de que me nombraran al frente de la parroquia. Según me han contado, las monjitas vivieron aquí hasta que se mudaron al nuevo edificio, el convento que está cerca del río.

¿Por qué?

Les digo monjitas cariñosamente. Nunca me gustó como suena la palabra monjas. A veces también las llamo hermanas o hermanitas. Monja me parece que no expresa todo el bien que realizan, es una palabra muy seca, muy dura.

Cura tampoco me gusta. Pero reconozco que está mejor que monja. Por lo menos, en algún sentido, atiende al tema de la sanación del alma.

Me gusta más sacerdote.

Aunque, por supuesto, si tengo que elegir, me parece que la palabra que refleja mejor nuestra tarea, es la palabra padre.

No, cómo se le ocurre.

Le agradezco, pero a mí no puede honrarme, a mí solo debe respetarme. A los que tiene que honrar es a sus verdaderos padres.

Los míos murieron.

Por supuesto que los honré. Quizá no tanto como se merecían, pero hice todo aquello que estuvo a mi alcance.

No, no pude acompañarlos.

Vivían demasiado lejos, en un pueblo del norte, y créame que para un cura no es tan fácil hacerse del tiempo necesario como para viajar.

Tampoco.

Los curas no manejamos mucho dinero.

¿Y entonces qué?

Los honré a mi manera.

Recé mucho, le pedí a Dios por su salud y les sigo rezando cada día apenas me despierto y justo antes de irme a dormir para que el Señor se acuerde de ellos y los tenga en su gloria.

Su caso es distinto.

Usted es muy joven, sus padres todavía deben estar vivos.

Lo que tendría que hacer, ahora que le va a sobrar el tiempo, es buscarlos y, cuando por fin los encuentre, acompañarlos y ayudarlos, incluso materialmente. Por ahí tienen problemas económicos, o de salud.

Sí, claro. Puede que no estén vivos.

¿Pero usted sabe rezar?

Me parecía.

Por supuesto que puede aprender, sobre todo si se arrepiente de sus pecados y comienza a santificar las fiestas.

La misa de los domingos. ¿Acaso ya se olvidó de los mandamientos?

Está muy mal.

Sí, aunque sea solamente ese el que se haya olvidado, señora. ¿Cómo va a arrepentirse si ni siquiera se acuerda de aquello de lo que debe arrepentirse?

No estoy retándola.

Al menos reconozca que muy poco es lo que ayuda, no da la impresión de estar haciendo el menor de los esfuerzos por encaminarse hacia una vida más cristiana.

Está encerrada y a oscuras, es cierto. ¿Por qué me lo dice?

¿No era que le disgustaban las bromas?

¿Cómo que no es una broma?

Era un pedazo de carne cocido sobre la plancha nada más, no entiendo por qué es que le ha parecido incomible. Si según usted la carne está más seca y más dura que la palabra monja, devuélvame el plato ya mismo y muérase del hambre.

No me importa.

Tampoco la iglesia es un restaurante, como para que se queje de esa manera.

Está muy mal acostumbrada, usted.

¿Ahora se le ocurre hacer pis?

Es verdad, en eso tiene razón.

Deme el plato que lo devuelvo a la cocina y aprovecho el viaje para traerle el orinal que utilizaban las monjitas para hacer sus necesidades cuando estaban recluidas en la celda.

Ni lo sueñe.

No.

No la pienso dejar salir de ahí hasta que complete la penitencia.

Ahora vuelvo, no me tardo nada.

Tome, aquí tiene.

Disculpe, tardé un poco más de lo que pensaba porque tuve que lavarlo, estaba bastante sucio, han transcurrido demasiados años desde que lo usaron las hermanitas por última vez.

¿Ya está?

No, no. Quédeselo por las dudas de que vuelva a necesitarlo.

No sé, eso depende de usted.

Por supuesto que apenas cumpla con la penitencia la dejo salir, no va a quedarse una semana ahí dentro, ya sé que está apurada, no tiene que repetírmelo cada cinco minutos.

No, hasta que no cumpla con la penitencia no voy a dejarla ir. Pero previamente a eso, no se olvide, tiene que arrepentirse sinceramente de sus muchos pecados.

Sí, todavía falta que se arrepienta.

Ahora mismo la escucho. Solo que antes, si no lo toma a mal, me encantaría que me aclarara una duda que me carcome el cerebro: ¿hace pis sentada o hace pis de pie?

No se enoje.

No es para tanto.

Desde luego que no tiene que decírmelo si no quiere, la pregunta no formaba parte de la confesión. Por supuesto que no. Era una duda que tenía, absolutamente personal, una tontería sin importancia. Dios no tiene nada que ver.

No. No era un chisme.

¿De pie?

Ya me parecía que sentada le resultaría imposible hacer pis.

¿Por qué?

Porque según lo que me contó de la operación, el pene le ha quedado demasiado alto, sentada se ensuciaría, se mojaría toda.

Está bien, clítoris.

Sí.

Y aunque no le guste nada lo que voy a decirle, me da la impresión de que el doctor Milbergen no pensó en cómo iba a ingeniárselas para hacer pis cuando le practicó la cirugía, no hizo las cosas del todo bien.

¿De qué se ríe?

¿Cómo que también pensó en eso? Las mujeres orinan sentadas.

¿Esa era otra de las fallas que le encontraba Milbergen a la operación que

había hecho Dios en el Paraíso?

Qué barbaridad.

Sí, claro que es más fácil orinar de pie, no voy a negárselo.

¿Y entonces qué?

No, si en verdad el doctor quería hacerla mujer para estar en paz con Dios, no lo logró. Definitivamente, no lo logró. Usted sigue funcionando como un hombre en muchos sentidos, también en la forma en que orina.

¿Cómo que usted es una mujer mejor que la mayoría de las mujeres?

Explíquese.

Lo del clítoris más grande y lo de no menstruar y lo de hacer pis de pie se lo puedo aceptar, pero se está olvidando de lo más importante: precisamente por no menstruar, usted no puede tener hijos.

Sí, otra vez con lo de ser madre.

A usted no le gusta hablar del tema porque no puede serlo.

No, no hay mil maneras.

Hay una sola, la natural, la que enseña Dios: la copulación entre un hombre y una mujer que están enamorados el uno del otro.

No, no.

Esas son todas barbaridades, locuras que ha fomentado el Diablo, cómo se van a alquilar vientres o se van a congelar los óvulos y el esperma.

Se equivoca.

El hombre o la mujer que viven con un trasplante de riñón o de corazón o de lo que sea, continúan siendo hombres o mujeres, eso no les modifica nada sustancial.

Y sí, muy natural no es.

¿Adónde me quiere llevar?

Un hombre trasplantado con un corazón que antes ha sido de una mujer sigue siendo hombre, por supuesto que sigue siendo hombre.

No, no.

No me malinterprete: nunca afirmé que el pene es más importante que el corazón.

¿Cómo se le ocurre?

Controle sus palabras, me está cansando.

Ya está, le di la oportunidad de sosegarse y no lo hizo.

Me cansó.

A partir de ahora el trato entre nosotros va a cambiar radicalmente.

Va a cambiar por completo.



Lo trataré como tendría que haberlo tratado desde un principio.

Como un hombre.

Usted es un hombre, no embrome.

Un hombre al que otro hombre, aprovechándose de su profesión de cirujano y de su escasa edad, le hizo un agujero entre las piernas y le hizo creer que ese agujero mal cosido le alcanzaba para convertirse en una mujer.

Estoy refiriéndome a Milbergen, en efecto.

No me voy a limpiar la boca para hablar de Milbergen. Y tampoco me la voy a limpiar para hablar de usted, José María.

Sí, José María Pena.

Diga lo que diga su cédula de identidad.

¿Qué hace?

Usted es un imbécil.

¿Me llamó?

¿Está apurado y quiere arrepentirse de sus pecados de una buena vez? Y dígame una cosa, ¿también va a arrepentirse de haberme arrojado su pis en la cara, José María?

Me lavé la cara, sí.

La boca también.

No, no fue porque hablé mal del doctor Milbergen, fue porque usted me arrojó su pis en la cara.

¿Lo va a incluir dentro de sus pecados?

No, no hay ningún mandamiento explícito acerca de tirarle pis al prójimo, no se haga el tonto; su falta entraría dentro de aquel que prohíbe jurar el nombre de Dios en vano: respetar a Dios también implica respetar lo sagrado, a sus sacerdotes, a mí en este caso.

Usted recuerda lo que le conviene, José María, ya se lo había avisado.

Sí, José María.

Aunque, si lo prefiere, puedo llamarlo solamente José, o señor Pena, o hasta Marujo si es que le agrada, no hay problema.

No, María no.

De ninguna manera.

La respuesta es muy simple: no voy a llamarlo María, aunque uno de sus nombres sea ese, porque usted fue, es y será un hombre a los ojos de Dios.

Sí.

Por los siglos de los siglos.

¿Antes qué?

Antes creí en su posible salvación. Y, sobre todo, tengo la impresión de que me dejé confundir por el Diablo. A pesar del cuidado que le pongo, a veces el maligno encuentra maneras de confundirme. Pero eso ya quedó atrás. He recuperado la cordura, con la ayuda de Dios.

No.

Su pis no tiene nada que ver.

Nunca más va a envolverme en su palabrerío repleto de aes, José.

¿Por qué lo tengo secuestrado?

No, no.

¿Cómo se le ocurre pensar que lo tengo secuestrado?

Que lo haya encerrado en la celda de las monjitas para que consiga concentrarse no significa que lo haya secuestrado.

Salvo que ya no necesite de la ayuda de Dios y haya decidido irse de aquí

igual de pecador que como ha llegado, mejor es que quede encerrado en donde está.

Lo dejo a su criterio.

O se retira pecador o decide comenzar, de una buena vez, con el arrepentimiento de sus pecados que le permita recibir la ayuda de Dios.

Apenas lo sepa, me avisa y lo escucho.

¿Ya mismo?

Perfecto.

¿Se arrepiente de haber amado más a un doctor desquiciado, de apellido Milbergen, que a Dios, Nuestro Señor?

Me alegro mucho de que haya recapitado.

¿El sueño?

¿Qué tiene que ver ese sueño fantasioso que dice haber tenido, con amar a Dios por sobre todas las cosas?

Ah, lo convenció el ángel.

¿Y cómo hizo?

Le explicó que si no hubiera sido por el hecho de que Dios lo puso a usted en la puerta del Hospital Alemán a vender café, jamás se habrían conocido. No deja de ser una barbaridad, José María. Pero, si le ha servido para arrepentirse, bienaventurado sea el sueño que ha tenido.

Sí, por supuesto que me di cuenta de que hubo partes de ese sueño que en su momento no se dignó contarme.

No, no importa. Lo que importa es que le haya servido a usted.

Sí.

Ahora llegó la hora, querido Marujo, de que, con humildad, le pida perdón a Dios por haberme arrojado el contenido del orinal en la cara y, también, para prometer firmemente que, a partir del próximo domingo, sin falta, asistirá a la misa.

Bien.

Muy bien.

Me agrada escucharlo tan seguro y tan repleto de arrepentimiento, está dando un gran paso para que Dios lo perdone.

Sí, sí, desde luego, también para que lo ayude en el asunto de su casa.

¿Va a buscar a sus padres y, una vez que los encuentre, los va a honrar?

¿Cómo que no?

Está bien, no soy quién para negarle ese derecho, pero, en su caso, antes va a tener que aprender a rezar.

Al menos las oraciones del Rosario.

Sí, claro.

Luego le doy una cartilla con las oraciones más comunes para que se lleve.

¿Promete solemnemente ante Dios Nuestro Señor que, si el hermano de Milbergen viene al pueblo y le quita la casa no va a matarlo?

¿Sí o no?

Vamos, decídase de una vez.

Muy bien.

¿Promete también que no volverá a mentir, señor Pena?

Es verdad, muerto el doctor, tampoco es que tenga tanta gente cerca a quién mentirle. De todos modos, quiero escuchar que lo promete.

Excelente.

Sabe que me gusta mucho cómo está llevando adelante el acto de contrición.

Sí.

Se nota que ahora sí se lo ha tomado con la debida seriedad, con la gravedad que la naturaleza del acto merece.

Es verdad.

Se ve que la oscuridad y la soledad del encierro en la celda de las monjitas lo ha ayudado enormemente a modificar ese comportamiento tan poco cristiano y tan salvaje que tenía hasta hace apenas un rato cuando me arrojó el contenido del orinal en la cara.

El sueño que tuvo ahí dentro también, se lo acepto.

Me alegro de corazón, José María.

Sí.

Sobre todo porque a partir de aquí ingresaremos en la zona de los arrepentimientos que, con toda seguridad, más van a costarle.

¿No cree?

Ya lo veremos.

Allá voy.

¿Se arrepiente de los numerosísimos actos impuros y contra natura que ha cometido durante los últimos veinte años?

Contra natura quiere decir contra la naturaleza humana.

No, no, no se refiere a la ecología, se refiere a la sodomía.

A la homosexualidad, José.

Déjese de tonterías, ¿se arrepiente realmente?

¿Sí o no?

No.

De ninguna manera alcanza con que prometa que no va a hacerlo nunca más. También debe arrepentirse de los pecados cometidos.

¿Entonces?

No se haga el bobo, ¿se arrepiente o no se arrepiente?

Qué quiere que le diga, la verdad es que me cuesta creer que se haya producido un cambio tan abismal, un cambio tan profundo en sus ideas en apenas unos pocos minutos. Espero de todo corazón que sea sentido y sincero.

Resulta extraño.

Sí, muy extraño. Pero continuemos, mejor. ¿Reconoce que ha sido un homosexual y que, en lugar de elegir la castidad, que es lo que la iglesia recomienda a los homosexuales, se la ha pasado pecando contra la ley natural?

Increíble.

Por supuesto que me alegro.

Cómo no voy a alegrarme.

Solo que me cuesta un poco asimilar la gigantesca transformación que ha acontecido en su pensamiento en un tiempo tan corto. Seguramente el Espíritu Santo lo está acompañando.

Aunque usted no se dé cuenta.

Está bien, está bien, le creo.

Me queda una duda, nada más.

¿Por qué se empeña en continuar terminando las palabras con la letra a, si es que ha tomado súbita conciencia del asqueroso error en el que ha vivido durante todos estos años?

Si se le ha hecho una costumbre, José María, ya va siendo hora de que comience a esforzarse por perderla.

Por desacostumbrarse, quise decir.

Dios exige que los hombres hablen como hombres y las mujeres como mujeres.

Sí, lo exige.

Dios no quiere que haya la menor confusión al respecto.

No.

Deberá volver a hablar como un varón.

Aunque le resulte difícil.

Puede que le cueste, pero si ha logrado hablar de la manera tan extraña en que lo hace, no creo que le resulte tan complicado volver a hablar como Dios manda.

Va a poder.

La fe todo lo puede.

No, no. Todavía no voy a abrirle la puerta. Falta la penitencia.

Sí, tendrá su penitencia.

La penitencia se la doy yo, no se la da Dios. Yo soy el que lo confieso y yo soy el que determino la penitencia que se corresponde con sus faltas.

Sí, varía según sea la gravedad de los pecados de quien se confiesa.

En su caso, los pecados que me ha confesado son de una extrema gravedad.

La pena deberá ser enorme, sin duda.

Déjeme pensarlo.

No, no tardo nada, me tiene hartado con que está apurado.

Tendría que haberlo pensado antes, no puedo darle la penitencia para que usted la cumpla después en su casa.

No, no se puede. No insista.

Ahora vuelvo.

Ya la pensé.

Sí.

Llegué a la rápida conclusión de que, ante la tremenda gravedad de sus faltas y a lo abrumador de su número, no había manera de darle una penitencia que tuviese alguna relación con las penitencias que estoy acostumbrado a imponerles a las personas normales que se acercan a la iglesia a confesarse todos los días.

Se pasaría el resto de la vida rezando, si lo hiciera. Y usted ni siquiera sabe rezar, señor Pena, no embromemos.

No habría manera.

Por eso se me ocurrió otra solución.

Una solución que, si bien para cualquiera de esas personas normales que se acercan a confesarse, sería sumamente fácil de cumplir, para usted no, para usted será una verdadera penitencia, casi un calvario me animaría a decirle.

No me interrumpa, déjeme llegar.

Gracias.

Conociéndolo como aprendí a conocerlo a lo largo de estas varias horas que hemos transcurrido juntos, creo que lo que sería muy fácil para cualquier otro ser humano católico, para usted va a ser realmente una penitencia dura, complicada y ardua, exactamente la penitencia que se merece.

Ojalá que Dios esté de acuerdo con mi decisión y que la juzgue correcta.

No lo sé.

Y tampoco tengo modo de saberlo.

Me arriesgaré y, si me equivoco, Dios se encargará de darme mi merecido.

De castigarme.

Ahora escúcheme con atención: deberá rezar el Pésame en voz alta. Y frente a mí, por supuesto.

Ya sé que no lo conoce.

El Pésame es una oración que los confesados repiten en voz alta al final de la confesión para mostrar su arrepentimiento.

No, no es muy larga. Debe ser la oración más corta de todas.

¿Empezamos?

Bien.

Yo le digo una línea y usted la repite. Y así sucesivamente. ¿De acuerdo?

Perfecto.

Pésame Dios mío.

No, Días mía, no. Dios mío.

Creo que le avisé que lo que para cualquier católico no sería una penitencia, en su caso sería arduo y complicado. La complicación, desde luego, es que va a tener que rezarlo como lo que es para Dios: un varón.

Sí, con la o al final de cada palabra que los varones debemos finalizar con la o.

Así de fácil y así de difícil.

Un agujero en el bajo vientre no lo convierte en una mujer.

No.

Como mucho, lo convierte en un hombre agujereado por un doctor que estaba completamente insano.

Sí, Milbergen.

Estaba loco y, en su locura, se aprovechó y lo arrastró a usted cuando todavía era un niño, a una vida de pecado.

Si prefiere lo dejamos y va a buscar ayuda a otro sitio.

Como quiera.

Me parece muy bien que haya recapacitado y haya decidido hacer el esfuerzo de ser hombre al menos por un rato.

Repitamos, entonces: *Pésame Dios mío.*

Excelente, ha visto que no es tan difícil, que puede hacerlo, señor Pena.

Continuemos: *y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido.*

No, no.

Toda, no. Todo.

Bien. Así me gusta.

*Pésame por el infierno que merecí y por el cielo que perdí.*

*Se olvidó: y por el cielo que perdí.*

Muy bien.

Excelente.

*Pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como vos.*

Bueno, no buena.

No se haga el tonto, no se confundió porque la línea era demasiado larga, lo hizo a propósito. Repita bueno con claridad.

Ahora sí.

Perfecto.

Sigamos.

*Antes querría haber muerto que haberos ofendido.*

Sí, haberos ofendido otra vez.



No, la oración no es demasiado repetitiva, el católico no puede cansarse de aceptar que ofende a Dios en cada pecado que comete.

Continuemos.

*Y propongo firmemente ayudado por tu divina gracia.*

Ayudado. Dije ayudado.

Puede que se le haya escapado la a final, está tan acostumbrado a hablar mal que puedo creerle. Claro que, para terminar de creerle, no le cuesta nada repetir ayudado con la o.

Bien. Y otra vez más.

¿Por qué tantas veces? Simplemente para estar del todo seguro de que fue un error involuntario.

Gracias.

No, no falta mucho, ya terminamos.

Es muy corta la oración.

Usted porque no conoce las otras.

Ahí va lo último: *no pecar más y evitar las ocasiones próximas de pecado.*

La única o final que debía repetir en toda la línea era la de pecado y no la dijo. ¿Me está tomando el pelo, José María?

Así está mejor.

Solo falta que diga *Amén*, una palabra que no le va a costar nada repetir, pero que es fundamental para terminar con la confesión.

No, amen, no. *Amén*.

No, no es que yo también hable de una manera incorrecta. No me falte el respeto porque deberá volver a confesarse si lo hace.

Amén es Amén, una palabra que significa así sea. Repítala.

Bien, hemos terminado.

Ya mismo le abro la puerta.

Me alegro de que haya hecho un esfuerzo y, a partir de ese esfuerzo, haya quedado libre de pecado y listo para recibir a Dios en su seno.

¿Ve que no estaba secuestrado?

Lamento que en algún momento haya pensado que lo estaba.

No, no lo estaba.

Ni siquiera un poco.

Estaba recluido dentro de la celda de las monjitas arrepintiéndose de sus numerosas faltas contra la ley de Dios. Eso fue todo.

¿Una hoja y un lápiz o una lapicera?

¿Para qué?

¿Para escribir una carta?

¿Una carta para mí? ¿Y para qué quiere escribirme una carta si me puede decir lo que quiera decirme ahora mismo?

¿Una costumbre que tenían con Milbergen desde aquella primera carta que él le escribe en el espejo del baño?

Bueno, como quiera, espéreme que busco lo que me pide.

¿Qué más?

Sí, se lo prometo.

Está bien: prometo solemnemente ante Dios Nuestro Señor que no leeré la carta que va a escribirme José María hasta el momento en que José María haya salido de la iglesia.

Espéreme aquí que vuelvo ya mismo con lo que me pidió.

Aquí tiene.

De nada, no tiene por qué agradecerme.

No, no miro. ¿Cómo voy a mirar si le prometí que no lo haría?

No, no se preocupe, ni yo soy un chismoso ni tampoco lo son las feligresas que vienen a visitarme todos los días a la iglesia.

Está bien, me alejo.

¿Acá está bien?

Déjese de tonterías, por favor, y escriba de una buena vez lo que quiere escribirme, señor Pena, recuerde que está muy apurado.

Mejor hagamos una cosa: si tanto le molesta o lo pone nervioso que me quede cerca, lo dejo solo, usted escribe tranquilo lo que desea escribir y luego me deja la carta sobre la mesa de la sacristía.

¿Sabe cómo salir?

Bien.

Aquí tiene la cartilla para que pueda aprenderse las oraciones.

Y sí, son varias.

¿Nos vemos el domingo en la misa?

No falte.

Hasta puede comulgar, si lo desea, ahora quedó enteramente libre de pecado.

Y acuérdesse que debe enterrar cristianamente al doctor Milbergen en el cementerio, que no puede hacerlo en su casa, que va a tener problemas con la justicia si decide enterrarlo en el jardín.

¿Se le ofrece alguna otra cosa?

Perfecto.

¿Está seguro de que sabe cómo salir?

Ya sé que se fue y volvió un montón de veces. Igual, si se pierde, no tiene más que gritar y lo acompaño con gusto hasta la puerta.

De acuerdo, entonces me retiro y lo dejo solo para que escriba lo que quiere escribirme, que tenga un buen día.

Adiós, señor Pena, y ojalá Dios sea con usted.

Padre Jorge,

Hay una última parte del sueño de hace una rata, en el que se me aparece Milbergen con la sábana blanca y las alas emplumadas, que no le conté.

Usted me tenía tan secuestrada en esa celda oscura que no me animé.

Por esa la haga ahora, por escrita y con su promesa de que recién la leerá cuando yo esté bien afuera de la iglesia.

Es más fácil.

Reconozca que usted, además de secuestrar a las mujeres que se acercan a pedir ayuda porque están solas y desesperadas y angustiadas, tiene la malísima costumbre de enojarse por cualquier cosa.

Por esa, no me animé.

Al final, justa antes de que usted me despertara, el ángel del doctor, batiendo las alas y con su sonrisa gigante, la de siempre, la de la primera noche y la de la última mañana, me dice: Dadle al cura la que es del cura y deja para Días la que es de Días.

Yo no entienda la que me quiere decir.

Esa es la verdad.

No la entienda hasta que usted comienza a hablarme coma si acaso yo no fuera tan mujer coma Eva o coma cualquier otra.

Ahí sí le entendí.

La sienta, pera no me arrepienta de nada.

De absolutamente nada.

Tuve que mentirle, no me dejaba otra opción. Por esa, no crea que me vea en la misa del domingo. La lamenta.

Salude a Días de mi parte. Y si por casualidad llega a verla antes que yo, por favor explíquele que el problema no es con Él. Mucha menos sería con Ella, si es que mi doctor, coma me cuenta en el sueño, finalmente la opera y la deja bien bonita.

Ojalá que pueda ayudarme con la casa.

Amen.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

